



PAISAJE de una vida

SHEILA MALDONADO

PAISAJE

 de una **vida**

PAISAJE de una vida

SHEILA MALDONADO

Título: Paisaje de una vida

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Sheila Maldonado.

Primera edición Mayo del 2021

©de la imagen de la cubierta: Adobe Stock

Portada: Maore P. Bautista

Corrección: Lara Fuentes



Código de registro 2105207880047

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

El amor verdadero es jazmín de la noche, diamante en la oscuridad. Es el más común de los milagros, hecho de nubes aterciopeladas: un puñado de estrellas lanzadas al firmamento nocturno.

I.B.

Dedicado a Maore P. Bautista, por la gran amistad que nos une.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

LA SOMBRA DEL DESEO

CAPÍTULO 2

AL ACECHO

CAPÍTULO 3

GOLPES EN EL ALMA

CAPÍTULO 4

MARAÑA DE DUDAS

CAPÍTULO 5

EL POZO DE LA DESGRACIA

CAPÍTULO 6

PRECIPICIO

CAPÍTULO 7

CUMBRE

CAPÍTULO 8

BUSCANDO AYUDA

CAPÍTULO 9

VALLE DE TINIEBLAS

CAPÍTULO 10

UN CRUCE DE MIRADAS

CAPÍTULO 11

VOLCÁNICA AMISTAD

CAPÍTULO 12

PANTANO DE MONSTRUOS

CAPÍTULO 13

RIACHUELO DE VIDA

CAPÍTULO 14

NUBE DE PAZ

CAPÍTULO 15

CHARCO DE AMARGURAS

CAPÍTULO 16

LADERA DE RECUERDOS

CAPÍTULO 17

ARENA EN EL AIRE

CAPÍTULO 18

APARICIÓN EXTRAÑA

CAPÍTULO 19

CORDILLERA DE MAÑANAS

CAPÍTULO 20

SENDERO DE SERPIENTES

CAPÍTULO 21

LINTERNAS HACIA EL DOLOR

CAPÍTULO 22

ACANTILADO EN LAS NUBES

CAPÍTULO 23

ORILLAS SIN MAR

CAPÍTULO 24

OCÉANO VOLCÁNICO

CAPÍTULO 25

NIEVE EN EL ALMA

CAPÍTULO 26

DESERTO ARDIENTE

CAPÍTULO 26

EL PRINCIPIO DEL FIN

CAPÍTULO 27

LA PLAYA DEL AYER

CAPÍTULO 28

AGITADA NIEBLA

CAPÍTULO 29

HORIZONTE PLATEADO

CAPÍTULO 30

EL FULGOR DE LAS ESTRELLAS

CAPÍTULO 31

SIGUIENDO EL CAUCE DE LOS ACONTECIMIENTOS

CAPÍTULO 32

SALTOS EN EL TIEMPO

CAPÍTULO 33

RAMAS QUE CRECEN

CAPÍTULO 34

LLUVIA DE LATIDOS

Capítulo 1

La sombra del deseo

Tenía la foto de Rebeca como fondo de pantalla en su ordenador. Un blues acompañaba el vaivén de su sillón giratorio mientras la miraba. Escuchando esa música, su turbada mente lograba encontrar algo de paz. Y sin dejar de fijarse en sus ojos y en sus labios, se repetía el mismo mantra: «Lo nuestro no puede haber muerto, Rebeca».

Siempre que bajaba al sótano de la vivienda y entraba en ese cuarto privado, procedía a hacer el mismo ritual. Encendía el ordenador y entablaba una especie de conversación con esa imagen.

Una mesa alargada de fórmica blanca se extendía de pared a pared, apoyada sobre dos muebles que, siendo de metal y cerrándose con llave, servían a modo de caja fuerte; guardaba importantes documentos en su interior, y una buena cantidad de dinero negro que no quería declarar al fisco, fruto de comisiones que se embolsaba fraudulentamente a través de las negociaciones con las empresas que llevaba como gestor administrativo. Carpetas y ficheros, además de libros y Cd's de música y de vídeo se agolpaban manteniendo el equilibrio en columnas irregulares sobre las estanterías que cubrían las paredes de aquel cuarto, iluminado con una potente luz de cuatro barras fluorescentes en paralelo que pendían del techo. Solo él tenía acceso a ese habitáculo, que más bien parecía un bunker. Su refugio. Era el único sitio en el que se manifestaba como en realidad era, donde podía liberar su lado oscuro.

Allí protegía una parte de su pasado que, igual que una herida sin cauterizar, seguía infectada de una rabiosa infección. La del desamor.

Melchor —más conocido por señor Pamies—, el afamado gestor de la comarca, tenía su talón de Aquiles. Rebeca le dolía, era esa parte de sí mismo que tuvo que cortarse en vivo hacía más de nueve años. Solo confiaba en una persona para mostrar esa debilidad y ahogarla en alcohol cada vez que se producía un eclipse en su vida, es decir, cada vez que había tenido la oportunidad de hablar con ella más de cerca, sentirla, olerla, y quedarse después relamiendo la herida del pasado que no dejaba de sangrar. Solo confiaba en Enrique, quien también tenía sus propios secretos en otro cuarto, ya que convivían juntos, y ni uno ni otro invadían esa privacidad.

Los fantasmas que perseguían a Enrique eran de otra clase. Ni siquiera Melchor podría adivinar lo que ocultaba y cuáles eran sus reales ambiciones. Lo único auténtico de él era su agradecimiento por haber rescatado el chalet de las garras del banco. Enrique era el dueño de una fábrica embotelladora y había hipotecado hasta los dientes para levantarla. Fue expropiado y en la subasta Melchor pujó por la vivienda, obteniéndola. Ambos se conocían porque frecuentaban el mismo club de alterne. No uno cualquiera, sino de élite. Llamado “Ángelo”. Quién diría que allí se establecían contactos y se llegaban a acordar negocios.

Melchor y Enrique llegaron a ser uña y carne. Uno, por sus conocimientos y habilidades en el ámbito financiero; y el otro, por contar con una agenda provechosa de contactos de lo más variopinta. Miembros de las familias más destacadas, incluso entre la clase noble, que necesitaban de una mano experta para poder evadir ciertos capitales y no declararlos, o que fueran, en el caso de otros, de procedencia más cuestionable, que lo que deseaban era blanquear

las desproporcionadas ganancias obtenidas mediante actividades ilícitas, dinero negro que no se podía declarar.

Enrique tenía buenas amistades con personalidades de las más altas esferas. Y Melchor era un lince para conseguir todos esos trámites. Gracias a embajadores en ciertos países, habían creado una verdadera autopista para esa clase de transacciones fraudulentas.

Fue por ese interés por el que le ofreció seguir viviendo en la casa, ya que era muy grande y, de momento, Melchor también vivía solo.

Se levantó y cogió una botella de vino. Un Chardonnay fermentado en barrica, proveniente de la Bodega Estivill, de la cual el marido de Rebeca era propietario, quien las recibió de sus padres para continuar con la empresa cuando estos ya no podían cuidarse de los viñedos. El contacto con el vidrio de la botella le produjo una grata sensación. Era como si la acariciara, como si pudiera tenerla en sus manos y beber parte de ella. Porque Rebeca era la imagen de la Bodega, la que hacía que fuera conocida fuera y dentro de la frontera española, mediante exitosas campañas de promoción. Admiraba su creatividad. No solo le atraía su belleza natural, también la huella que dejaba a su paso. Como la impresionante página web de la empresa que ella diseñó, donde, además de exponer en ella la calidad de los vinos, también desarrollaba las ventas on line. Y en eso, era una crack. Vendían más que otras Bodegas, producían los mejores vinos y no paraban de crecer como empresa.

Se sirvió una copa, escuchando cómo se derramaba el líquido a su paso, observando el hilo dorado del preciado elixir de la uva. Y volvió a sentarse, aflojándose el nudo de la corbata. No se había cambiado de ropa, había ido directamente a su “refugio” tras una nueva jornada de trabajo. Paladeó el vino con parsimonia, degustando todos sus matices. Apreciaba el aroma afrutado. Cerró los ojos y evocó los viñedos, los racimos, y ella paseando mientras el aire le traía el olor a tomillo, a lavanda, a romero, a la tierra de Alicante.

Una llamada entrante en el móvil le desvió de sus pensamientos. En lugar de contestar, colgó y puso la opción de silencio. Pasó sus manos por su cabello y se estiró echando los brazos hacia atrás, trenzando sus dedos en sus manos enlazadas detrás de la nuca. Exhaló un suspiro de desahogo mientras cerraba de nuevo los ojos, apartando toda tensión. La pantalla se había quedado en negro, en reposo, por lo que al volver de su ensimismamiento movió el ratón para que apareciera ella otra vez. Aquella foto, como por arte de magia, parecía recobrar vida. Empezó a recorrer con sus ojos cada centímetro de su cara. Se fijó en su pelo. Aquel día en que capturó la instantánea, sin que ella lo supiera, lo llevaba ondulado, con algunos mechones rebeldes que acariciaban sus mejillas y parte de sus ojos. Destacaba su brillo y su aspecto sedoso; se veía cuidado. Peinado con la raya a un lado, lo cual hacía que su melena cogiera más cuerpo en su perfil y la impregnara de más misterio si cabe. Parecía recién salida de la peluquería, pues la ondulación de su melena de ébano estaba bien definida, apreciándose ligereza al moverse; El labial de tono burdeos perfilaba el volumen de sus labios carnosos, y resaltaba el destello de sus dientes blancos y bien alineados. Consideró que la bonita sonrisa que en aquel momento le dirigía a su esposo mientras salían de la nave de la antigua bodega, donde se envejecía el vino de crianza, le pertenecía a él, y sentía que se la estaba robando ese hombre a todas horas. Esa foto la había tomado agazapado en su coche, mientras esperaba para verla. Como tantas otras veces que acudía a recoger documentos o a entregar las gestiones relacionadas con el departamento de Hacienda.

Cada vez que coincidía con ella en la finca, afloraban dos sentimientos antagónicos: el amor y el odio. Luego, a lo largo del día, y quizás, durante parte de la noche, se haría otra composición

de la escena reviviéndola, con ella como protagonista, pero interviniendo él, a su modo, en un escenario imaginario.

Se recreaba en fantasías y luego sufría remordimientos por no poder olvidarla. «¿Cómo hacer para no deseársela?», se preguntaba, intentando encontrar la fórmula para sacársela de sus pensamientos. Pero le subyugaba su hechizo latino y la frescura de la mujer del Mediterráneo que llevaba en las venas, morena y de piel aceitunada. Y su pizca de embrujo. Sus curvas pronunciadas y generosamente proporcionadas se unían a una exuberancia natural difícil de no llamar la atención.

Rabiaba por haberla perdido y esperaba que su matrimonio con Alejandro fuera un desastre y no la completara como mujer. Que pensara en lo que había dejado atrás, que le añorara y se carcomiera por dentro cada vez que le viera con otras.

«¿Cómo has podido olvidar, Rebeca, que nada más vernos nos volvíamos locos por abrazarnos y fundirnos en profundos besos? ¿Acaso no vuelven a tu mente esos momentos en los que nos entregábamos apasionadamente en nuestro escondite de la playa? Hemos probado lo que es la felicidad juntos, y yo, enamorado hasta la médula, dejé que me robaras el corazón. Yo te lo entregué, creyendo que lo nuestro era para siempre, como así me susurrabas mientras nos acunaba el rumor de las olas. Y me lo destrozaste después hasta hacerlo añicos. Yo te maldigo, Rebeca, yo te maldigo. A ti y a tu marido».

Tomó la copa y la estrelló contra el suelo.

El eco de esas palabras se quedó flotando en la atmósfera, y tal y como una gota produce una onda en el mar que se expande hasta la orilla más remota, una vibración fue haciéndose camino en el devenir de la vida de Rebeca y su familia.

Capítulo 2

Al acecho

Hay quienes buscan el manantial de la abundancia más allá de sus propios caminos, invadiendo terrenos ajenos. Contaminando lo que tocan con las ansias desmedidas de la avaricia. Y se instalan entre quienes ahogarán sus raíces con las suyas propias.

Melchor utilizó todas las argucias posibles para situarse cerca de ella. Su trabajo como gestor le proporcionó el modo de introducirse en su mundo. Gracias a su talento y dinamismo en el mundo financiero, consiguió hacerse con una buena cartera de clientes. Se ganó buena fama como gestor financiero, administrando el capital de sus clientes, multiplicándolo en importantes ganancias con sus inversiones diversificadas, tanto en bolsa como otros activos financieros.

Alejandro Estivill, ignorando cuánto significó en la vida de su mujer, lo había contratado hacía unos años para que administrase su empresa.

No supo que se conocían anteriormente. Era como un juego para Melchor guardar ese secreto, pero un infierno para ella. Rebeca tuvo que lidiar entonces con sus demonios interiores cada vez que le veía por las bodegas para hablar con su marido. Era como si ese personaje no pudiera salir nunca del guion de su vida, aunque ella así lo deseara. Porque le temía. O, mejor dicho, se temía a sí misma cada vez que pensaba en él. Si pudiera, marcharía lejos con su marido y su hijo, para no verle más, para no sentir eso que la quemaba por dentro cada vez que oía su voz, para no tener que mirarle sin querer profundizar en sus ojos y ver algún ápice del hombre romántico y sensible al que se entregó por primera vez. Porque ante ella se mostraba frío y de trato distante, incluso le daba la impresión de que destilaban desprecio sus pupilas heladas.

Su sentido común le impedía levantar un puente de reconciliación entre ambos. Se había convertido en toda una señora respetable y distinguida, y no podía echarlo todo a perder. Su buen trabajo le había costado llegar hasta esa posición. Tantas lágrimas, tantas noches sin dormir... Pero había cumplido su sueño y eso, en parte, era su consuelo. Dejar a Melchor y casarse con Alejandro había cambiado completamente su vida. Ya no era aquella chica de barrio que aspiraba a ser alguien y que envidiaba a las que se rodeaban de lujos; ni a la que su madre le confeccionaba, como buenamente podía, una prenda parecida a la del maniquí que veía en alguna boutique inaccesible, cuando algo dentro de ella le decía que tenía que ir así de elegante y no conformarse con ropa de mercadillo. Al mirarse en el espejo, creía que el destino se había equivocado, y que no tendría que haber nacido con esa suerte de carencias. También se rebelaba por la clase de persona que le tocó como hermano, que hundía a su familia por su adicción al juego, a la droga y a las malas compañías. El sueldo de la madre, que trabajaba como limpiadora, muchas veces evitó que acabara en una cuneta con las tripas fuera, como así le amenazaban quienes eran sus amigos camellos si no pagaba los vicios que le habían fiado. Alberto decía que lo iba a dejar, que era la última vez que consumía, y lloraba delante de su madre para que le perdonara cuando le cogía dinero de su bolso. Pero volvía a caer, y perdió las ganas de estudiar y de trabajar. Su madre ya no sabía qué hacer, hasta que un día vio un anuncio en el que necesitaban auxiliar administrativa en una de las oficinas del edificio en el que limpiaba.

Inmediatamente se lo comunicó a su hija, que acababa de terminar sus estudios.

Nada más hacer la entrevista, Rebeca consiguió el puesto, demostrando su capacitación para la especialidad que requerían.

La posibilidad de otro sueldo representó para la madre la solución ante lo que se les avecinaba, pero sumergió en un túnel oscuro a Rebeca. No se imaginaba que su atractivo sirviera como anzuelo para que su jefe se fijara en ella, tal y como figuraba entre los planes de su progenitora, que se había enterado de que ese importante empresario estaba soltero y era algo tímido y reservado.

Rebeca ya llevaba el fruto del amor de Melchor en su vientre, aunque no lo supo hasta que, pasados quince días en la empresa, su regla no aparecía, llevando una semana de retraso. Se hizo el test y se lo comunicó a su madre, esperando que entendiera que Melchor debía estar al corriente. Pero una nueva amenaza por parte de los que su hermano debía dinero, mediante misivas en las que le decían claramente que, o pagaba, o se iban a cobrar de manera trágica las deudas, hizo que la madre determinara una gran mentira y embaucar a su hija hacia los brazos de Alejandro, para que cargara este con ese embarazo. Tejió otra idea de Melchor en su cabeza, ayudada por los comentarios “pagados” de su fiel vecina, que atestiguaba lo que la madre decía respecto a ese muchacho que, según ellas, y como así lo habían podido comprobar por sus propios ojos, iba de falda en falda. Y así fue cómo Melchor pasó de ser el amor de su vida al hombre al que odiaría con toda su alma y al que jamás haría saber que esperaba un hijo suyo.

Mediante artimañas, tal y como su madre le aconsejó, sedujo a su jefe. Incluso se las ingenió para hacerse pasar por virgen cuando se acostó con Alejandro Estivill. Él la había acompañado a uno de los apartamentos que tenía en un edificio de su propiedad, próximo a las oficinas, donde le ofreció alojamiento sin coste alguno, con tal de que la joven no tuviera que hacer a pie los diez kilómetros que la separaban de su barriada, cada día y cada noche, ya que no había transporte público y ni siquiera tenía una triste bicicleta; además, no era buena idea que una chica fuese sola por la carretera comarcal, menos de noche. Se habían dado casos de agresiones a personas solitarias por parte de algún desalmado que esperaba entre la arboleda de esos caminos para robarles lo que llevaran encima.

Rebeca, una vez que estaban en el dormitorio de aquel apartamento, aprovechó para insinuarse. Sin utilizar ningún medio anticonceptivo ni protección. Y lo demás fue pan comido.

Sin obviar la importante condena de un matrimonio sin amor, Rebeca se entregó a los privilegios de ser una Estivill, y crio a su hijo con todas las comodidades en un nido al que, en realidad, no pertenecía. Los únicos paliativos fueron las calumnias hacia el amor de su vida que, tanto su madre como su hermano, le insertaron en su cerebro, diciéndole que Melchor se veía con otras, que no era la única con la que disfrutaba de las puestas de sol en aquella cala que creía únicamente para ellos dos.

Capítulo 3

Golpes en el alma

Cuando un día Melchor se presentó en su casa en busca de explicaciones para saber por qué Rebeca no volvía —no solo por las tardes, sino también los fines de semana—, y por qué no le contestaba las llamadas ni los mensajes, la madre se lo contó:

—Mi hija está saliendo con el señor Estivill. Él sí que será un buen marido para ella —reveló, apuntando con su dedo hacia la puerta—. No quiero que te entrometas, porque tú nunca hubieras podido ofrecerle ese nuevo mundo que se le está abriendo ahora. Así que desaparece de su vida si alguna vez la has querido. Deja que sea feliz —le rogó con vehemencia y malos modos.

Así se enteró de que estaba con su jefe, sin siquiera una explicación ni decirle que ya no le quería. Su madre todavía fue más cruel y añadió que su hija se había cansado de la misma rutina y que ahora era otra. Ya no era la misma a la que le gustaba pasear por la playa con un muchacho como él, que no tenía ni para invitarla a cenar en un buen restaurante. La madre le soltó un rosario de palabras que fueron para él como una soga que amenazaba con asfixiarlo.

Quiso comprobar con sus propios ojos que lo que le había contado aquella mujer era cierto.

Se presentó en la recepción de las oficinas Estivill, fingiendo ser un comerciante al por mayor; se interesó por la compra de un número considerable de cajas de botellas de vino y pidió hablar con el señor Estivill, algo que causó extrañeza a la recepcionista que lo atendió, dada su indumentaria y su aparente inexperiencia en las lides comerciales. Entonces no era más que un estudiante y no tenía, lógicamente, aspecto de emprendedor.

—Perdona, pero es mejor que te esperes aquí y te muestro el catálogo. El señor Estivill está muy ocupado y no puede atenderte.

Pero en cuanto la chica salió del mostrador para ir a uno de los despachos a llevar un documento, Melchor se coló por el pasillo buscándola a ella. A Rebeca. Y la vio.

Estaba sentada a una mesa delante de un ordenador. Iba a entrar a saludarla, se moría de ganas de encontrarse con su mirada y su sonrisa, pero, en vez de eso, lo que le entraron fueron unas enormes ganas de dar un puñetazo al que se estaba acercando a ella para darle un beso en los labios. Ahí estaban los dos como tortolitos en primavera.

Se marchó sin que le vieran, y sin despedirse de la recepcionista. Por una parte, la chica se sintió aliviada por no tener que enseñarle el muestrario de vinos a ese chico que se notaba que no tenía ni idea de la diferencia entre un tetrabrik de tinto y un Gran Reserva.

A Melchor se le resquebrajó el corazón, consolidándose grietas en un mosaico de dolor por las que se fueron colando los peores sentimientos que anidan en el ser humano cuando es golpeado por la indiferencia y el desamor. El ficticio bálsamo tenía un nombre: venganza. Aterido en ese paisaje desolador, Melchor se fue volviendo un hombre arrogante, y poco a poco fue estudiando la manera de hacerle daño, ya que, si no podía tenerla, tampoco quería que fuera feliz.

Capítulo 4

Maraña de dudas

Melchor poseía un poderoso atractivo. Las mujeres que maduraban su otoño y gozaban de un alto poder adquisitivo se habían convertido en su objetivo predilecto, y estas, ante la irresistible necesidad de disfrutar de su compañía, caían como moscas ante sus tentadoras argucias seductoras. Su cabello denso, de un castaño claro, lo llevaba grácilmente echado hacia atrás, cortado a dos centímetros de sus hombros; sus ojos de tono café mostraban una cautivadora mirada, que convertía en clandestinas todas las pasiones que despertaba cuando se dirigía a las señoras de otros en los encuentros sociales.

Sin embargo, a pesar de su acerada mirada, cuando la veía a ella, a Rebeca, se le escapaba una sonrisa que revelaba la ternura que guardaba en alguna parte de su interior, protegida con una coraza ante el azote de ser pisoteada de nuevo. Pero sus labios volvían al rictus rígido de hombre frío de inmediato, una vez que tomaba el control de sus sentimientos. Entonces, apretaba la boca y sus dientes rechinaban de rabia. La odiaba y, al mismo tiempo, la amaba. Con locura. Como no se puede amar ni odiar a nadie más en el mundo. De una manera enfermiza. Estaba obsesionado con ella.

«¿Por qué me dejó de lado nada más empezar a trabajar para ese imbécil que solo sabe hablar de números y no es capaz de dar un paso sin parecer que se va a tropezar? Se vendió a ese torpe y absurdo millonario. Canalla. Por su fortuna. Y seguramente para comodidad económica de su madre y del cabrón de su hermano, que solo piensa en drogarse e irse de juerga», se decía, atormentándose cada vez más, mientras su mano se cerraba en un puño sobre sus labios, sin dejar de mirar la fotografía en aquel cuarto donde todo giraba alrededor de ella. Era un mundo que él había creado y donde daba rienda suelta a los fantasmas de su pasado.

Cogió el mechero de oro que una de sus amantes le había regalado, le dio unas vueltas con los dedos, observando el brillo dorado que reflejaba con picardía los momentos que pasó intentando en vano saciar sus deseos y encendió un cigarro rubio que sacó de la pitillera. Se sentó en el diván negro y levantó los pies hasta lograr extender sus piernas a lo largo del amplio asiento. Dejó su espalda apoyada contra uno de los laterales, de respaldo alto, y se entregó a la contemplación de sus envenados pensamientos. En la pared en blanco que tenía enfrente, se proyectaba la película que se iba desarrollando en su mente. En ella, él asestaba una gran paliza al marido de Rebeca. Una película que parecía tan real que incluso se preguntaba si, cuando volviera a ver a Alejandro, lo encontraría con las marcas de los puñetazos recibidos en esos sueños lúcidos. Aspiró con violencia, apretando los labios y el ceño fruncido, hasta que la brasa del cigarrillo prendió de una forma destructora logrando quemar casi la mitad del pitillo. Enseguida logró llenar sus pulmones con una gran bocanada, respirando todo ese odio para lanzarlo después en una exhalación furiosa y llena de hastío.

La chica morena que un día conoció en la playa, y que fue suya por vez primera, seguía con esa preciosa sonrisa en la foto. En su abrumado estado de embriaguez, tras haber ingerido unas cuantas copas de vino, se la imaginaba pidiéndole a gritos que la perdonara y la rescatara de esa

cárcel de lujos. Era otro día más queriéndola, deseándola, odiándola, pero sin poder tenerla.

Capítulo 5

El pozo de la desgracia

Diez años más tarde.

Las nubes viajaban a un ritmo acelerado por el ancho cielo, huyendo de algo que podría estar pasando al otro lado de la Tierra. Se notaba cierta tensión en la atmósfera, la carga electromagnética hacía que pesaran más las ideas y que estas chocaran —igual que las nubes—, provocando una tormenta de emociones.

Justo fue el día en que, como una especie de maldición que se cerniera sobre la familia Estivill, una corriente de extraños sucesos se empezara a generar provocando una tragedia tras otra.

Mario, el hijo de Rebeca, no tuvo la culpa. Ni la malsana fijación de Melchor hacia ese niño, que personificaba al que hubiera querido tener con la mujer de su vida, al que miraba con impotencia mientras el dolor se enquistaba en sus entrañas como un tumor maligno.

Ni tampoco el pequeño roedor que inoculó el virus de la rabia cuando mordió a Alejandro. La travesura del niño poniendo al ratoncillo que creía muerto en el bolsillo de la chaqueta de su padre ocasionándole la enfermedad tuvo unas consecuencias dramáticas. Fue el detonante de una cadena de síntomas. Alejandro fue hospitalizado tres días más tarde de la mordedura que, en principio, trataron con antisépticos en la propia casa. La parálisis en los miembros se fue manifestando en el cuerpo de Alejandro, cuyo su miembro se vio afectado manteniéndose extrañamente erecto y eyaculando de continuo, como síntoma del priapismo generado en la fase de encefalitis. Acabó debatiéndose entre la vida y la muerte en una aséptica y fría habitación de la sala de infecciosos graves del hospital de Alicante. Después lo trasladaron a una clínica privada especializada en Benidorm, la cual contaba con todas las prestaciones médicas que necesitaba para su caso y además presumía de poseer una tecnología muy avanzada en monitorización. La administración de inmunoglobulina^[1] y las vacunas antirrábicas estaban intentando contrarrestar la enfermedad y mantenerlo en vida, pero ya era cuestión de que se produjera un milagro. El coma se había adueñado de él, volviéndole un ser inerte, ajeno a todo lo que sucedía alrededor. Ajeno a lo que le estaba a punto de suceder a su mujer, Rebeca.

Capítulo 6

Precipicio

Agazapadas, las ratas esperan el momento oportuno y salen de las alcantarillas, se pasean por las calles y buscan algo que roer mientras mueven sus largos y ásperos bigotes.

Ginés salía de su miserable casa, o más bien madriguera, y buscaba una víctima. Alguien a quien robarle lo que llevara encima para pagarse otro boleto al paraíso de la inconsciencia absoluta a través de una jeringa, o un cuerpo donde desfogar su degenerado apetito sexual. Era un depravado que había salido de la cárcel hacía pocos meses y al que aún le dolía la última puñalada, una de tantas que sus compañeros de celda le atestaban sin llegar a hundir demasiado la punta del rudimentario punzón para recordarle lo que se merece alguien como él cuando deja a mujeres o a niños indefensos llorando tras haber sufrido sus abusos. Era la Ley de la cárcel; no merecía la muerte, sino sufrir la vida.

Y, entonces, lo vio. Era un chaval de poco más de 10 años. Vestía ropa cara.

«*Pero ¿qué hacía, por esos caminos, él solo?*», pensaba Ginés mientras ciertas maquinaciones provocaban que salivara más en su boca medio desdentada. No se podía imaginar que ese niño se había dejado llevar por un arrebató de arrepentimiento y quería ir a pedirle perdón a su padre, ansiando llegar por sus propios medios hasta él, como fuera, creyendo que ese camino era como un hilo a seguir hasta la habitación del hospital donde quizás se estuviera ya muriendo.

Desde la espesura de la arboleda donde se había agazapado para ver cómo llegar a la propiedad sin ser visto y llevarse algo de valor, su depredador le siguió con la vista, asegurándose de que no hubiera nadie más con él. En efecto, no se veía más alma que la de aquel niño al que las piernas le conducían dirección al pueblo, y eso quedaba a diez kilómetros. Ni siquiera sabía que su padre estaba en otra localidad, y que le resultaría imposible llegar allí.

«*Seguramente es el hijo de los dueños*», pensó, al verlo venir precisamente de aquella dirección, de la casa de los Estivill. No había otra propiedad por la zona. Ese niño parecía un corderito que se había escapado del rebaño.

Sería muy fácil atraparle y hacer con él lo que quisiera. Solo tenía que ir por el atajo y sorprenderle en la curva.

Capítulo 7

Cumbre

Aquella mañana no era la de un día cualquiera. Era “la mañana”. Como la de un preso que llevan al patíbulo, o la de un enfermo al que van a operar a vida o muerte. El reloj parecía marcar los minutos más lentamente, al tiempo que la angustia iba en aumento amenazando con cortar la respiración. Rebeca estaba viviendo la espera más dramática de su vida, el rescate de su hijo Mario.

Las palabras del secuestrador retumbaban en su cerebro mientras se reproducían en bucle:

«Si algo sale mal, si alguien se mete por medio, correrá la sangre, se lo advierto».

«Cien mil».

«A las siete, en la iglesia de Llombai, usted sola».

Estaría dispuesta incluso a dar su vida, sin con ello salvara lo que más quería en el mundo.

No tenía en metálico ni la cuarta parte de lo que le pedía ese hombre. Y era consciente de que no se podía arriesgar a que aquel hombre que retenía a su hijo en algún lóbrego escondite le perdonara no reunir la totalidad de la suma. Cien mil euros, o nada. Tampoco podía negociar con él por teléfono, ya que la había llamado desde un número oculto. No lo dudó ni un minuto, tenía que ir allí con todo ese dinero, ella sola, arriesgándose a que fuera un timo, a que alguien se aprovechara de la situación y quisiera estafarla.

En esa circunstancia, estaba decidida a hacer lo que fuera, cualquier cosa con tal de conseguir salvar a su hijo. En su mente repasó todas las pocas opciones que se le ocurrían para obtener todo ese dinero en metálico, o en caso contrario, cómo negociar con el secuestrador. Y unas y otras se iban desmoronando como piezas de dominó hasta darse de bruces con la única solución, y esta la conducían al hombre al que siempre había fingido despreciar.

Solo él podía ayudarla.

Ahora tenía tres rostros presentes en la pantalla invisible de sus pensamientos: el de su hijo, al que veía envuelto en una oscuridad profunda que se lo iba tragando poco a poco; el de Melchor, a quien debía acudir lo antes posible para conseguir el dinero; y el del secuestrador, a quien todavía no podía poner rostro, aunque lo imaginaba poseedor de las mismas facciones que el diablo en persona. Tras escuchar por teléfono su voz áspera y nerviosa, sintió que aquel demonio tendría la mirada más cruel y el corazón más insensible del mundo. Apartar a un niño de sus padres y retenerlo en contra de su voluntad, haciendo sufrir con la incógnita sobre su paradero, era propio de un canalla con todas las letras. Y si a ello se le unía el posible maltrato que pudiera estar padeciendo el niño, entonces ya se trataría de un monstruo sin sentimientos. Cuanto más pensaba en ello más dolor la invadía y mayor era la sensación de faltarle el aire para respirar.

«¿Cómo habría logrado contactarla a su móvil privado?», se preguntaba.

Quizás ese hombre, quien quiera que fuese, había conseguido su número a través de algún miembro del servicio de la casa. O, lo que era peor: ¿y si estaban confabulando con las personas del entorno de la familia? También barajó la posibilidad de una venganza contra su marido por alguna deuda pendiente con algún acreedor que la quisiera saldar a costa de la vida de su hijo.

Pero esa idea la descartó. Sí algo estaba claro, según su razonamiento, es que el secuestrador los habría tenido bajo observación y no era ajeno al hecho de que su marido estaba en la clínica y no podía sacar dinero del banco. Aunque lo hubiese planificado, no tenía sentido que llevase a cabo el secuestro precisamente cuando Alejandro acababa de ser ingresado. Lo lógico era que hubiese esperado hasta su recuperación.

Después de dar muchas vueltas, lo vio más claro: el daño y el sufrimiento iban dirigidos hacia ella. ¿Quizás nuevas deudas contraídas por su hermano? Eso debía ser, porque no encontraba otra explicación. Hacía tiempo que no sabía de Alberto, su hermano. Ya pagó en su momento todo lo que debía gracias a ella y al dinero que Alejandro le fue dando para liquidar, según ella, unos arreglos en la casa de su madre.

Llevaba quince días en los que apenas comía, y las noches se le hacían eternas, pues era cuando afloraban todos los miedos y crecían hasta ocupar todo su mundo vital.

Mario era un niño a veces irritante, pero era su hijo, y en él había sembrado el amor más grande que se puede sentir, el de una madre. Todos los recuerdos de cuando era un niño pequeño se le venían a la mente en forma de flashes: risas y lloros, correteando por los jardines, o saltando las escaleras de dos en dos; también rememoraba aquellos momentos en los que le reñía cuando bajaba por la barandilla como si fuera un tobogán, a pesar de las advertencias de que no lo hiciese, por el peligro que entrañaba; así como aquellos días de las fiestas de cumpleaños que se llenaban de color entre globos, serpentinas, confetis y regalos que se abrían ante un montón de envoltorios descuartizados; o los días de hospital, cuando se rompió el brazo al saltar por la tapia del jardín y luego mostraba orgulloso las firmas en su escayola; las noches en vela vigilándole cuando tenía fiebre; los dientes de leche guardados en joyeros como una reliquia digna de conservarse eternamente... Y sus dibujos. No había sido capaz de entrar en su habitación para verlos de nuevo. Se hacía a la idea de que seguía ahí dentro, dibujando, o mirando por la ventana, o maquinando alguna trastada para la chica del servicio. No quería descubrir el tremendo vacío que se le echaría encima nada más entrar en su cuarto e imaginar la posibilidad de que jamás volvería a verlo, que se había esfumado para siempre de su vida llevándose consigo sus ganas de vivir.

Capítulo 8

Buscando ayuda

Además de la angustia que la embargaba, Rebeca se sentía inmersa en un barullo de sentimientos encontrados mientras conducía su coche hacía la residencia de Melchor. Sería la primera vez que volvería a estar a solas con él desde que lo hubiese abandonado sin darle una explicación. Pero no podía dudar, tenía en sus manos la vida de su hijo.

No le importaba tener que tragarse el orgullo y rebajarse a suplicarle la ayuda que precisaba. Aparcó a un lado de la verja. Su antiguo novio vivía en la urbanización más lujosa de la ciudad. En un chalet de dos plantas con su correspondiente refugio situado en el sótano. Pero esa parte de la vivienda nadie más que ellos dos, Enrique y Melchor, la frecuentaban. Su acceso estaba camuflado por una estantería de libros movable.

Se volvió a calzar los tacones que había dejado en el asiento del copiloto y se miró al espejo retrovisor, acabando de perfilar su rostro estirándose la piel hacia las sienes. Y se apretó los labios uno contra otro para repartir bien el carmín. Era una manía que tenía. Pero el tormento que estaba pasando no lo podía camuflar, seguía ahí recordándole que, aunque había nacido con una genética de lozanía generosa, la pena brillaba incluso bajo esa capa de angustia que la azotaba.

Las hojas de hierro forjado estilo novecentista de la cancela estaban sin ajustar, por lo que invitaban a pasar sin tener que llamar por el portero automático. Caminó por un sendero estrecho que se formaba a través de una línea despejada de césped. El porche de la casa le pareció un altar al ver dos columnas blancas que enmarcaban y daban apoyo a un dintel neoclásico. En esos momentos, ella se consideró la víctima dispuesta para un sacrificio ahí mismo. En cierto modo, sacrificaba su orgullo. Una vez subidos los peldaños de mármol, se situó delante de la puerta señorial de la mansión, de un blanco inmaculado, y se sintió empequeñecer cual mendiga que iba a pedir y rogar la ayuda que precisaba, aunque su apariencia fuera elegante y sofisticada. Siempre que acudía a la ciudad, iba muy apuesta, como la distinguida señora en la que se había convertido con los años.

Dueña de buen gusto en su indumentaria, lucía un vestido rojo, ceñido a la cintura, que caía hasta media pierna. Mantenía la armonía en los accesorios que acompañaban su imagen. Sus pendientes y el anillo eran de rubíes, con enmarcación en oro. Todo en ella era glamur. Pero iba a pedir dinero a aquella casa, y eso la ponía al mismo nivel que cualquier pobre necesitado y desesperado, como era su caso.

Solo recordar esa importante misión que la había arrastrado hasta los pies de quien odiaba y amaba a la vez le produjo un repentino rubor en los pómulos, fruto de una subida de calor interior.

Pasó una mano por algunos mechones de su cabello. Lo llevaba recogido hacia atrás por un prendedor dorado que sujetaba el principio de una cascada moldeada color azabache. Esta caía, tapizando la parte de la espalda descubierta, contrastando con la claridad de su piel tersa y aterciopelada.

El ruido producido por los tacones de sus zapatos negros de charol acabados en punta había

lastimado la serenidad del lugar, que parecía emitir un ligero eco. Se estaba dando cuenta de que estaba rompiendo aquel pacto que había hecho consigo misma para zanjar y enterrar todo recuerdo de la relación con su primer y único amor. Sabía que la fragilidad de su estado emocional podría desembocar en toda una catástrofe. Podrían reavivarse las brasas del antiguo fuego y traer consecuencias devastadoras para su matrimonio, pero no le importaba con tal de recuperar a su hijo. Estaba al borde del abismo.

No utilizó el timbre pegado a la pared, en un inconsciente intento de no causar más disturbo del ya provocado por sus tacones sobre las piedras del sendero. Sus nudillos golpearon con suavidad la superficie lacada de la puerta, con cuidado de no arañarla con la incrustación de la piedra preciosa de su anillo. Lo miró pensando que por él y otras tantas joyas de gran valor podría sacar algo, pero le costaría mucho tiempo reunir la cifra que le pedía el secuestrador yendo a los prestamistas, quienes acabarían consiguiendo por bajísimos precios sus collares, pulseras, relojes y broches que había ido atesorando en todos esos años.

La imagen de Mario en su mente llorando, sucio, con hambre y quizás con heridas producidas intentando escapar de su captor, dado su carácter rebelde, se le aparecía en todo momento, y le creaba una urgente necesidad de llegar hasta él. Esta sensación de impotencia hacía que le dolieran hasta las entrañas. En lo más profundo de su ser creía escuchar las voces de su hijo llamándola entre sollozos y no saber cómo ayudarlo ni a dónde acudir, salvo a aquella cita a pagar el rescate. Era desquiciante. Consciente de que estaba con la guardia baja e indefensa, vulnerable ante Melchor, cualquier cosa podría suceder. Debía estar preparada para afrontar los monstruos del pasado.

Melchor salió a abrir. Verle sin traje ni corbata, con vaqueros y una camiseta de sport le llamó la atención. Pero no quiso reparar en su aspecto, había cosas más importantes que reclamaban su atención.

Él se sobresaltó al verla y luego la miró con cara de satisfacción. Estaba esperando ese instante desde hacía mucho tiempo.

—Por todos los santos. La mujer de hielo llamando a mi puerta...

Capítulo 9

Valle de tinieblas

—No te pienses lo que no es. Estoy aquí por un asunto grave. —Trató de mantener la cabeza alta, pero su voz afligida la traicionaba.

—Está bien, disculpa. Entiendo que debe de ser algo realmente serio porque estoy seguro de que te ha supuesto un gran esfuerzo venir hasta aquí. ¿Es por tu marido? ¿Ha pasado algo que lamentar... aún más, si cabe?

—Tengo que hablar contigo, pero te agradecería que me dejases pasar, no quiero que nadie nos vea o escuche —indicó Rebeca mirando a los lados tratando de asegurarse de que nadie los observaba.

—De acuerdo, pasa. En efecto, parece algo muy grave. Espero que no sea lo que me estoy imaginando, no me gustaría perder un buen cliente como tu marido. Siéntate, te traeré una copa, parece necesitarla. —Le ofreció asiento en el salón donde la había conducido. Ella escogió la silla que estaba al lado de una mesita de cristal, sobre la cual, una lámpara Tiffany, con un mosaico de vidrios emplomados de diferentes colores, iluminaba el rincón, dándole un aspecto acogedor e intimista.

—Sí, te lo agradezco. Ponme algo fuerte. Y sírvete tú también, porque lo vas a necesitar.

«Necesito 100.000 euros. Te los devolveré cuando solucione unos problemas con el banco», era una oración que casi se había convertido en un mantra desde que enfiló su coche hasta aquella casa. ¿Pero cómo se lo iba a soltar así, sin más? ¿Debería explicarle toda la verdad? Le asaltaba la duda de si desvelarle o no el secreto que llevaba guardando durante tantos años. ¿No sería peor? Él podría enfurecerse por haberle ocultado su paternidad. «Si no es estrictamente necesario para convencerlo, mejor lo dejo para otra ocasión. Quizás le cueste asimilar las dos noticias a la vez», pensó casi en voz alta.

«¿Pero qué momento? ¿Y si no había otro momento? ¿Y si su hijo moría sin que Melchor supiera que era su verdadero padre?» Se retorció las manos reflejando el torbellino que se removía en su cabeza como un huracán. No se atrevía a dar la respuesta a todas aquellas preguntas que la atormentaban. Su corazón latía enloquecido como si fuese a explotar en cualquier momento, como si aquella carga emocional fuese auténtica dinamita.

«¿Habrá fallecido ya Alejandro?», pensaba Alejandro mientras se dirigía hacia el mueble de las bebidas y, aunque fuera un sentimiento miserable, su subconsciente se alegraba de la idea de ver a su contrincante fuera de combate. Ella sacaba un pañuelo de su bolso para atrapar las lágrimas que se iban acumulando tras sus pupilas y que estaban a punto de desbordarse como una catarata. Melchor regresó a su lado y el corazón le dio un palpito al verla tan compungida. Se apuró en verter en dos copas un líquido ámbar con alto contenido en alcohol.

—Prueba este coñac, es el mejor quitapenas que existe. —Alargó su brazo hacia ella con el licor, tratando de controlar el impulso que sentía de abrazarla y consolarla. No se esperaba que acudiera a él nada más quedarse viuda, con el cuerpo de su marido aún caliente—. Bebe, te sentará bien.

Ella notó en la mano el roce de sus dedos y se estremeció.

—Gracias. Te parecerá una locura que haya venido hasta aquí, sabiendo que llevo años evitándote y que nunca te di una explicación.

—No, no es así. Pero eso ahora es lo de menos. Sea lo que sea que haya pasado, quiero que sepas que agradezco que me tomes en cuenta. Los buenos momentos que compartimos en un pasado no se pueden olvidar —expresó Melchor, con una melodía seductora.

—Voy a ir al grano. No sé cómo he podido hacerlo, pero he venido hasta aquí porque no tengo más remedio que solicitar tu ayuda.

—Puedes contar conmigo para lo que sea, Reb...

—No me interrumpas, por favor. Ya bastante esfuerzo me ha costado tomar la decisión de acudir a ti.

—De acuerdo. Me quedaré callado hasta que me cuentes lo que te aflige tanto, hasta el punto de hacer el “esfuerzo” de venir a mi casa —recalcó él, sosteniendo su actitud de hombre insensible, aunque le costaba conseguirlo.

—Melchor, no me preguntes para qué, pero necesito dinero. Ya sabes que económicamente no nos está yendo bien, y tengo que cumplir con unos pagos que no puedo afrontar. Es un asunto que se nos ha ido de las manos y debemos afrontar ya. Pero Alejandro tiene a su nombre todas las cuentas, y no puedo extraer nada del banco sin su autorización. De todos modos, en su estado no puedo contar con él. No sé si sabes que está inconsciente y con oxígeno porque le cuesta respirar, los médicos incluso me han dicho que podría entrar en coma. He enviado a Teresa con instrucciones de no moverse de su lado e informarme de cualquier variación en su estado, ya que yo debo permanecer en casa por si hay alguna noticia de Mario y para solucionar el tema que me ha traído hasta tu casa. —Le estaba contando una historia que podría ser creíble, y con la que trataba de ocultar la verdadera razón—. Por supuesto que te lo devolveré, aunque tenga que vender las fincas.

—Claro, claro, no hay problema. No me imaginaba que tuvieras esa limitación en el manejo de las cuentas. Y siento lo de tu marido, espero que se recupere, en serio. —Arrugó el rostro y estrechó sus ojos como si aguzara la vista para ver a Alejandro con el respirador al lado, en algún rincón de su mente—. En cuanto a Mario, no te preocupes, precisamente hace poco que regresé del cuartel de la guardia civil. Quería saber cómo iba la investigación. Han recibido refuerzos de la capital y están peinando los alrededores del pueblo. Verás cómo pronto aparece.

—Estoy aterrada. Me voy a volver loca. Son tantas cosas...

—Te entiendo. Con lo que estás pasando, la desaparición de tu hijo, la enfermedad de tu marido, y ahora esas deudas, no me extraña que te encuentres en el peor momento de tu vida. Pero debes ser fuerte. —Se acercó a ella y se puso en cuclillas, poniendo su mano en el respaldo de la silla que ocupaba Rebeca—. Yo estaré a tu lado, si lo deseas, para ayudarte en lo que buenamente pueda. —Esas palabras fueron el pistoletazo de salida del llanto de Rebeca, que cada vez se iba dejando caer más en la silla, como si una losa pesara sobre ella. Entonces, escuchó lo que necesitaba oír—. ¿Cuánto necesitas?

—Cien mil —soltó con rapidez, bajando la voz y la mirada, consciente de que era mucho dinero.

—¡Joder, Rebeca! ¡Eso es una auténtica barbaridad!

—Lo sé. Y entenderé que no quieras prestármelos, pero no tengo a nadie más a quien recurrir. Ah, y los necesitaría en efectivo. Si quieres te firmo un papel poniendo por garantía mi parte de la Bodega.

Melchor se quedó pensativo por un momento. Al pedírselo en efectivo, imaginó que le estaba ocultando algo importante. No era tonto, ligó cabos: La situación de Alejandro, la desaparición de Mario, y que ella se atreviera a presentarse en su casa, cuando lo había ignorado durante todos aquellos años... lo más probable es que alguien la estuviese chantajeando.

Dio unos pasos en un sentido y otro, pasando una mano por su frente y llevándola hasta la nuca. Unos minutos que a Rebeca le parecieron una eternidad, esperando una respuesta.

Por fin Melchor se quedó de pie frente a ella y rompió el silencio.

—¿No crees que deberías explicarme para qué pagos exactamente necesitas esa barbaridad de dinero que, además, no estoy seguro de tenerlo en efectivo aquí en casa? ¿Para cuándo lo quieres?

—Sí, soy consciente de que debería demostrarte con pelos y señales esta urgente necesidad.

—Ahora le hablaba mirándolo a los ojos—. Sé que te debo muchas explicaciones y te las daré, pero no ahora.

Melchor decidió jugárselo todo a una carta. Si le mentía o lo engañaba, ya no tendría excusa para no tomarse la venganza más cruel contra ella.

—Está bien. Te tomo la palabra. Ya era hora de que el destino nos pusiera frente a frente para aclararlo todo. Ahora dime, ¿qué plazo tienes para pagar toda esa deuda?

—Hoy, es cuestión de horas. Si pudiese ser ahora mismo sería estupendo.

—¿No te estarán extorsionando?

—Melchor, no se trata de eso.

—Yo llevo vuestras gestiones, y según mis cálculos, no tenéis que sufragar tantos gastos. Todo estaba en orden... —Daba golpecitos a la mesa, como si rematara sus palabras con acentos.

Era una locura dejarle tanto dinero. Intuía que escondía algo bastante gordo.

—No estás tan al corriente como te piensas de lo que pasa en la empresa, Melchor. ¿Me lo vas a dejar, o no? —le asaltó levantándose para dejar su copa en la mesa, con un golpe que casi la hace añicos. Si tuviera que ponerle una pistola en el pecho para que soltase el dinero, lo haría. Estaba segura de que lo haría. De eso y de mucho más.

Capítulo 10

Un cruce de miradas

Teresa había ido a la clínica relevando a Rebeca en el cuidado de Alejandro. A pesar de estar vigilado por las enfermeras, era mejor estar a su lado por si empeoraba y requiriera el aviso inmediato de atención médica. O por si pasara lo peor que se podrían imaginar. Rebeca, aunque estaba preocupada por la situación de su marido y era consciente de que debería ser ella la que estuviese a su lado, tenía una urgencia todavía mayor. En secreto, intentaba resolver cuanto antes, y por su cuenta, el rescate de su hijo. Una vez que lo tuviese en casa, ya vería cómo se lo explicaba a la Guardia Civil.

Para comer algo, la muchacha se dirigió a un bar cercano, donde pidió un sándwich y un refresco. Desde el día en que ese chico del colegio se había burlado de ella, se sentía muy incómoda cuando algún hombre se fijaba en ella. Ella hacía todo lo posible para pasar desapercibida.

Al volver de nuevo a la clínica, un chico, con muletas y una pierna escayolada, le sonrió, al tiempo que le cedía el paso en la puerta. No le dijo nada, tan solo era una muestra de agrado al encontrarse con ella a la entrada.

Ella se sonrojó, y siguió caminando hasta el ascensor. Por el rabillo del ojo, continuaba notando que ese chico no la perdía de vista. Al momento sintió como si un remolino invisible la hiciera girarse y mirarlo más detenidamente.

En aquellos ojos reconoció a Jaime, aquel chico que le hizo bullying en el colegio. Ella no lo supo, pero desde ese desagradable suceso, él empezó a sufrir desagradables circunstancias. La vida se le puso en su contra. Quizás por ello ahora su aura se apreciaba diferente, más amable. Una parte de ella quería pensar que aquella mirada y aquella nueva sonrisa que le brindaba ese chico trataban de compensarla por aquel daño que le había infligido. De pronto, todo el odio que pudo haber almacenado hacia aquel chaval que tanto la hizo sufrir se convirtió en una extraña sensación, como cuando nos atrae el abismo, aunque sintamos vértigo.

Ella no le devolvió la sonrisa. Hizo como si no lo conociera, como si no existiera. Y por dentro gritaba. Y su mente le despedazaba.

Capítulo 11

Volcánica amistad

Enrique se había quedado solo tomando su café en el jardín y aspirando el aroma que el chorrito de Whisky irlandés proporcionaba a aquel estimulante líquido amargo y ardiente, a la espera de que Melchor se reuniera de nuevo con él.

No se había adecentado para salir, seguía con la blanca camisa cómoda y ancha que adquirió en Bali en uno de sus viajes, y un pantalón color caqui con goma en la cintura, también de lino; la siesta le dejó un malestar que, unido a la tensión atmosférica propia antes de una tormenta, le costaría quitarse de encima.

Rememoraba aquellos tiempos en los que apenas pisaba la casa, siempre de viaje, haciendo negocios y abriendo locales en diferentes ciudades que llevaban el logotipo del cisne —su animal favorito— como emblema de la destilería, la cual, como la embotelladora, le hizo ocupar un puesto de cierta relevancia entre los empresarios de la región. Pero eso pasó a la historia. Se había venido a menos y ahora le debía a Melchor el poder seguir viviendo en su vivienda.

Escuchó ruido dentro de la casa, se acercó al ventanal que daba al jardín desde el despacho y asomó la cabeza por entre las cortinas para cerciorarse de si había llegado alguien, quizás alguna visita con la que entretener su apático día. En cuanto comprobó que se trataba de Rebeca, quiso volverse invisible. Lo último que quería era entrometerse. Debía dejarle el terreno libre a su amigo, desaparecer de escena, pues era conocedor de lo que Alejandro sentía hacia ella, ya que en alguna que otra borrachera había confesado cuánto la amaba y cuánto la odiaba. Todo a la vez, demostrando a Enrique que esa mujer ocupaba una parte muy importante de su vida. Por tanto, entró por la puerta corredera de cristal de su habitación y se dispuso a bajar al sótano, a su propio cuarto secreto.

Cuando Melchor dejó a Rebeca para ir a buscar el dinero, se encontró con Enrique en el mismo pasadizo que compartían sus cuartos en la planta baja. Le indicó a su amigo con un gesto que se retirara y se quedara callado, cosa que después le agradeció, ya que quería que Rebeca se sintiera lo más cómoda posible sin que hubiera testigos de su confesión.

—Creo que por fin la tienes a tu merced, algo gordo debe ocurrirle para que venga a tu casa, amigo. A ver ahora cómo la despedazas —le soltó Enrique, brindando al aire.

—Está tan indefensa que me da hasta pena.

—Bueno, ahora lo tienes más fácil. Su hijo está desaparecido y su marido la palmará, si es que no lo ha hecho ya, y tú la vas a sacar de la ruina en la que la has ido sumergiendo, porque tienes en tus manos su economía. Si te dejó por dinero, volverá por el mismo motivo, supongo.

—Va a ser divertido. No quiero desearle el mal a nadie, pero es como si hubiera justicia divina.

—La justicia la has tomado de tu mano. —Le guiñó un ojo—. ¿Y de su hijo, se sabe algo?

—No, la guardia civil sigue con las investigaciones. Me extraña que muestre más preocupación por el tema económico que por el de la desaparición del crío. Oye, te dejo, a ver qué es lo que le trae por aquí. Luego te cuento. Ah, y gracias por pasar desapercibido. Te debo

una.

—Eso. Al menos, esta noche me invitas y nos vamos de copas.

—Hecho.

Melchor se dirigió al cuarto blindado, abrió la caja fuerte y reunió la suma que Rebeca necesitaba. Después regresó al salón. Rebeca estaba centrada en su móvil enviándole un mensaje a Teresa. La avisaba de que ese día no podría relevarla hasta la noche, y, por lo tanto, la muchacha debía seguir en la clínica, pendiente de Alejandro. La joven le respondió afirmativamente, y se mentalizó para quedarse allí hasta bien tarde.

Dejó el móvil cuando se percató de que Melchor volvía. Aquel hombre la encendía nada más aparecer ante ella, pero, intentando ser sensata, ponía un muro entre sus sentimientos y la razón.

Por fortuna, Melchor había cobrado hacía pocos días unas comisiones de un constructor de la capital por la gestión con el Ayuntamiento para la recalificación de unos terrenos rústicos en urbanizables. Como lógicamente era dinero negro, todavía no lo había “movido” y lo conservaba en su caja fuerte. Con los fajos de billetes en la mano se acercó a ella.

Rebeca se levantó y se quedó delante de él para recoger todo aquel dinero. Sus miradas se cruzaron y el tiempo se detuvo. Se congeló esa imagen de los dos de pie, notando el roce de sus manos.

«*Me necesitas más de lo que te crees, Rebeca*», pensaba él, grabando todo detalle de su rostro en su mente. Como si la tuviera que dibujar después sin estar ella presente.

«*Vas a salvar a tu propio hijo con todo esto*», se decía ella, prometiéndose a sí misma que se lo contaría todo. Que era el padre de Mario. Intuía que había llegado la hora. Pero después de que lo recuperara. Después de tener a Mario en sus brazos

«*Pronto morirá tu marido y volverás a ser mía*», deseaba él, sin parar de clavar sus ojos en ella.

«*Hoy se ha alargado un puente entre nosotros. No sé qué ocurrirá a partir de ahora entre tú y yo*», nació en ella esa reflexión. Su relación con él sería muy diferente de ahí en adelante. No todo el mundo deja, así como así tanto dinero a alguien, y menos sabiendo que lo tenía muy difícil para devolverlo, dadas las circunstancias económicas por las que estaba pasando la familia.

—Espero que resuelvas el apuro en el que estás metida, Rebeca. Y que tu marido pronto recobre la salud. Debes de sentirte muy sola, ante todo. Si quieres, puedes contar conmigo para lo que sea. Y estaré pendiente de la investigación de la desaparición de tu hijo, de una forma muy especial. No te preocupes por nada, si es necesario contrataré a un buen detective. —Se alejó un poco y se apoyó en el marco de la puerta. Metió las manos en los bolsillos, miró hacia los lados y después se centró en ella, afirmando con la cabeza. Hacía notar que se preocupaba de veras.

—No, de momento no quiero que hagas nada. —Negó con la mano—. Podría ser peligroso. Esperemos unos días, a ver si la Guardia civil tiene alguna pista. Hoy me han dado esperanzas desde el cuartel —mintió, preparando el terreno para que dejara de fisgonear en el asunto de su hijo y no le estropease el encuentro con el secuestrador.

—Está bien. Como quieras, pero creo que te equivocas intentando solucionar tú sola lo que sea a lo que te enfrentas. Me gustaría acompañarte. Hay mucho buitre suelto en este mundo, y puede que estén aprovechando que Alejandro está al margen de la empresa para intentar engañarte. —Se acercó a ella y le tocó el hombro con una leve presión. Ella se apartó un poco y miró a un lado del techo.

—No soy ninguna tonta, no me van a engañar. —Se acercaba a la puerta, dándole la espalda.

Pero de pronto se giró y se plantó delante de él, con firmeza—. Alejandro no te lo había comunicado, pero yo sí lo sabía: nos han devuelto un container con vinos que exportamos a EEUU, habían llegado en mal estado y el seguro no ha cubierto la pérdida. Todo lo que nos ingresaron como anticipo me lo están pidiendo ahora; si no cumplo, hundirán la imagen de la Bodega, ya sabes cómo se las gastan algunos —lo dijo casi en carrerilla, precipitada y con prisa de teparle la boca con sus preguntas.

—No dudo en que no sepas desenvolverte. Estoy incluso convencido de que las ventas se incrementarían si Alejandro te concediera más libertad para actuar. ¿O me equivoco? —Alzó una ceja mientras la sonreía.

—Ha sido un problema que se hubiera podido solucionar si el seguro hubiera respondido. Pero él descuidó ese asunto, no sé qué paso —intentó que colara—, de todos modos, no volverá a suceder. De los errores se aprende —cabeceó afirmando, actuando igual que la mejor actriz del mundo.

—Toma, no me des más explicaciones. Salda ese asunto. Estoy seguro de que remontarás la Bodega tú sola. Eres capaz de eso y de mucho más —la alabó, creyendo firmemente en lo que le decía. Porque la admiraba. Lo había comprobado mil veces, cada vez que salía en televisión hablando de los viñedos demostrando elocuentemente su inteligencia. Era una mujer que poseía muchas virtudes. Como la de volverle completamente loco solo estando a su lado.

Él le tendió el dinero, y al ver que ella no sabía dónde meterlo, pues en su bolso no cabía, cogió una cartera negra de tamaño folio con una cremallera que estaba sobre un mueble. Parecía la funda de un portátil. Y se la ofreció.

—Gracias, Melchor. Debo irme ya. Debería firmarte algún papel, como te ofrecí.

—No es necesario, si me decepcionas otra vez... de poco servirían papeles firmados. No es el dinero lo que más me preocupa. Te acompaño.

—Gracias. No te defraudaré. —Se hizo el firme propósito de compensarle con la verdad, pero cuando hubiese recuperado a Mario.

Le abrió la puerta y se quedó observándola hasta que llegó a su coche y se metió dentro. Su forma de caminar le hechizaba, así como su cabello flotando a cada paso, y el ligero balanceo de sus caderas siguiendo el ritmo del compás de su belleza. Cuando ella levantó la mano para despedirle con una triste pero tierna sonrisa, él se sobrecogió. Sintió que una parte de él se iba con ella, una vez más.

«¿Qué tienes, Rebeca? ¿Qué poder tienes sobre mí?», se dijo en voz alta, mientras se giraba y cerraba la puerta detrás de él.

Capítulo 12

Pantano de monstruos

Bernardo volvía a su casa caminando, y a pesar de estar muy cansado por la dura jornada de trabajo en la finca de viñedos que los Estivill conservaban en esas lindes tan lejanas a la finca principal, a donde lo había enviado el capataz, se le hacía un agradable paseo porque esperaba encontrar a Herminia en la vivienda de ese conglomerado de casas olvidadas por el tiempo — como era el pueblo de Llombai—, preparándole algo para comer. Ella iba de cuando en cuando a cuidar de él, aunque ello suponía tener que desplazarse desde la casa de los Estivill, donde era el ama de llaves, hasta ese pueblo abandonado y perdido de la mano de Dios. En el cielo negros nubarrones anunciaban una tormenta que se iba a desencadenar con fuerza, por lo que se estaba planteando, con cierta ilusión, convencerla para no regresar en el autobús de las diez con aquel tiempo. Pasarían la noche juntos, lo cual le producía una gran excitación. Pero, al pasar por la iglesia, vio que el cesto de su querida amiga estaba justo delante, como si se le hubiera caído o lo hubiera dejado ahí para entrar, algo que no entraba en sus cálculos pues era muy cuidadosa con todo. Además, sabía que era devota, pero no se imaginaba que lo fuera tanto, dado que allí dentro lo que más habría serían telarañas y polvo, nada que ver con un lugar donde intentar poner el alma en paz con Dios.

—Herminia, ¿qué haces aquí dentro? —la llamó, pasando entre las roídas maderas de lo que un día fuera la mole de un buen portón.

Ginés, desde el interior de la sacristía, lo escuchó. Pero no estaba solo. Su amiga se hallaba también dentro. Tapó la boca a Herminia, introduciéndole su propia pañoleta en la boca. Por desgracia, la buena mujer había entrado a buscar alguna vela que quedara entre los restos de la iglesia, para adornar la mesa de su amigo con un detalle romántico, una idea que se le vino a última hora, y se vio sorprendida por ese hombre que se ocultaba en el interior. La amenazó conduciéndola a ese rincón apartado donde también tenía a Mario, atado de pies y manos, y amordazado. Ginés dio un ligero puntapié a Mario siseándole para que no hiciera ningún ruido, y puso su navaja afilada sobre el cuello de ella, atenazándola contra la pared. «*O se estaban quietos, o los mataría*», les hacía entender. Pero Herminia, que igualmente estaba atada con unos cables, no le hizo caso y se zarandeo intentando desasirse, por lo que él la empezó a estrangular hasta que ella se quedó inconsciente y, quizás, muerta, estirada en el suelo igual que una muñeca sin vida, y con los ojos como platos mirando cómo iban cayendo goterones por las aperturas de la bóveda.

Rebeca estaba entrando en ese momento con su coche en el pueblo, mirando a todos lados para ver en qué lugar estaba la iglesia. La calle por la que circulaba se cortó ante ella. Unos travesaños y piedras demolidoras hacían de barricada. Paró el coche, cogió la cartera con el dinero y abrió la puerta, decidida en encontrar a su hijo. Aquel paisaje la sobrecogía, era el escenario idóneo para un crimen sin testigos, pero estaba metida en esa odisea y no iba a dar marcha atrás. Mario podría estar en cualquier rincón de esas ruinas, sedado; moribundo, quizás. Su instinto protector urgía por sacarle del escondrijo en el que le tuvieran retenido, y si con ello

le fuera la vida, no dudaría en ponerse en peligro y enfrentarse a quien se le pusiera por delante.

Bernardo escuchó el ruido del motor del coche de Rebeca, reconociendo el rugido del Mercedes de la dueña de la Bodega, y detuvo su avance por la sobrecogedora quietud del templo en ruinas. Retrocedió los escasos pasos que se había adentrado en el arruinado edificio y salió para ver quién llegaba. Cruzó la plazoleta y se dirigió a una de las calles laterales —de donde le pareció percibir que llegaba el ruido del auto—, saltando por entre los muros derruidos de algunas casas para atajar, y entonces la vio.

Rebeca creyó que estaba ante una visión al contemplar, entre la bruma de la lluvia que caía ya a plomo, el rostro de Bernardo; no podía concebir que fuera él quien secuestrara a su hijo. Haberle despedido meses atrás, tras pillarle in fraganti espiando a las empleadas mientras se cambiaban de ropa, no era motivo para hubiera secuestrado a su hijo, pero ya se había puesto a sospechar de todos y Bernardo tenía ahora todos los boletos para ser el secuestrador. Y antes de que le dijera nada, le mostró la funda del portátil como indicando que ahí dentro llevaba el dinero, alzándola con la mano.

—Señora, ¿qué hace usted por aquí? ¿Qué le pasa? ¿Puedo ayudarla? —le preguntó, mirando sin entender qué demonios tenía la señora Estivill en esa funda negra.

—¿Dónde está mi hijo? No imaginé que fueras tú, Bernardo. ¡Cómo has podido hacernos esto, malnacido! ¡¡Quiero ver a Mario ya!!

—No entiendo. ¿Qué carajo tengo que ver con su hijo? Solo me faltaba eso, que me echen encima más mierda. Yo no tengo nada que ver con su desaparición. Se ha vuelto usted loca. Tranquilícese. —Levantó las manos, demostrando que era totalmente inocente. Fue acercándose a ella, consiguiendo poco a poco que le creyera. No tendría sentido que no le quisiera coger el dinero. Rebeca acabó confiando en Bernardo. Él no podía ser el secuestrador.

«Pero ¿qué hacía justo en este pueblo y a esa precisa hora?», se preguntaba, cada vez más nerviosa.

Ginés, desde la oscuridad de la capilla, escuchó los gritos. «Mierda, mierda, mierda. ¿Es que justo ahora se le ocurre a la gente asomar sus culos por este asqueroso pueblo? Joder. Debí asegurarme de buscar otro sitio donde no hubiera ningún capullo que se entrometiera. Mierda...», se repetía. Pero sus nervios por obtener la recompensa pudieron con él. Antes de que la madre del niño, a quien había escuchado gritar a otro hombre, se fuera en medio de esa confusión y Ginés perdiera la oportunidad de hacer el intercambio, cogió al niño y le puso en pie, quitándole la venda de los ojos para que pudiera caminar hasta la puerta.

—Tu madre está ahí fuera, muchacho. Si te portas bien, te irás con ella. Obedece y todo saldrá bien, ¿entendido?

Mario tan solo podía responder con un movimiento de cabeza, pues la mordaza que le apretaba la boca le impedía mover los labios.

Herminia conservaba un hálito de vida, y gemía de forma casi imperceptible en su estado semiinconsciente.

Rebeca y Bernardo se habían puesto a refugio de la lluvia debajo del derruido soportal de una de las casas que daban a la que hubiese sido la plaza de la iglesia, mientras Bernardo le juraba y perjuraba que no tenía nada que ver con la desaparición de Mario.

—Si no eres tú... entonces, ¿qué haces aquí?

Bernardo cogió a Rebeca del brazo y la hizo agacharse bajo un muro medio derruido. Desde esa posición podían observar la iglesia sin ser vistos.

—Duermo en una de las casas, pero pocos lo saben. Herminia me viene a ver de cuando en

cuando, y creo que está ahí dentro —dijo, señalando la iglesia—. Su cesto está tirado junto a la puerta.

—Herminia puede estar en peligro. Escúchame, quien tiene a mi hijo está ahí dentro. Y me espera a mí para entregarme el dinero que me ha pedido por teléfono esta mañana. Me dijo que a las siete en la iglesia de Llombai. Ahora todo se ha complicado. —Comenzó a respirar con gran agitación, como si se le fuera a salir el corazón del pecho.

—Joder, ¿por qué ha tenido que venir a verme? Mi Herminia, ¿qué te habrá pasado? —se lamentaba—. Quien sea que esté ahí se las va a ver conmigo. Voy a entrar. Usted quédese aquí. —Se levantó y se lanzó hacia la iglesia, pero Rebeca fue tras él y le agarró por el brazo, reteniéndole.

—No, por favor, Bernardo, ese hombre me dijo que viniera sola. Mi hijo... Tengo que ir yo. Solo yo. No entres. Esto es algo entre él y yo —le suplicó en voz baja, mirándole a los ojos con determinación—. Si ves que no salgo, por favor, entra y salva a mi hijo —le pidió, con una sombra de pánico en sus palabras.

—Está bien, señora. Me espero aquí, pero iré detrás por si acaso. No me verá, no se preocupe. No puedo dejar que le pase a usted nada. No la voy a dejar sola en esto. Vigilaré sin que me vean. —Los dos volvieron a agazaparse bajo ese muro, tramando la manera de defenderse en caso de que la atacaran. Bernardo le dejó una navaja que tenía en el bolsillo de su pantalón—. Por si acaso, señora. No sabemos lo que puede pasar...

A Bernardo no le importaría tener que sacrificar su vida con tal de salvar al pequeño y a su madre. Desarmado, lo único que podría hacer sería utilizar sus manos y una barra de hierro que cogió de entre los escombros. Tampoco podía permitir que a su Herminia le pasara nada, y se enfrentaría al demonio que estuviera ahí dentro, aunque Rebeca le hubiera pedido que no hiciera nada, que la dejara sola. Sería una buena manera de redimir sus malas acciones, dar su vida por salvar la de otros, pensaba para sus adentros.

La tormenta arreciaba sobre el fantasmal pueblo. Nubes negras estaban deseosas de descargar su pesada carga y se unían unas con otras hasta volver el cielo negro. Se podía sentir la carga electromagnética en el ambiente, la presión en las sienes; la perturbada tarde parecía una olla a exprés a punto de explotar. Y Ginés, en su deseo por acabar cuanto antes con esa espera, y terminar con la ansiedad que sufría desde que decidiera apoderarse del niño, se aventuró a salir para conseguir el rescate. Salió con el niño a la puerta de la vieja iglesia.

—Vamos, la estoy esperando. La he oído, salga —gritó Ginés. El destello de un relámpago le acompañó—. Y no se le ocurra hacer nada, porque tengo una navaja en el cuello del niño —advirtió, con un tono nervioso de amenaza. El trueno que siguió rompió la bóveda celeste en un estruendo sobrecogedor.

—¡No le haga nada! —Rebeca respondió, a viva voz, levantándose. Señaló a Bernardo con la mano en la espalda para que no se moviera de allí. Saltó por encima de las piedras y dejó atrás el escondite. Las gotas furiosas de la lluvia empapaban su ropa haciendo que sintiese el frío clavarse en su cuerpo sin piedad. Al asomarse a la plaza, lo vio. Su siniestra figura resguardándose cobardemente detrás de Mario, al que con una mano sujetaba por los hombros, mientras con la otra, en la que llevaba una navaja grande, amenazaba su cuello. Cuando Mario la vio aparecer se le iluminaron los ojos, quiso correr a abrazarla con todas sus fuerzas.

» Deje a mi hijo, ¡suéltelo! Aquí tiene su dinero —gritó en una súplica desgarradora, mostrando la cartera. Le daba miedo acercarse más, por temor a que aquel macabro individuo se pusiese nervioso y el filo de esa navaja profundizara en el cuello de su hijo.

—Enséñeme lo que hay dentro. ¿Está todo?

—Puede contarle. Está todo. Suelte a mi hijo —le exigía, sin dejar de mirar a Mario—. Hijo, ya pasó todo, tranquilo, todo va a ir bien.

—Acérquese y deje la cartera sobre esas piedras. —Señaló lo que en otro tiempo había sido un murete que separaba la plaza del recinto de la iglesia—. Luego, aléjese y ponga los brazos en alto. Quédese a cinco metros. Si es lo que le pedí, entonces no habrá problema.

Ella retrocedió, tropezándose, luchando por mantener el equilibrio, pero sin quitar la vista de su hijo. Se moría por arrancarlo de las zarpas de ese malnacido y abrazarlo. Ginés, llevando al niño con él, se acercó y se agachó, obligando a Mario a hacer lo mismo. En cuclillas, intentó abrir la cremallera, pero estaba tan mojada que le resbalaba entre los dedos. Con la ansiedad de descubrir esa fortuna que le abriría las puertas del paraíso, no vio que alguien estaba saliendo desde detrás de las ruinas. Al abrir por fin la cartera y ver toda aquella fortuna, descuidó su atención y no vio que Bernardo aparecía de repente llevándose al niño, despegándolo de su mano.

Mientras, en la sacristía, Herminia había ido recuperando las fuerzas e intentó soltarse las manos destensando los cables. Poco a poco, gracias a su empeño, iba logrando que se aflojara la presión, pero sentía que se le cortaba la piel al tratar de deshacerse de las ligaduras.

Bernardo corrió hacia la salida del pueblo con el niño. Rebeca se abalanzó hacia su hijo, cogiéndole de la mano, unidos en esa loca carrera, huyendo de allí. Pero Bernardo tenía en la mente la imagen de Herminia, y debía volver para saber si estaba dentro de la iglesia. Quizás herida, o muerta...

Se le venían mil pensamientos dramáticos a la cabeza, y su furia le pidió correr con todas sus fuerzas. Pensó que podría haber intentado recuperar el dinero, coger esa funda negra con el rescate y darle un buen puñetazo al tipejo ese que, aunque midiera casi dos metros y fuera de gran envergadura, no podría con él. Se vio de repente capaz de todo. Pero antes de ir a por Herminia, avisó a Rebeca de lo que iba a hacer.

—Métase en el coche con el niño, que iré tras ese hijo de puta. Cierre las puertas. Tengo que ver si está Herminia ahí dentro. Si ve peligro, márchese, no me espere. —Al ver que ella asintió, mientras abrazaba a su hijo, con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta y echó a correr.

Ella abrió la puerta del Mercedes y metió dentro a su hijo, sin parar de preguntarle si estaba bien. Se subió y bloqueó las puertas.

Después de tanto miedo y tanta angustia como había pasado, ver a Mario entre sus brazos era como volver a nacer, y controló su impulso de girar la llave con la intención de arrancar y desaparecer de aquel lúgubre lugar. Sin embargo, debía esperar y estar atenta a lo que pudiera pasar. Pensó en llamar a la policía, ya le daba igual si descubrían que había ocultado su acuerdo con el secuestrador. El móvil no daba señal, no había cobertura, por lo que maldijo ese instante. Giró la llave y mantuvo el motor en marcha, mirando atenta a su alrededor para asegurarse de que nadie que no fuese Bernardo se acercara. Si así fuese, apretaría el acelerador y saldría a toda velocidad.

En aquel cuadro surrealista, Ginés se apartó de la escena, escabulléndose por entre las ruinas, igual que lo había hecho el sol tras las nubes negras de la tormenta. Cuando Bernardo entró en la capilla y vio a Herminia, a quien le sangraban las muñecas, se abalanzó hacia ella y la abrazó, contento por verla con vida. Le deshizo los nudos y la ayudó a levantarse. Una vez libre, Herminia se llevó las manos a la boca para quitarse la mordaza, estaba ansiosa por desembarazarse de esa presión en su boca y poder aspirar aire para llenar sus pulmones.

—¿Estás bien?

—Dios mío, Bernardo, cariño... —Sus ojos se empañaron de lágrimas—. Sí, estoy bien, algo mareada, pero ¿y el niño?

—Ya está con su madre. Nos esperan en el coche. Pero ese cabrón aún debe de andar por aquí. Salgamos con cuidado. Cuando estemos fuera, correremos hacia donde está el coche de la señora Rebeca. Sígueme, no te separes de mí.

Ella asintió y se estrechó contra él, agarrándole por la cintura. Fueron sorteando los bancos medio desvencijados de la iglesia y los cristales rotos del suelo, entre charcos de agua por las goteras enormes que había en la cúpula. El diluvio les esperaba para envolver sus figuras y empaparlas en una capa de camuflaje perfecta. Se precipitaron hacia el coche y nadie les detuvo. Porque Ginés ya había tomado el sendero hacia la montaña, y no paró de correr hasta llegar a su coche. Lo tenía aparcado en uno de los salientes del camino forestal. Sus venas se crispaban recordándole que necesitaba el alivio del “caballo”, y la mejor manera de conseguirlo era dirigiéndose a la barriada de las casitas blancas. Donde las ratas como gatos campan a su libre albedrío.

Capítulo 13

Riachuelo de vida

Mario miraba hacia todas partes, temeroso de que aquel tipo apareciera de repente acercándose al coche, y que no les dejara marchar. Pero quienes se asomaron a las ventanas y trataron de abrir las puertas con desesperación fueron Herminia y Bernardo. Rebeca desbloqueó las puertas y, en cuanto estuvieron dentro, aferrada al volante, apretó el acelerador, soltó el embrague e hizo un cambio de sentido para desandar el camino y entrar en la carretera comarcal a toda velocidad.

—Ya está, ya está, cariño —le decía a su hijo, calmándose a sí misma a la vez—. No veis nada, ¿verdad? ¿No nos sigue?

—No, no hay nadie. Se ha ido. Siga, vayámonos de aquí cuanto antes —le indicó Bernardo, que tenía entre sus brazos a Herminia, la cual no paraba de mirar a un lado y a otro del coche, buscando por entre las calles, pero tampoco podía ver mucho con la cortina tan espesa de agua que caía difuminándolo todo.

Rebeca accionó el parabrisas a la máxima velocidad. Parecía que cayera una catarata encima del coche. Al incorporarse a la carretera, le ayudó ver las luces de posición de los demás coches, que la orientaban para no salirse a la cuneta. Se pegó al vehículo que iba delante y lo siguió. Fue su guía en esa penumbra, hasta que empezó a amainar la tormenta a medida que se alejaban del pueblo abandonado, apareciendo los primeros claros, y por fin el sol volvió a salir para despedir la tarde bajo un cielo clemente. Era el claro mensaje que todos oímos cuando algo sale mal: «Después de la tormenta, viene la calma».

Mario ya respiraba sin tanta agitación, y sintió el rugido de su estómago reclamándole alimento.

—Mamá, tengo mucha hambre, y sed. Y...

—Ahora paro en la gasolinera y compro agua y unos bocadillos. Pero no salgáis del coche. Y no digáis nada a nadie de lo que ha sucedido aquí. No quiero ver mi casa llena de periodistas, ya tendremos bastante con explicar lo sucedido a la Guardia Civil. Necesitamos descansar. Avisaré al teniente que lleva el caso, pero cuanto menos hablemos del tema, mejor.

Todos asintieron. Lo único que deseaban era darse una buena ducha y descansar. Ella temía que, si delataban a ese hombre, dando detalles de su fisionomía, sufriría represalias.

—He visto que tenía un tatuaje en su brazo, como el que llevan algunos que han estado en la cárcel. Si dan con él y le apresan, puede que atente contra nosotros mediante secuaces suyos. — Temió Bernardo, que había conocido casos similares.

No volvieron a mencionar el tema. Rebeca llegó a la gasolinera, cogió su bolso y se aseguró de que cerraran bien las puertas y ventanillas. Compró todo lo que vio apetecible y, sobre todo, agua, unos zumos y refrescos. Mario lo recibió como si fuera el mejor regalo del mundo. Su aspecto demostraba lo mal que lo había pasado, y en su mirada se reflejaba el terror vivido, dibujándose en su cara el recorrido de sus lágrimas entre la suciedad. Bernardo se había puesto al volante, para dejar que Rebeca se sentara detrás con su hijo.

Dejaron la carretera para coger el camino particular que se dirigía a la mansión. Lara estaba con su padre, Felipe, en los jardines. Al escuchar el coche que se acercaba y luego ver al Mercedes entrar por el camino, se despidieron.

—Hija, ya viene la señora. Debes ir adentro y ayudar en lo que puedas. Mañana nos volvemos a ver, aquí estaré esperándote a esta hora. —Felipe dibujó en su rostro una sonrisa de complacencia. Luego miró al rosal. Porque le recordaba a ella, a Rosario. Sus raíces la acariciaban...

—Sí, padre. Toma, llévate esta empanada que he hecho para ti. Mañana te traeré más, espero que te guste —Lara le decía, entregándole una bandeja de cartón envuelta en un trapo. La había preparado para él con ayuda de Adela, o más bien la había hecho la cocinera. Felipe marchó antes de que le reprocharan que se acercaba demasiado a la casa. Ya se había dado la vuelta cuando el coche se aproximó donde habían estado ellos dos hablando.

Felipe se encontraba con su hija Lara casi cada día después del trabajo, desde que se habían instalado allí. Después volvía a los barracones donde descansaría junto a los demás jornaleros. Su hija Lara, de tan solo ocho años, había sido acogida en la casa tras la muerte de su esposa, Rosario, y estaba muy agradecido a los Estivill por ello. Atrás quedaron los días en que la humilde familia vivía en el barrio del otro lado de la riera donde se crio la niña. Desde que Lara estaba en el nuevo hogar, a pesar de la ausencia de la madre, su aspecto iba mejorando, estaba mejor alimentada, y lucía ropa nueva, y bonita. Eso sí, su padre se preocupaba de que no se sintiera sola en ese nuevo mundo que se había abierto ante ella, teniendo que convivir con personas que apenas conocía, pero que, según la niña, la trataban muy bien, y cada vez que podía iba al jardín delantero de la casa para preguntarle qué tal le había ido el día. Por muy cansado que estuviera.

—¿Aún sigue esa niña ahí? No sé qué pinta aquí —dijo Mario al verla. Apenas le entendieron porque tenía la boca llena de pastelitos de chocolate e iba bebiendo una bebida isotónica, pero sabían que estaría refiriéndose a la niña y no de muy buenas maneras.

Los demás en el coche no le hicieron caso. De sobra sabían que Lara merecía una oportunidad y, además, reconocían que era una niña muy especial, porque, a pesar de haberse criado en una barriada marginal, era muy educada y cariñosa. Aprendía enseguida lo que le enseñaban y procuraba agradar a todos ayudándoles con las tareas que buenamente podía acometer.

Por un momento, Lara y Mario se miraron cuando el coche pasó cerca de ella. La pequeña se quedó quieta, siguiendo con la cabeza al coche hasta que este se fue acercando a la cochera. Entonces, entró en la casa corriendo para avisar a los demás de la buena noticia. Mario había vuelto.

Capítulo 14

Nube de paz

A Rebeca se le ofrecía ahora inmensamente hermosa su casa. Porque regresaba con su hijo. Al hogar.

Metió el coche en el garaje y madre e hijo subieron por las escaleras interiores hasta su habitación. Adela la buscaba, igual que Florencia, para darles la bienvenida y poder abrazar al niño, ya que Lara les había dado la noticia, pero Herminia, que entró con Bernardo por la puerta de servicio, les dijo a todos que no les molestaran. Era lógico. Necesitaba intimidad, no quería dar explicaciones.

Le quitó la ropa y preparó un buen baño. Mientras Mario estaba en el agua, su madre le frotaba con la esponja sin parar de mirarle, sonriendo, y le iba haciendo unas cuantas preguntas con mucha prudencia para averiguar si había sufrido algún tipo de abuso. Al comprobar que el niño estaba bien en ese sentido, se relajó en su preocupación por haberlo bañado sin dejar que las pruebas de un posible delito sexual fueran examinadas por el equipo médico forense de la policía. Tan solo presentaba unos cuantos rasguños, y, sobre todo, miedo y ansiedad. Luego, una vez que dejó al niño limpio y tumbado en su cama, se acostó junto a él, sin dejar de mirarlo hasta que el sueño lo venció y se durmió, exhausto. Ella lloró de emoción, cubriendo a su hijo de oleadas de cariño con sus ojos mientras le tenía abrazado. Se juró que haría todo lo posible por borrarle todos los amargos recuerdos de aquella traumática experiencia.

Adela y Florencia prepararon una buena cena para cuando bajaran a cenar Rebeca y su hijo. Bernardo, con el consentimiento de Rebeca, se quedó a dormir con Herminia, ocupando la misma cama que meses atrás, siendo él mayordomo y ella ama de llaves, era testigo de sus fogosas noches de amor.

Adela se despidió de ellos para regresar al pueblo, donde su marido la esperaba antes de iniciar su jornada en el horno de la panadería que regentaban y que habían conseguido llevar adelante gracias a buenos esfuerzos y sacrificios. Le daba pena que un día tuviera que dejar de ir por la mansión, cuando su contrato como cocinera llegara a su fin, pues había cogido mucho cariño a Teresa, a la cual había criado como a una hija cuando estaba de interna en la casa. Adela ocupó el papel de madre cuando apareció ante la puerta de la mansión 18 años atrás, apenas siendo una recién nacida. Creció arropada por la cocinera, que siempre estaba pendiente de ella. Pero no solo tenía cariño para ella, sino para todos los que en esa casa habitaban. Incluso buena parte de los jornaleros se daban un festín con lo que le había quedado atrasado en la tienda, como croissants, ensaimadas, o rosquillas y madalenas. Una gran variedad de pasteles, crujientes pastas hojaldradas y empanadas de las que horneaba su marido en su propio negocio, llenaban las bandejas de los desayunos y meriendas en la casa, y, también, anteriormente, los de la casa de turismo rural adyacente. Mario, seguramente, estaría deseoso de volver a probar esas delicias.

Capítulo 15

Charco de amarguras

Sebas fue el único vecino que podía considerarse con un ápice de sensibilidad y dignidad en aquel barrio de casitas —unas, destartadas; y otras, humildes—, donde vivieron Felipe, la difunta Rosario y su hija Lara.

Y, entre su solitaria y triste forma de vida, siempre miraba hacia la puerta de aquella familia que al fin pudo salir de allí, aunque fuera mediante una triste tragedia, como la que se produjo cuando Rosario se clavó la punta oxidada de un hierro mientras corría para socorrer a su hija de quienes la estaban rodeando con insanas intenciones. Minutos antes había ido a la escombrera donde echaba la basura, y la niña, desobedeciendo a la madre, salió para jugar con su muñeca a la puerta de la casa, justo cuando tres sinvergüenzas merodeaban por el lugar y se fijaron en ella. No llegaron a tocar a la niña, pues Felipe, el padre, lo evitó cuando, desde lo alto de la loma, volviendo del campo, los vio y llegó para evitar que desgraciaran a su hija. Pero la herida de Rosario, a pesar de aparentar una simple infección, llevaba una condena de muerte al contraer el tétanos, ya que aquel hierro estaría más que infectado, rodeado de excrementos de ratas y demás inmundicia. En el pueblo no tenían la vacuna del tétanos, y esperaban traerla de Alicante, por eso Sebas, el vecino, se ofrecía a llevarla con un taxi al hospital cuando empeoró. Felipe pasaba el día trabajando en las fincas, de sol a sol. Rosario le decía que no, que ya iría al día siguiente al pueblo, que tendrían ya esa vacuna. Pero el tétanos se apoderó súbitamente de su vida y se la llevó, dejando abatidos a Felipe y a Lara. Y también a él. Porque, en el fondo, Sebas también estaba enamorado de ella, aunque jamás se lo hizo saber.

Pero de eso ya había pasado un tiempo, y ahora la pequeña Lara y Felipe estaban en mejores condiciones, en las fincas Estivill, y Sebas, con el sentimiento que aún guardaba hacia su vecina, seguía regando los geranios de su querida Rosario, como única huella de su paso por ese conglomerado de casas pobres.

El mismo día en que rescataban a Mario, ajeno a lo que habría podido pasar a la familia de los Estivill, Sebas se ocupó de darse el festín que acostumbraba cada vez que cobraba su paga. Alcohol y la compañía de alguna de las chicas que ejercían la prostitución cerca del barrio. Había dejado las drogas a un lado, después de una dosis adulterada que le quitaron las ganas de volver a chutarse, dado que se pasó una semana delirando entre ensoñaciones infernales de seres demoniacos que le torturaban y le lanzaban a un abismo, en cuyo fondo unas bocas de dientes como montañas le esperaban para destrozarlo. Un infierno que no quería volver a vivir.

La chica con la que estuvo, Luci, le pidió el dinero por sus servicios, y él, confiado, le dijo que se lo cogiera de la lata que tenía en el armario. Pero cuando la prostituta marchó, Sebas observó que esta salía con demasiada prisa, sin quedar con él para otra ocasión, como solía hacer para asegurarlo como cliente. Se levantó del jergón y miró en el interior de la lata. Se lo había llevado todo. Su pequeña fortuna, unos cuatrocientos euros, habían volado. No le importó salir en ropa interior a la calle. Tan solo se puso sus chanclas. La buscó por los alrededores insultándola, preguntando por ella a los andrajosos que pululaban por allí.

Con la tormenta, la riera se había desbordado, arrastrando a su paso enormes cantidades de basura y troncos. Había entrado el agua en algunas chabolas junto al cauce, arrasando con los pocos que hubiera dentro. Entonces, al observar cómo las gentes de esos habitáculos se afanaban por recuperar los pocos enseres que no se habían ido flotando riera abajo, vio que la chica que le había robado estaba con ellos tratando de cruzar al otro lado. Se metió en el agua, que le llegaba a la altura de las rodillas, y esquivando muebles rotos, ropas, y hasta alguna gallina muerta, la llamó:

—Ven aquí, sinvergüenza, que vas a cobrar más.

La chica ya había avanzado lo suficiente como para ser inalcanzable, y cruzó la riera, luchando contra la fuerza del agua y el fango. Sebas no quiso arriesgarse, pues en su estado de embriaguez no se veía capaz de traspasar aquella corriente que le podría arrastrar.

Ella consiguió cruzar al otro lado y pensó que entre los destartados coches del desguace que estaba en lo alto del terraplén tenía una oportunidad para esconderse. Trepó por la ladera y cuando llegó arriba vio al otro lado la figura de Sebas volviendo malhumorado a su humilde casa. Estaba cansada. Quería sentarse en algún lugar seco, y buscó un auto que no tuviera los asientos mojados para poder meterse dentro y quitarse los zapatos encharcados. Pasando por entre las cabinas de lo que un día fueron camiones, creyó ver un bulto. Era un cuerpo. Se escondió, temiendo que quien quiera que fuese pudiera atacarla, y esperó. No parecía que nadie se moviera ni abriese ninguna puerta, por lo que fue asomando su cabeza para fijarse mejor. Escudriñó con los ojos semicerrados, centrando las pupilas como el objetivo de una cámara de fotos, y se quedó mirando un buen rato el interior de esa cabina, hasta que dedujo que era un hombre el que estaba ahí dentro, sentado y con los ojos cerrados. Por un momento, se imaginó que era alguien que estaba muerto, porque en ese sitio todo era posible. No era la primera vez que aparecía algún cadáver por ajuste de cuentas o simplemente por sobredosis; ambas cosas eran posibles entre aquellos maleantes y drogadictos que merodeaban por allí. Entonces, antes de dirigirse a su casa, asegurándose de que Sebas no la seguía, quiso ver si aquel hombre llevaba algo encima que también pudiera interesarle. Un reloj, su documentación... Todo valdría para cambiarlo por un dinerillo con el que ganarse el cariño de su proxeneta, del cual estaba más enganchada que una adolescente a las series de Harry Potter.

Ginés se había pinchado “con el elixir de la felicidad” para relajar su euforia, una vez obtenidos los cien mil euros del rescate. Ni siquiera había regresado a su casa para inyectarse la sustancia narcótica con tranquilidad en su sofá. Habiendo comprado la heroína en una de las chabolas de ese barrio, su coche quedó atrapado en el barro y no vio otro sitio mejor que ese camión para emprender su “viaje”. Estaba en pleno éxtasis, y su rostro reflejaba la paz que navegaba por sus venas. No se dio cuenta de que, momentos después, una mano estaba entrando por la ventanilla y le hurgaba entre las ropas, deteniéndose en lo que llevaba encima de sus piernas; se trataba de la funda negra con toda esa fortuna.

La chica la sacó con cuidado, pues pudo ver que ese cuerpo tenía vida, a pesar de haberle dado otra impresión al tener la boca abierta con un hilillo de baba en las comisuras, y procedió a escabullirse con el mismo cuidado de un ladrón de guante blanco que roba una joya en un museo. Unos metros más allá, entre las carrocerías de dos pilas de coches aplastados, deslizó la cremallera de aquella especie de cartera que antes reposaba entre las piernas del tipo y, cuando vio todos esos billetes, se santiguó mirando al cielo, besándose el pulgar al finalizar. Cerró los ojos y dijo: *Gracias, Señor*. Y eso que nunca había rezado en su vida.

Entonces, pensó en su chulo. Se iba a llevar una gran alegría.

Sebas, mientras tanto, no se conformaba con haber sido desplumado.

«*Me ha salido caro el polvo con esa furcia*», pensó.

Cuando se despejó de la borrachera, ya bien entrada la noche, se asomó a la puerta y pudo ver que el cauce de la riera había bajado de altura, por lo que aprovechó la oscuridad para cruzar. Llevaba la navaja entre sus dedos en el bolsillo del pantalón, eso le proporcionaba seguridad y arrojo para ir a por lo que era suyo. Luci era la prostituta del tal Luigi, que en realidad se llamaba Emeterio, pero no es que fuera un nombre artístico y optó por italianizarse. A él iba a reclamarle lo que le había robado la chica. Iría hasta su “oficina”, que no era más que otra caseta de ladrillos recompuesta con materiales aprovechados de la chatarra. No quedaba lejos de allí, solo a unos doscientos metros del cementerio de coches.

Pasó por el desguace y sorteó las ratas que se le cruzaban en el camino, las cuales chillaban, envueltas en escaramuzas.

El ruido de unos pasos que no eran los suyos se alzó hasta sus oídos. Se agachó tras la furgoneta abollada, igual que si fuera de plastilina, por la que pasaba en esos momentos.

Entonces, surgieron unas voces que fue parecían provenir de dos personas que discutían. La intensidad del sonido hacía pensar que se estaban acercando a donde estaba agazapado Sebas.

—¿Crees que con ese chute que le has metido se habrá ido ya al otro barrio? —indagó Luci.

—Ese está fuera de combate. Cuando se lo encuentren, ya estará tieso —afirmó rotundamente una voz de hombre. Era Emeterio, Luigi para sus chicas.

—Amor, ¿qué haremos con todo ese dinero? —Ella mostraba un entusiasmo efervescente, como si le acabara de tocar la lotería.

—Pues vivir como marqueses, reina. Vamos a recaudar lo que han sacado las otras nenas en la carretera y nos piramos de aquí.

—No me vas a engañar, ¿verdad? Solo tú y yo. Olvídate de las demás, que ya sabes que no te puedes fiar de nadie. ¿Tú crees que ellas te lo hubieran dado todo como he hecho yo? Ellas no comparten ni las compresas usadas. Mejor es que ni vayamos a por lo que hayan ganado hoy. Además, con la tormenta, ¿quién puede haber querido ir de putas?

—Que sí, nena. Que cuando hay tormenta se folla más. Esas habrán montado en lo menos diez coches cada una. No irán mal los dos mil pavos que hayan reunido entre todas. Al menos, tendremos para el viaje, porque no podemos tocar aún ningún billete del que se ha quedado frito.

—¿Por qué? ¿No es dinero? ¿Por qué no lo podemos gastar ya? ¿Qué crees, que es falso, o qué? —Ella se paró y extendió los brazos indicando la dirección donde dejaron el dinero escondido. Estaba molesta, pues quería empezar a disfrutar de ese botín, pero veía que su compañero y proxeneta demoraba el momento de marchar de allí cuanto antes, y se encaminaban hacia las demás chicas, a las que quería perder de vista para que no le siguieran quitando protagonismo en su especial romance con Luigi. Siempre había alguna que se propasaba en miradas tentadoras e intentaba conquistarle para ocupar su lugar en la cama y gozar de más privilegios, si es que se le puede llamar así el tener más días de descanso o acompañar al gallo del corral al buffet donde paraban los camiones cada vez que iban a comer.

Las dos figuras recortadas por la luz de la luna se alejaban poco a poco. Ahora tenía vía libre Sebas para poder entrar en la casa del proxeneta y cobrarse lo que le habían quitado.

En la casa de Luigi no habría nadie. Las chicas estaban trabajando en la carretera o en algún tugurio, y por allí solo se veía algún perro famélico que hurgaba entre las basuras.

Sabía cómo entrar. Luci le había explicado un día, en uno de sus enfados con Luigi,

embriagada de pastillas y alcohol, que bastaba con empujar determinados listones del marco de la puerta para meter la mano y poder llegar al manillar de dentro. Tocó hasta dar con las piezas de madera que la chica refirió aquel día, las fue presionando y consiguió ir haciéndose paso metiendo un dedo. Llegó a notar algo metálico dentro. Sacó el dedo y buscó algo que le sirviera para poder alcanzar su objetivo. Cogió una percha de alambre medio rota que había por allí y la dobló para hacerla servir de gancho. Se las ingenió así para llegar a bajar la maneta del otro lado de la puerta. Logró que la puerta cediera y un olor a rancio y a sudor con solera le dio la bienvenida. Una vez dentro, encendió el mechero para orientarse en la penumbra de aquel cuchitril. Un somier con un colchón de espuma, del color de la suciedad, y unas sábanas arrebujadas por encima, mostraba lo que ya sabía. «Un jodido picadero de mierda», pensó. Mirándolo todo con desprecio, buscó algo que valiera la pena llevarse, especialmente aquello que oía comentar entre ellos cuando estaba escondido tras la furgoneta: “¿Qué haremos con todo ese dinero?”, como había dicho Luci, más contenta que el que descubriera algún día el Santo Grial. No podía referirse a su pensión, porque los cuatrocientos euros que le robó no eran como para tirar tantos cohetes. «Se habrá dedicado a desplumar a todos los clientes, ¿o a qué coño se habrá referido con “todo ese dinero”?», volvía a decirse, intentando encontrar mientras tanto, entre la montaña de papeles y ropa sucia, aquel dinero que era suyo. No se veían más que apuntes con cifras, seguramente de las horas de sus “operarias” y los porcentajes derivados, una calculadora, bolígrafos, blocs de notas, un bote de Chanel número X, y algunas cuchillas de afeitar usadas. Ni rastro de algún dinero. A un lado, un armario abierto vomitaba la ropa que se había ido apelotonando dentro, arrugada y seguramente atestada de pulgas. En el suelo, un reguero de pantalones, camisetas, bragas, calzoncillos, calcetines.... Todo ello acartonado, como parte de un relieve montañoso. Una cucaracha se le estaba subiendo por la pierna, por debajo del pantalón, se agachó para quitársela y acabó cayendo al suelo al perder el equilibrio.

«Dios, qué porquería. Aquí solo hay mierda», escupió, buscando el mechero con las manos mientras tanto. Con la caída se le había escapado.

Tocó la ropa y se asqueó del tacto pegajoso, pero tenía que encontrar el dichoso mechero y siguió palpando en la oscuridad hasta que notó algo en una bola de calcetines. Aquello no era solo tejido, dentro había algo más, era como papel o plástico. Lo desenrolló y notó con los dedos que era papel. Se levantó y se acercó a la salida de la caseta, donde la luz de la luna regalaba el reflejo del sol, y comprobó, asombrado, que se trataba de dinero. Eran billetes de color púrpura, de 500. Volvió a entrar y siguió tocando entre la ropa, como loco ante ese hallazgo. No le importaba que los insectos corretearan por sus manos o iniciaran su recorrido por sus brazos y llegar hasta su cuello. Él las apartaba de un manotazo y seguía buscando. Entonces, entre toda esa pila de ropa sucia halló una cartera acolchada, del tamaño de una carpeta. La cogió y a tientas abrió la cremallera. Metió la mano y tocó dentro. Eran más billetes. No quiso seguir tentando a la suerte y, antes de que volvieran y le sorprendieran dentro, salió de allí, metiendo lo que había cogido bajo su camiseta. Tuvo la prudencia de volver a colocar los pequeños listones en el marco de la puerta y cerrar la puerta, como si no hubiera entrado nadie. Así, en caso de que la pareja estuviera de regreso, tuviera tiempo para escapar de allí hasta que se dieran cuenta de que les faltaba “todo ese dinero”.

Cuando estaba de vuelta en lo alto del terraplén, se quedó parado mirando a la hilera de casitas blancas, que convivían con las medio derruidas y donde había estado su hogar todos aquellos años. Una de ellas parecía transmitirle algo, la que había estado ocupada por la familia que fuera vecina suya, como si se elevara una nube con la forma de la cara de Rosario y esta le

sonriera desde el más allá.

Entonces, tomo una decisión: no regresaría, debía desaparecer antes de que lo fuesen a buscar. Tampoco tenía en la casa nada de valor que llevarse consigo. Los geranios, eso sí, acabarían pudriéndose sin que nadie los regase. Al mismo tiempo, un pensamiento asaltó su mente y un arrebató de misericordia apretó su corazón. Ese dinero se lo merecían ellos, esas personas que quisieron llevar una vida digna entre la peor calaña. Decidió emprender camino y desaparecer para siempre de aquel miserable lugar.

Capítulo 16

Ladera de recuerdos

Los campos se habían convertido en esponjas que habían ido absorbiendo el llanto incesante del cielo. La tierra estaba asimilando el agua caída a raudales filtrándolo hacia las capas más profundas, despertando la vida en aquellas semillas que quedaron enterradas y que esperaban el milagro de la lluvia para germinar y dar fruto. La fuerza de la naturaleza se manifestaba en el color verde intenso de las hojas de los árboles frutales y en la hierba de la pradera junto al río. La luna hacía brillar las gotas sobre la vegetación como si las encendiera con su mágica luz.

En la casa de los Estivill todos estaban cansados, deseando cenar para ir a descansar. El día había sido demasiado largo e intenso.

La luna iba asomándose por la ventana de la habitación de Lara, creando sombras que intentaba componer en figuras que unas veces eran algún animal y otras, alguna persona que se le pareciera por su perfil, como hacía con las que se formaban en las paredes húmedas de su anterior hogar. En una de ellas veía a una persona siniestra que quisiera llevársela. Estaba asustada. ¿Y si a ella le pasaba lo mismo que a Mario?, pensaba. Las otras noches había dormido con Herminia, pues tenía pesadillas y ella se encargaba de tranquilizarla, pero ahora se había tenido que quedar sola. Bernardo había ocupado su lugar, y Lara había asentido cuando le dieron las buenas noches, animándola a que no le iba a pasar nada, que todo estaba bien, y que nadie le haría daño. La niña tenía aún el trauma de lo que le pasó. No podría olvidar la mirada del mal en los ojos de aquellos hombres que la rodearon cierto día y que, por suerte, su padre evitó que la tocaran. Tardaría años en enfrentarse a esos fantasmas del pasado.

Algo hizo que dejara de sentir temor. El recuerdo de la imagen de Mario en la ventana esa misma tarde, cuando salió con Herminia a ver las estrellas y miró hacia arriba, llamándole la atención la luz de la habitación de Mario. Sus miradas se habían encontrado nuevamente. Parecía que un atisbo de agrado se mostraba en su rostro al ver cómo señalaba Orión. Pero cambió enseguida su expresión cuando Lara descubrió que era observada.

Lara sonrió por fin, y las sombras dejaron de espantarla. Cogió la fotografía que guardaba en el cajón de su mesita de noche, en la que estaban sus padres de novios, la besó y después miró al techo, sin poder cerrar los ojos. Se puso a pensar en su madre, y parecía que la escuchaba cantar. Pero era el viento, que jugaba con las hojas de los árboles que habían caído con la tormenta y las esparcía barriéndolas a su antojo. Por fin le pesaron los ojos y fue cayendo en un profundo sueño. En la habitación de arriba, Mario también había pensado en ella. No pudo olvidar sus ojos en todos esos días que estuvo atrapado. Y los había vuelto a ver brillar, igual que ahora brillaba la luna en su ventana.

Capítulo 17

Arena en el aire

Al día siguiente, Lara veía a todo el mundo correr por la casa, ocupados en mil tareas que parecían tener mucha prisa por acabar. Hubiera deseado tener a su lado a Teresa en esos momentos, pues con ella tenía la confianza suficiente para preguntar qué estaba sucediendo. Pero Teresa aún estaba en la clínica. Habría pasado la noche en una butaca al lado de Alejandro, vigilando de vez en cuando el monitor, alerta ante cualquier circunstancia que tuviera que alertar a las enfermeras.

Las llamadas de teléfono en la casa eran continuas. Tanto los aparatos como los móviles ardían en las manos de Rebeca y Herminia en interminables charlas, y volvían a sonar en cuanto colgaban. Haber avisado a la Guardia civil del hallazgo del niño movilizó a la patrulla especial de investigación criminal, que se había desplazado desde Alicante hasta la casa a media mañana. Una psicóloga de la brigada de protección al menor que los acompañaba se ocupó del niño, llevándolo a los jardines a dar un paseo. Quería minimizar los daños colaterales de aquella invasión a su intimidad, de toda esa gente con uniformes entrando en su hogar, y amortiguar el impacto de la presencia policial con buenas dosis de simpatía y humor. Mientras, los agentes interrogaban a la madre.

Florencia, cuando sirvió el desayuno a Mario, lo había encontrado diferente, como si hubiera entrado en la casa un Mario distinto. Y como si quien quiera que fuese que lo había secuestrado se habría llevado consigo toda su infancia e inocencia. Las miradas de complicidad que tenía con el niño se habían esfumado de golpe. Ahora le notaba ansioso, veía cómo devoraba los hojaldres y bollitos de nata que había traído Adela y hasta se atragantaba al apenas masticarlos para engullírselos.

—Tranquilo, Mario, que no se van a terminar. Acabarás ahogándote, y no podremos celebrar tu regreso en una fiesta como Dios manda —le calmaba Florencia, dándole golpecitos en la espalda.

—No, no quiero fiestas. Odio las fiestas.

Se levantó y fue a su habitación. Florencia fue tras él, y como ya sabía qué era lo que más le gustaba, le preguntó:

—¿Nos vamos luego a dar un paseo por el río? Han llegado unos patos salvajes preciosos. Seguro que querrás dibujarlos.

Mario abrió el cajón donde tenía el bloc de dibujo.

—Vamos. Pero me dejarás que te dibuje a ti también. —Por un momento, volvió a aparecer el Mario de siempre.

Capítulo 18

Aparición extraña

Felipe estaba durmiendo en el pabellón junto a los pocos jornaleros que habían quedado en las fincas. Ante sí tenía un futuro incierto, ya que la familia Estivill estaba pasando por momentos muy trágicos. Era como si hubiera embarcado a su hija en un navío que iba haciendo aguas, y temía que cualquier día se hundiera del todo. Tenía que pensar la manera de salir a flote de esas circunstancias tan adversas que acabarían quebrando la superficie inestable en la que se apoyaban. Pero ¿a dónde irían?

Se despertó en medio de una pesadilla, bañado en un sudor frío, con el corazón en la garganta. Salió fuera, y se sentó en un banco de piedra al lado de la entrada. Miró hacia el cielo y se asombró de la cantidad de estrellas que se podían apreciar. El viento había sacudido todas las nubes despejando la vista de lo que hay en la profundidad del universo. «*A Rosario le hubiera gustado ver esto. Hubiera dicho que el cielo se ha lavado la cara*», se dijo, con nostalgia.

Cobraba protagonismo en ese marco estrellado la figura de Rosario; parecía elevarse sobre todos esos diamantes haciendo que sus problemas se minimizasen al sentir el halo protector de su alma. Recibía, sobre el frescor que se posaba en su cara, el suave beso de ella, bajo otra forma de energía. Su pecho se hinchó recobrando esperanzas y por dentro una voz le habló: «*Todo irá bien, amor mío*». Cerró los ojos y suspiró. Pero los volvió a abrir de nuevo al sentir un ruido que provenía de la arboleda cercana. Alguien se aproximaba. Lo sabía porque era inconfundible el sonido de la gravilla del camino cada vez que alguien la pisaba. A esas horas podría ser un ladrón, así que cogió una pala que había apoyada contra la pared y se asomó con cuidado. Era un hombre muy delgado, iba muy despacio, pero no le acababa de ver la cara. Se preparó para atizarle en cuanto lo tuviera al alcance, alzando la pala. Entonces, en el mismo momento en el que le iba a golpear, vio la figura espantada de Sebas, el vecino que tuvo en las casitas blancas, que por su expresión y sus manos levantadas en son de paz no parecía tener malas intenciones.

—¿Sebas? ¿Qué demonios haces aquí? —balbuceó en voz baja mientras dejaba la pala en el suelo sin hacer ruido.

—Felipe, soy yo, Sebas.

—¡Shss! —Le agarró por el brazo y lo guio hacia la arboleda—. Camina y calla —le exigió poniendo el dedo en los labios para que no despertara a nadie—. No quiero que se piensen los demás que estoy tramando algo contigo aquí, a oscuras.

Cuando ya se encontraban en la espesura del bosque, Felipe le dejó que soltara aquello que misteriosamente tenía que decirle.

—Sabía que trabajabas y vivías aquí. Te iba a esperar toda la noche entre los sacos de abono para verte por la mañana temprano salir del barracón. Tengo que hablar contigo.

—Tú dirás. Si vienes a pedir trabajo, aquí no lo hay. Cada vez vamos quedando menos. Cualquier día me darán a mí también la patada...

—No, no es eso. Vengo a darte esto. —Sebas cogió el manojito de calcetines y mostró lo que había en su interior. Después sacó de debajo de su camiseta la funda negra. Abrió la cremallera y

mostró su contenido ante el asombro de Felipe.

—¿Qué es todo esto, Sebas? ¿Lo has robado? —preguntó, estupefacto.

—Lo he ganado en una apuesta. Pero ahora no puedo volver, porque ya conoces a esa gente... No saben perder —mintió.

—¿Y para qué me lo enseñas?

—Vosotros os merecéis algo mejor en la vida; en cuanto vi este dinero supe que debía compartirlo contigo. Yo seré feliz si contribuyo a que tengáis lo que Rosario hubiera querido. Hazlo por ella.

Felipe estaba atónito, tocaba los billetes, los miraba y luego clavó los ojos en Sebas intentando entender, hasta que por fin reaccionó.

—No me hagas cómplice de algo que pueda acarrearle problemas serios. No acepto este regalo envenenado. Móntate un negocio, cómprate una casa, haz un viaje, pero a mí no me des nada, no lo quiero.

No se fiaba de la procedencia de esa importante suma. Cuanto antes lo alejara de su vida, mejor. Ya sabía cómo se las gastaba la gente de baja estopa cuando se trataba de asuntos de dinero. En las partidas clandestinas de póker que se montaban en los tugurios de la barriada donde vivía Sebas, hubo alguno que salió con los pies por delante y acabó descuartizado, bajo la montaña de basura, como pasto para las ratas. Las trampas en el juego se pagaban muy caras, y Sebas, seguramente, tenía una diana en su pecho con una pistola o una navaja apuntándole desde algún sitio para recuperar esa fortuna que escondía en su ropa. No, ese dinero estaba maldito. Si Felipe disfrutaba de ese botín, aunque fuera de un mísero céntimo, pagaría el pato. Prefería seguir siendo un hombre pobre pero honrado, sin tener que estar mirando atrás continuamente para ver de dónde venían las puñaladas.

—Entiendo que no quieras involucrarte, amigo, yo solo quiero dejar pasar los días, sin complicarme la existencia, y lo haré más feliz si sé que tú y tu hija lleváis una buena vida.

—Sebas, no puedo aceptarlo. Es tuyo, tú lo has ganado. Date una oportunidad y sal de aquí, viaja, conoce mundo... Y, sobre todo, cuídate. Ándate con mucho ojo, ya lo sabes.

—Por eso quiero irme de este agujero putrefacto y podríamos hacerlo juntos. Bueno, tú y tu hija Lara.

—Mi hija está con la familia Estivill, y aunque estén pasando por malos momentos, no puedo llevármela a la aventura. Va al colegio...

—Eres su padre. Puedes llevártela y darle mejores estudios en otra ciudad...

—No, Sebas. No me comprometas, ya saldremos de esta. Te dejo que duermas en el cobertizo de las herramientas. Iré a despertarte y hablamos al alba.

Los dos hombres cogieron un atajo entre los campos de trigo y llegaron hasta la caseta. La puerta estaba cerrada, pero Felipe cogió la llave de debajo de una teja donde solo los jornaleros sabían que se hallaba escondida. Dentro, prepararon un jergón improvisado con unos sacos y se despidieron entre susurros, no sin repetir varias veces Sebas que lo mejor era irse de allí juntos.

Felipe volvió al barracón y se metió en la cama, donde el techo abuhardillado era como una pantalla donde se proyectaban todos sus pensamientos.

Tenía mil ideas en su cabeza que no paraban de trotar impidiéndole retomar el sueño. Olió los billetes al pasárselos por la cara, y sonrió.

«Luci, gracias por robarme la paga», dirigió su último pensamiento a la prostituta que le había cambiado la vida.

Capítulo 19

Cordillera de mañanas

Habían pasado dos días del recate de Mario.

Los primeros rayos de sol encendían las perlas del rocío en los campos. Lara se preparaba para ir al colegio, mirándose al espejo y preguntándose qué papel tenía ella en esa casa. ¿Qué hacía ella allí? Esos días en los que Mario estuvo desaparecido, aún ocupó algo de protagonismo, pues ya no estaban todos detrás de él y podían dedicarle unos minutos para centrarse en su nuevo colegio y en la ropa de su armario. Pero Rebeca era fría con ella. Los problemas la tenían inmersa en una preocupación de la que parecía no poder librarse, y ahora estaría cien por cien con su hijo, compensándolo por el trance que acababa de pasar.

Pensó en su madre, en las tardes junto a ella al lado de la lumbre, contándole lo que había hecho en la escuela, y le entró una gran nostalgia que enjugó sus ojos cristalinos en lágrimas que no acababan de brotar, atrapadas en una continencia que precisaba para afrontar lo que le iba a deparar esa mañana.

En su mente se preguntaba cómo serían los niños que se iba a encontrar en el nuevo centro. En el colegio de antes estaba bien. Tenía el cariño de las maestras y asistentes sociales, que se preocupaban de todos los alumnos, respetándolos y creando un buen clima entre ellos. También los extrañaba.

Aquel día iba a ir sin uniforme, pues se lo darían allí las monjas. Se puso un pantalón de color gris y una camiseta roja con el logotipo de una cantante famosa, y que estaba de moda, según decía Florencia. Fue ella la que se ocupó de comprársela con el dinero que le dio Rebeca para llenar un poco el armario de la pequeña. Bajó al salón y, al no ver allí a nadie, entró en la cocina. El olor a magdalenas recién horneadas le abrió el apetito. Adela, que se había presentado en la casa bien temprano, la recibió limpiándose las manos en el mandil, que conservaba algo de la harina con la que espolvoreaba minutos antes el molde de un bizcocho de chocolate. El calor del horno era agradable a esas horas. Fuera, olía a tierra mojada, el aire era limpio y fresco. Se asomaba un nuevo comienzo, con un cielo claro en el que escribir una nueva historia, dejando atrás un episodio doloroso como lo fue el secuestro de Mario.

—Vamos, preciosa, que hoy comienzas las clases con las monjas —la saludó Adela, cogiendo un cuenco de la estantería para verter dentro la leche. Luego le puso el bote de cacao en la mesa y un plato con tres madalenas—. Te he preparado el bocadillo para el recreo. Es de tortilla de patata. Cómetelo todo, que tienes que engordar, que estás muy flacucha.

—Gracias —Lara le respondió, sonriendo. Después, sorbió de la leche y notó que estaba muy caliente. Cogió una madalena y fue quitándole el envoltorio, con mucha delicadeza, igual que si deshojara una flor, fijándose en el color de la parte interna. Le gustaba morder la parte de arriba, donde el azúcar se quedaba atrapado en el cráter; tan crujiente. Entonces, cuando Adela la animó a darse prisa para llegar a tiempo al colegio, se tomó la leche ya templada y acabó por comerse las madalenas untándolas en el tazón.

—Ven, que te limpio esos bigotes —le dijo la cocinera, usando un paño de cocina para

despejar la huella de la leche—. ¿Pero por qué no te has puesto cacao en la leche?

—No quiero mancharme la ropa, que es nueva —se justificó Lara, mirándose la camiseta con el estampado en ella.

—Ay, si es que eres una señorita, más que otros que yo me sé, que no les importa ir como carboneros siendo quienes son —rezongó, mirando hacia arriba—. Pero no quiero decir nada, que bastante habrá pasado el pobre crío.

—¿Está bien? ¿Mario está bien?

—Sí, Lara, sí. Pronto le veremos haciendo trastadas, como siempre. Pero ahora no para de zampar. —Puso los dedos en racimo junto a los labios, moviéndolos, para señalar cuánto comía.

—¿Pero ¿dónde estuvo?

—Ay, niña. No lo sé, ni lo he preguntado. Tampoco estés tú dando la murga queriendo saber, porque la señora no tiene ganas de dar explicaciones. Vamos a hacer como si no hubiera pasado nada. ¿Vale, pequeña? Así no recibiremos ninguna mala contestación, que Doña Rebeca está de muy mal humor, y tiene su porqué, claro. Con el señor Alejandro en el hospital y lo que pasa en las fincas... En fin, tú sé buena y pórtate bien en el colegio. Y cómete el bocadillo, que no quiero que me caigas enferma.

—Que sí, Adela.

El coche estaba listo para llevarla al colegio. Florencia tocó el claxon para que la niña saliera. Pronto se alejarían hacia el pueblo, entrando en el camino asfaltado de la propiedad de las monjas, donde Lara viviría otra experiencia más y sabría cómo adaptarse a las nuevas circunstancias. La acogida fue muy cálida. Después de hacerle resolver una serie de ejercicios para valorar su nivel y, sorprendidas por sus resultados, le asignaron el curso y la clase conveniente. Las maestras vieron que ella tenía cualidades para aprender enseguida. En solo un día había conseguido ganarse el cariño de todas sus maestras. Y, por supuesto, se comió el bocadillo que le preparó Adela, y que le supo a gloria pues incluía en el envoltorio una notita con una frase que le alegró el corazón: «Te quiero, mi niña».

Capítulo 20

Sendero de serpientes

Teresa estaba viendo las horas pasar echada en la butaca de la habitación de la clínica, al lado de Alejandro. Un WhatsApp de Rebeca le confirmó sus sospechas: debía pasar la noche también. Pero no le informó de nada respecto al niño.

Las enfermeras entraban y salían de la habitación para incluir en el suero los medicamentos del tratamiento, y de paso mostraban una atenta sonrisa hacia la chica, pues la chica se levantaba cada vez que ellas se personaban.

—Tumbate, no hace falta que estés tan pendiente. Ya nos ocupamos nosotras, no te preocupes. Puedes dormir tranquilamente. Y tápate, que la noche está fresca —la aconsejaba la auxiliar mientras le tendía una manta que había sacado previamente del estrecho armario.

Teresa lo agradeció y al fin hizo caso. Entró en un profundo sueño, en el que se le aparecía aquel chico del pasado. Al despertar y recordar parte de las secuencias de la pesadilla, le volvieron a su mente los malos momentos vividos por culpa de él,

«No puede ser. Seguirá haciendo sufrir a otras chicas, y riéndose de ellas. Más vale no mirarle más a la cara. Hacer como que está muerto, que no existe. Ya lo pasé mal y no voy a ser de nuevo su víctima», consideró, protegiéndose de él.

Cuando, a la mañana siguiente, la enfermera fue a abrir la ventana para ventilar la sala, la hizo salir, pues además tenían que asear al enfermo. Le avisó de que esa mañana harían analíticas al paciente y no haría falta estar a su lado, pues lo iban a llevar a una sala de exploración médica. Teresa, entonces, decidió ir a la cafetería a por un café. Mientras esperaba el ascensor cogió el móvil y escribió a Rebeca lo que le habían comunicado. Le salió en la pantalla en ese momento un mensaje de Florencia:

—Te espero abajo a eso de las 9:30 Mario ha vuelto, nos vamos a casa.

Teresa puso un *vale* para abreviar la contestación y se aseguró de que aparecieran en azul las flechitas de que habían sido vistas sus respuestas. Se alegró mucho de la noticia del niño, y respiró hondo como si se hubiera quitado un gran peso de encima. También se sintió aliviada con la posibilidad de abandonar aquel lugar, aunque fuese por unas horas. Su cara se alumbró igual que el sol lo hacía tras los ventanales, extendiendo su sonrisa alrededor sin poder evitarlo en cuanto pisó la calle. El aire envejecido de la clínica dio paso a la caricia del aire fresco del exterior. Miró hacia arriba e hinchó sus pulmones abarcándolos al máximo. Un coche pasó por encima de un charco y por poco la salpica, si no llega a apartarse. Le pareció divertida la escena, pues otras personas también habían tenido que dar pasos atrás para, igual que una ola que avanza en la orilla, no mojarse.

Ya en el bar, alguien estaba detrás de ella esperando su turno para pedir en la barra y cuando Teresa acabó de pagar su consumición y se giró, no lo vio. Se chocó con él, derramando el café sobre su camisa. La taza y el plato cayeron al suelo, y ella se iba a agachar para recogerlo, pero ese chico se lo impidió, sujetándola del brazo. Ella observó todo el estropicio que había causado en la ropa de aquel joven, y fue a coger unas servilletas mientras pedía disculpas, sin saber a

quién había manchado.

—Perdón, debí tener más cuidado —se refirió Teresa a su descuido, sin mirar a esa persona a la cara, profundamente avergonzada—. Es que no sé lo que hago, las prisas...

—Teresa, esto no es nada. Las manchas se lavan y se van. —La voz de ese chico resonó con el mismo timbre ahogado del que ella reconoció al instante. Ella se quedó atónita, comprobando que era él, aunque ya no tenía la escayola.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Teresa, mirándolo a los ojos y sin querer demostrar que lo había reconocido.

—¿No te acuerdas de mí? Soy...

—Vaya, estás muy cambiado. Pero sí, ahora recuerdo quién eres —dijo mostrando desagrado fingido—, lamento mi torpeza. Como habrás comprobado, yo no he cambiado —añadió seca.

—No te preocupes, ya te he dicho que no pasa nada y que las manchas se lavan y se van, como espero que ocurra con el mal recuerdo que tienes de mí. Ahora soy una persona muy diferente a aquel adolescente egocéntrico que se burlaba de ti. Lo siento. Me gustaría invitarte a otro café y poder charlar un rato.

—Pero... ¿tú lo dices de verdad? —Le miró con una mueca de cinismo, queriendo comprobar que realmente se estaba riendo de ella y que no estaba hablando en serio. Su corazón temblaba al revivir la memoria de un dolor que había sido sofocado con manantiales de lágrimas y, al mismo tiempo, por aquella reacción de su cuerpo al tenerlo cerca y que trataba de disimular la idea de que debía odiarlo. ¿Cómo podía fiarse de quien la humilló y se divirtió con ello?

—Quiero hablar contigo, contarte muchas cosas.

—No puedo, me tengo que ir enseguida. Además, no me interesa lo que tengas que decirme —se ordenó, poniéndose la coraza de la indiferencia.

Teresa se fue hacia la salida y por dentro se rio, al haberle dejado de esa guisa tras verter sobre él todo el café. «*Se lo tiene merecido, por cabrón y por imbécil*», afirmó para sí, levantando su cabeza con determinación, sintiéndose triunfadora en una batalla contra su propia debilidad. «*Nadie se volverá a reír de mí*».

Capítulo 21

Linternas hacia el dolor

Jaime había acudido a un rally 4x4 y estaba como copiloto en el vehículo de un amigo suyo, el cual no conocía la palabra prudencia, porque no aminoró la marcha cuando, embalado, se enfrentó a una curva cerrada, a pesar de la advertencia de su copiloto. El coche derrapó y dio una vuelta de campana, antes de estrellarse contra la pared del cementerio y quedar con las ruedas hacía arriba. Los dos ocupantes, aunque iban sujetos por el cinturón de seguridad, sufrieron el terrible impacto contra la tapia. Luis presentó fracturas en las costillas, y diferentes magulladuras en brazos y piernas. Jaime sufrió, también, varios traumatismos; y lo peor de todo fue que se rompió una pierna. Por eso llevaba escayola cuando Teresa se lo encontró en la clínica. Aquel día fue a que revisaran la evolución de la fractura, y a la mañana siguiente le quitarían la escayola y empezaría con la rehabilitación. La coincidencia fue parte de un capricho del destino. Jaime se quedó muy pensativo al verla. Había hecho muchas fechorías y estas se le habían ido viniendo en su contra, hasta vivirlas por sí mismo y así saber qué era lo que se sentía en las propias carnes cuando él había humillado a alguien.

El instituto al que acudió en Alicante le dio una importante lección. Ya no era el chulito del colegio; por el contrario, se había convertido en el pringado de la clase, el novato, ya que los demás alumnos se conocían de haber estado en el mismo centro haciendo la ESO. Le tocó tragar papel higiénico, tuvo que soportar cómo se mofaban de los videos que habían grabado mientras obedecía a la hora de pasar la prueba de “la cagada de paloma”. Era denigrante, pero si no lo hacía lo marginaban y no podía entrar en el grupo. Tenía que tocarla y probarla. Y después se pasaban ese video hasta que ya no tenía gracia verlo. Pero, una vez en el grupo, se vio reflejado en ellos. Así era él unos años antes, y quizás podría haber seguido siéndolo, a no ser por un atisbo de conciencia que le llegó cuando se enteró de que iban a hacer algo parecido a lo que él hizo con Teresa. Esos chicos del grupo querían divertirse y pusieron los ojos en la hermana de Jaime, que tenía dieciocho meses menos que él, e iban a quedar con ella en la explanada solitaria para que se uniera al botellón. Pero aprovecharían un descuido para introducirle en la bebida una pastilla, con el propósito de ver qué reacción tendría, ya que la iba a alterar y a desinhibir por completo. Jaime lo había oído comentar desde el lavabo del instituto. Sus amigos se reían imaginando la escena que iban a protagonizar.

Ese día se acordó de Teresa.

Capítulo 22

Acantilado en las nubes

Florencia, al dejar a Lara en el colegio, había ido a buscar a Teresa.

—¿Cómo está Alejandro? ¿Ha habido avance alguno? —preguntó a la muchacha.

—Sigue igual. ¿Y Mario? ¿Qué le ha pasado? ¿Cómo llegó a la casa?

—Mario vino con la señora Rebeca, pero no sabemos nada de la liberación. Están agotados. Creo, por lo que he podido escuchar, que el niño estuvo encerrado y atado durante todo el tiempo, sin lavarse ni cambiarse de ropa.

—Ay por Dios. No quiero imaginar el calvario que habrá vivido. ¿Qué tipo de gente puede hacer algo así? No tienen corazón, son como las piedras, no sienten el dolor que han causado en la familia. ¿Y su madre?, ¿no vendrá a la clínica hoy?

—Sí, estará a punto de venir para ver qué le dicen los médicos. Y si puede, y está consciente el señor Alejandro, le dirá que su hijo está ya en casa, si es que despierta de su estado.

—Eso esperemos. Que poco a poco la familia vuelva a la normalidad.

—No sé. Un milagro necesitamos. Creo que vamos sobrando todos en esa casa. Apenas pueden pagarnos un sueldo. Adela quiere llevarte con ella a la tienda. ¿A ti te gustaría? Así estarías en el pueblo, y no tan alejada.

—Me da pena dejar a Lara sola —se lamentaba Teresa.

—Hoy ha ido al colegio de monjas, seguro que encuentra amigas, no te preocupes por ella. Y siempre puedes venir a verla cuando quieras —la alentó Florencia.

Iban charlando cuando se cruzaron con el coche de Rebeca. Se saludaron con un pitido y después se perdieron en la carretera, cada una en un sentido.

Al llegar a la clínica, Rebeca respiró hondo, miró al cielo y empujó la puerta de entrada. Le daba miedo lo que se iba a encontrar esa mañana, pues los médicos tendrían que darle ya alguna explicación sobre su evolución, ya que le habían ido haciendo radiografías y analíticas y ella no sabía nada de sus resultados, además de las nuevas pruebas de esa mañana.

Como un animal esperando a su presa, Melchor aguardaba en el hall, acechando. No sabía nada del regreso de Mario a la casa.

Se había preocupado en presentarse lo más elegante posible, y no quiso que ella interpretara que la estaba siguiendo, así que se mantuvo apartado hasta que llegara el momento adecuado. Él ya sabía lo que los médicos le iban a decir. Accedió a su informe gracias a la gentileza de una simpática empleada que entró en la ficha del paciente Alejandro Estivill.

“*Estado irreversible. Deterioro de los órganos afectados con gradual propagación*”, fueron, en resumidas cuentas, el informe que en dos líneas tocaban el adagio de la vida de Alejandro.

—No le dan esperanzas. Le queda muy poco —la chica le aclaró, afianzando lo que ya se esperaba Melchor.

—Gracias por hacerme este favor. Es un gran amigo mío, y me preocupa mucho su evolución. Va a ser un duro golpe para la familia y para todos los que queremos —enfaticó para dar credibilidad a sus palabras. Se despidieron y ella le siguió con la mirada. Le había gustado aquel

hombre. Pero él no se giró. En otra ocasión quizás si lo hubiera hecho.

Melchor esperó a que Rebeca bajara de la planta. Necesitaría de él, una vez más. Él estaría para ofrecerle su hombro.

Capítulo 23

Orillas sin mar

Mario se despertó gritando. Había tenido un mal sueño. En sus sueños seguía encerrado y maniatado, con el rugido en su estómago del hambre que padecía y la lengua pastosa, deseosa de mojar la lengua en un buen vaso de agua. Las paredes se le acercaban más y más hasta precipitarse contra su cuerpo y aplastarle. Era una pesadilla que se repetiría en las siguientes noches. Adela, que estaba a su cuidado, y andaba ocupada mientras con la plancha en la habitación de al lado, corrió a su lado y lo abrazó al escuchar sus quejidos.

—Shss... ya está, ya está. Ha sido un mal sueño.

—¿Y mi madre? —preguntó gimiendo.

—Está en el pueblo, pero regresará enseguida —le animó sin mencionar la clínica ni a su padre—, seguro que te traerá alguna sorpresa.

A Mario le llegaba el olor a manzanas horneadas. Ese agradable aroma que le recordaba que volvía a estar en su hogar. Se tapó con las sábanas y respiró llenando sus pulmones con la confianza que necesitaba, pero entonces su mente viajó hasta la figura de su padre y se alteró, incorporándose.

—Mi padre. Quiero verle. Llévame junto a él, necesito ver a mi padre.

Adela tuvo que anteponerse ante el armario y él, pues el niño ya se había levantado y estaba dispuesto a vestirse.

—Cuando venga tu madre, Mario. Espérala. No puedes ir tú solo. A mí tampoco me dejan entrar —le advirtió, acariciando su cara y rodeando su mentón con sus dedos.

Al fin consiguió que se quedara tranquilo y volviera a acostarse. Pero en cuanto Adela salió de la habitación, como si tuviera un muelle debajo de la cama impulsándolo, se levantó de un salto.

Su cuerpo se pegó a la ventana, y la frente, contra el cristal. Ahí estaba otra vez, ansiando con su corazón tomar el camino hacia donde estuviera su padre. Pensaba que lo que le había pasado se lo tenía merecido, y que había pagado por su gran fechoría. Porque si su padre estaba muriéndose era solo por culpa suya. En realidad, lo que intentaba hacer aquel día, al meterle el ratoncillo que creyó muerto en el bolsillo de su batín, era llamar su atención, reclamar a su padre el cariño que no percibía, demostrarle que estaba ahí, que existía, que incluso deseaba que le riñera para tener algún trato con él.

Compungido, apretó los ojos, y dos gotas transparentes se colaron por sus pestañas negras para caer en picado a la alfombra, confundándose con el estampado. Se limpió las mejillas y los mocos con el puño de la chaquetilla del pijama. Por un momento, todavía confundido por la pesadilla que había tenido, creyó ver unas sombras entre la arboleda, que acechaban a los que pudiesen pasar por el camino, imaginándose unas manos como garras que atrapaban a los niños para llevárselos a la oscuridad. Maldijo en voz baja y con los dientes rechinando. Fue al lavabo, había estado a punto de orinarse encima. Entonces, se giró sobre sus talones y se dirigió a su escritorio.

En una lámina de dibujo plasmó esa horrenda figura del monstruo, y con furia la tachó, presionando con tanta fuerza el lápiz que acabó desgarrando el papel. Mario rompió en pedazos su dibujo, soltando maldiciones. Tenía deseos de destruir, de borrar con una goma aquel padecimiento y encierro que había sufrido, así como la enfermedad de su padre. Pero los colores de su maletín de dibujo estaban apagados, hasta que el roce del paso del tiempo y los ojos de una mujer muy especial los volviese a despertar, al querer plasmar en un lienzo la intensidad de aquella mirada.

Capítulo 24

Océano volcánico

Una cápsula insonora e invisible envolvía a Rebeca, que tenía la vista clavada al frente, en un punto fijo de la calle, pero realmente sin ver nada. A ciegas, sin prestar cuidado alguno, fue a cruzar la carretera para dirigirse al parking. Si no fuera porque un brazo la retuvo, por poco la arrolla una moto que pasaba en esos momentos.

—Señora, ¿no mira o qué? —le dijo el conductor de un coche que tuvo que pararse también.

Ni lo escuchó. Como tampoco pudo oír los improperios que el motorista soltaba bajo su casco. No le hubiera importado que la atropellaran. Lo que le acababa de decir el médico había anestesiado su raciocinio por completo. La había dejado sin reflejos, se movía casi como un autómatas cuya mente estuviera ausente por completo.

Aún no había podido darse la vuelta para ver quién estaba detrás y que, milagrosamente, al retenerla, había evitado el accidente.

El motorista volvió a acelerar y el rugido del tubo de escape la despertó, por fin, de su conmoción. Se giró para agradecer a esa persona el gesto de haberla protegido, y que por suerte había actuado con rapidez en el momento justo y el instante preciso que lo había necesitado. Sus ojos se agrandaron mostrando una extraña, pero, a la vez, agradable sorpresa.

—¡Melchor! —pronunció su nombre como si hubiera visto una aparición.

Rebeca y Melchor se habían quedado en mitad de la carretera, mirándose, uno al lado del otro. Alrededor era todo difuso. Parecía que el mundo daba vueltas y ellos seguían en el centro, sin moverse. El coche esperaba a que pasaran para reanudar la marcha y lo hizo cuando Melchor le pasó una mano por el hombro y luego la bajó hasta la espalda, instándola a cruzar para llegar a la acera. Entonces, el conductor del vehículo, indignado por la espera, se incorporó al otro carril antes de que ellos acabaran de pasar, y desde la ventanilla los observó meneando la cabeza como diciendo: están idiotizados.

—¿Estás bien? —Le puso sus manos sobre los hombros, inclinándose un poco para tener sus ojos a la altura de los suyos—. Rebeca, por poco te atropellan. Suerte que te vi. Ibas como ida... ¿Alejandro...?

La pregunta de Melchor golpeó en su cabeza y al fin se derrumbó balbuceando inconexas palabras.

—Se está muriendo... Alejandro se va... —Sus pensamientos eran colinas de guerreros que atacaban por todos bandos, sin saber cómo afrontarlos.

Ya en un lugar seguro, la abrazó igual que una mantis acoge a su presa, y dejó que ella vertiera sus lágrimas en su pecho, mientras él mesaba su cabello con su mano fuerte y delicada a la vez. Pero en sus ojos, que miraban hacia las ventanas del edificio de la clínica, brillaba una maligna satisfacción. Por una vez el destino le estaba ayudando a conseguir lo que hacía tiempo planeaba. Estaba preparado para su siguiente asalto.

—No sufras, Rebeca, no soporto verte así —susurró en su oído. Se separó de ella con suavidad y la miró a los ojos, acariciando sus mejillas. Ella elevó su rostro con la lentitud de una

flor al abrirse al alba, temerosa de descubrir sus pétalos y ser herida por los rayos del sol. Entonces, viendo su fragilidad, él se adelantó a los acontecimientos, sabiendo que ella estaría pensando en la muerte de su marido—. Tú tienes toda la vida por delante. Este es un momento más en tu camino, y aunque duela por tener que perderle, hay que seguir. Dicen que cuando una ventana se cierra, una puerta se abre.

Ella sintió una leve punzada en su estómago al oír esto. Le estaba insinuando algo que no quería ni podía aceptar en aquellos momentos. Era como si él mismo se autoproclamase el nuevo horizonte de su vida, esa puerta que se le ofrecía ante el cierre de la vida de Alejandro.

Como si aspirara el humo narcotizador del infierno, se apartó inmediatamente de su lado, reaccionando a esa especie de hechizo que provocaba en ella.

—Déjame, por favor. Te estoy agradecida, pero no deberías tratar de confundirme en estos momentos en que me siento tan débil.

—Estás equivocada conmigo, Rebeca. No vas a quitarte nunca esa venda que tienes en los ojos, ¿verdad? Precisamente, porque estás pasando un mal momento, es por lo que quiero ayudarte. —Tomó sus manos. Sin embargo, enseguida recibió su rechazo con un leve empujón que lo apartó a un lado. Rebeca siguió y le dejó atrás. Como si aquel encuentro accidental, o eso pensaba ella, hubiera sido un bache que sortear.

«No quiero pensar en ti, Melchor, ahora no», le dictaba su sentido común.

Capítulo 25

Nieve en el alma

Apenas podía ver, las lágrimas inundaban sus ojos, y las piernas le temblaban. Accionó el mando del coche que sacó del bolsillo de su chaqueta intentando averiguar dónde lo había aparcado. Entre todos los vehículos escuchó el clic y vio el parpadeo de luces del que reconoció enseguida como su Mercedes SL. Los taconeos agitados iban marcando el ritmo de su precipitada angustia en su urgente necesidad de salir de allí y alejarse de Melchor y del eco de sus palabras.

Sus manos no acertaban a abrir, los dedos parecían inútiles y torpes. Después de tres intentos de levantar la palanca del picaporte, se rompió una uña, lo que hizo que soltara un quejido que crujía desde su garganta.

—¡Maldita sea!, ¡maldita sea! —farfullaba quitándose la parte de la uña que colgaba. Luego, con los dientes, intentó retirar la parte cortante que había quedado en el dedo.

Al entrar en el coche, las gafas de sol que llevaba recogidas encima de la cabeza —sin haberse dado cuenta de que las llevaba— se cayeron al suelo al chocar con el marco de la puerta. Ni se molestó en recogerlas. Todo le daba igual. Cerró la puerta, miró alrededor asegurándose de que no la había seguido, dejando el bolso y las llaves al lado, y se apoyó con fuerza en el volante, como si fuera algo que la mantuviera a flote en su océano de furia y angustia. Soltó su rabia en una exhalación profunda, como si sacara el humo de un incendio en sus entrañas.

Sus ojos, anegados de lágrimas bajo sus manos, descargaron un compungido y sonoro llanto. Respiraba con agitación, entre convulsiones que no podía parar, y entonces notó una presión en su cabeza, un dolor que por un momento acaparó su atención e hizo que se tocara la frente y secara después los ojos con las manos. Le iba a estallar la cabeza, tenía demasiada presión, le palpitaban las sienes con fuerza, y debía calmarse, o le podía sobrevenir un ataque. Sentía que su corazón iba a estallar ante la losa de dolor que lo estaba aplastando.

Cogió unos pañuelos de papel de la cajonera de la puerta y se sonó la nariz. Tomó otros más y se fue limpiando la cara, sin mirarse en el espejo. No le importaba si sus ojos tenían el aspecto de un oso panda al haberse corrido el rímel; ahora estaba ella sola ante sus pensamientos.

Tenía la foto de Alejandro y su hijo en unos marcos pequeños, redondos, del salpicadero. A su marido nunca le gustó que los tuviera, le decía siempre que eso era algo vulgar, pero a ella le gustaba, los miraba y sentía que su vida no se iba a la deriva, pues ellos eran su ancla. Rozó con sus dedos las dos fotografías, era una manía. Como si fueran el interruptor para seguir adelante.

De pronto, él apareció a su lado, sesgando la melancolía para dar paso a la incertidumbre. Y en el fondo, se alegró de su presencia.

Capítulo 26

Desierto ardiente

«Se siente perdida, vulnerable», se decía Melchor. No podía dejarla marchar así, en ese estado de nervios. Pero ir tras ella podría tomarse como una especie de acoso. Y en eso quería ser muy prudente. Algo brillaba en el suelo, al lado de la puerta del coche de Rebeca. Melchor, al comprobar que eran sus gafas de sol, no lo dudó y fue a recogerlas. Su aparición provocó en Rebeca un sobresalto. Le daban igual las gafas, pero tampoco quería ser desagradable y abrió la puerta para cogerlas.

—Gracias. —No le miró a la cara. Solo hizo una leve mueca que se acercaba a una sonrisa.

Ella cogió las llaves del coche para poner en marcha el motor, pero parecía que no encajaban. Era como si se hubiera convertido en una inútil total. Él no se lo pensó y dio la vuelta al coche hasta situarse en la otra puerta delantera; la abrió y se precipitó al interior, sentándose en el asiento del copiloto.

—Rebeca. Mírame. —Su mano se puso encima de la de ella, que estaba a punto de arrancar de coche.

—Tengo que volver junto a Alejandro. Solo he salido para tomar algo. Por favor, déjame. No puedo perder el tiempo. No estoy para explicaciones.

—Te prometo que estaré a tu lado, si tú quieres, solo como amigo. Olvidemos nuestros rencores y empecemos de nuevo. Perdóname si he dicho algo que te haya podido ofender en este momento tan delicado.

—Estoy pasándolo francamente mal, y también te pido perdón por mi actitud. Ahora no sé ni por dónde tirar, se me hace todo un mundo, y...

—Y te pensabas que yo era un buitro al acecho.

—Tampoco es eso. Estoy confundida, eso es todo. Y, además, me pone nerviosa tu presencia. Pero tú no tienes la culpa.

—Tranquila, no hablemos más de ello. Ahora lo que necesitas es comer algo y descansar para volver luego con Alejandro. Vamos a un sitio por aquí cerca y, si quieres, tomamos unas tapas, algo rápido. ¿Te parece?

—No estaría mal. No he probado bocado en toda la mañana. Ya me rugen las tripas —Se miró

La tensión se fue relajando y una sonrisa fue asomándose por el rostro de Rebeca, que sintió que realmente Melchor la quería apoyar. No podía ser tan desconsiderada con él, y más con el gran favor que le hizo al dejarle la importante suma de dinero. Dejándose llevar por un fuerte impulso, reveló la gran noticia que deseaba compartir con él:

—Melchor, debes saberlo. Mario ya está en casa.

—¿Cómo? ¿Que tu hijo ha aparecido? ¿Quién y dónde estaba? ¿Y cómo está? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Un bombardeo de preguntas salían escopeteadas de su boca. Se había acercado más a ella, y le cogió su cara con las manos, mirándola fijamente a los ojos.

—Es que no estoy en mis cabales, perdona. —Le retiró sus manos, librándose con suavidad del contacto que tanto la hacía estremecer. Luego, bajó sus ojos y realizó inspiraciones profundas

para recobrar la calma—. El pronóstico que me han dado de Alejandro ha sido realmente fuerte, pero tengo que estar contenta por volver a tener a mi hijo conmigo. Está bien, gracias a Dios está sano y salvo.

—Me lo tienes que contar todo, pero no quiero abrumarte. Ya me lo explicarás a su debido tiempo todo. Lo esencial es que esté bien.

—Sí, hemos tenido suerte. Todo ha salido bien. Seguramente saldrá en los medios la noticia, pero aún están tras el secuestrador.

—¿Pero ...? Rebeca, ¿esto no tendrá que ver con los cien mil euros que me pediste? —inquirió Melchor, atando cabos.

—Todo a su debido tiempo. Por favor, ahora estoy muy cansada. Te prometo que te daré los detalles, pero ahora estoy algo mareada.

—Claro, no quiero que te esfuerces ahora ni que revivas toda esa tensión. Ahora vamos a comer, no sea que te desmayes, estás muy pálida.

Bajaron del coche y, guiados por él, fueron hasta un bar donde una gran selección de platos combinados y tapas adornaban la entrada en unos vistosos carteles.

Pidieron unas patatas bravas y unos calamares, además de una ensalada mixta, que fueron comiendo mientras charlaban de cosas banales en uno de los bancos que hacían esquina en el rincón.

—Bueno, ahora parece que te ha vuelto el color a las mejillas.

—No me extraña, con lo que pican las bravas... —Rebeca señaló el plato en el que aún quedaban tres trozos entre la salsa picante—. Gracias por preocuparte, Melchor. Parece que me encuentro algo mejor.

Le miró y observó que tras sus pupilas brillaba un rayo de esperanza. Estaban recobrando las ganas de romper la tensión existente entre ellos desde hacía años.

—Para mí siempre serás primordial, Rebeca —Le cogió la mano y la estrechó en la suya, mirándola a los ojos, sin decir nada más. Mantuvo todos los interrogantes retenidos acerca del niño y su liberación para no agitarla. Lo que más necesitaba ella era serenidad. Y no volver a revivir lo sucedido. Intentó animarla a que siguiera comiendo un poco más, pinchando con el tenedor de ella unos calamares y mostrándoselos para que los comiera.

—Están muy buenos, pero no puedo más. Ya tengo suficiente, gracias. —Se pasó la mano por el cabello y se echó un poco hacia atrás, rehusando a comer, pero él insistió y acabó por abrir la boca y aceptar el gustoso bocado. Él apartó el tenedor vacío y lo depositó con suavidad en el plato, sin volver a coger otro trozo. Llenó la copa de ella con el refresco de naranja y se la ofreció.

—Siempre te gustaba beber esto. No sé cómo puedes...

—Yo tampoco entiendo muchas cosas de ti. —La indirecta les dejó a los dos callados. Pero, aunque él estaba tentado en comenzar a tirar de ese hilo, optó por cambiar de conversación. No era el momento.

—Bueno, no me negarás que aquí se come bien. ¿Te apetece un café?

—Sí, por favor. Necesito cafeína. A saber lo que va a ocurrir...

—No deberías quedarte sola. Tengo asuntos que, en un par de horas, puedo resolver, pero luego vuelvo y te acompaño. Estaré pendiente mientras tanto, así que cualquier cosa me llamas.

—De acuerdo. Puedes venir cuando quieras. Creo que es hora de enterrar el hacha de guerra.

—Todo irá bien, Rebeca, no te preocupes. Lo importante es que él no sufra. Tienes que ser fuerte. La vida es así, el destino está marcado, y, sin querer hacer de adivino ni nada por el estilo,

solo te digo que debemos aceptar lo que nos va viniendo, no nos queda otra, amiga mía.

—Pero es que tan joven... marcharse así, por un accidente tan simple...

—No lo pienses, ni te culpes, y menos al crío. Él tendrá que superar más que nadie esta gran tristeza, la de perder a su padre por una broma de las tuyas. Pero seguro que encontraremos la forma para que se libre de ese tormento y no le persiga de por vida.

«¿Encontraremos?», repitió en su mente Rebeca, y pareció que le había gustado enormemente sentir esa expresión. Quizás, algún día, todo se aclararía, y él pudiera intervenir como su verdadero padre. Pero enseguida barrió ese pensamiento de su mente. Era una maraña de preocupaciones la que ya sobrevolaba por su mente como para introducir más dudas y, menos aún, hacer planes.

—Sí, enseguida lo ha visto una psicóloga experta en casos como el suyo. Será un duro proceso, pero conseguiremos que lo supere —respondió, sin enfatizar mucho la manera en la que le hacía también partícipe de ese proyecto en común. Después, miró el reloj y le sobrevino la necesidad de ir cuanto antes a la habitación de la clínica, junto a su marido—. Es tarde, debo volver ya —dijo, y apuró su bebida. Luego, buscó en su bolso el monedero.

—Deja que invite —Se levantó rápidamente y fue a la barra. Puso un billete de cincuenta euros encima. Mientras, a ella le habían servido el café y pidió que se lo pusieran en un envase para llevar.

Al salir, él la cogió del brazo. La miró y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Gracias, Melchor. Me ha ido bien este rato. Y gracias por respetar mi necesidad de guardar silencio.

—No he hecho nada que no hubiera deseado que me hicieran a mí si estuviera en tus mismas circunstancias, Rebeca. Pase lo que pase, quiero que te cuides, que mantengas las fuerzas, que sepas que estoy ahí para lo que necesites, y, sobre todo, que comas. Sé que cuando uno está mal se le cierra el estómago, pero para están los amigos, para animarnos en los momentos duros que nos toca vivir. Piensa en tu hijo, tiene toda la vida por delante, y te necesita —insistió Melchor, mirándola.

Ella asintió y dejaron la conversación por terminada. Luego, fueron juntos hasta la clínica. Él subió para acompañarla a la habitación y, una vez allí, intentó desdramatizar la situación con algún comentario anímico. Alejandro seguía igual, según una enfermera les comunicó.

—Vaya, ¡quién iba a decir que esto pudiera pasar en pleno siglo XXI —dijo él, tocando el brazo de Alejandro.

—Sí, pero ha ocurrido. Y según me han dicho los médicos, no es el único caso. Por eso es tan necesario inyectarse la vacuna antirrábica a la menor mordedura de un roedor. O de un perro. Nos creemos que, en una sociedad tan avanzada, estas enfermedades no tienen por qué aparecer, que están radicalizadas, pero no es así. La rabia sigue su curso si no se detiene...

Se hizo un silencio incómodo, al que solo las miradas podían apaciguar para consolar esa sensación de angustia.

—Por eso mismo, la vida está siempre pendiente de un hilo... Somos más vulnerables de lo que nos pensamos. No lo pienses más, Rebeca, ahora está en manos de los médicos y ...

—Y de Dios, sí. No podemos perder la esperanza.

—Confiemos en ello. Y lo que haya que hacer, no dudes en contar conmigo, por si se necesita otro tratamiento... o...

—No, no... Todo lo que han hecho es el único procedimiento que existe. Ya lo he consultado,

pero gracias.

—Bueno, ya lo sabes, Rebeca, que no quede por intentar lo que sea. —Se fue hacia donde estaba ella para despedirse—. Se te va a hacer largo el tiempo aquí. Descansa un poco. En dos horas vendré.

—No, tranquilo. Entre el ajetreo de las enfermeras, se me va a pasar rápido el tiempo. Gracias por todo.

—Hasta más tarde.

Se dieron dos besos en las mejillas. El último, más intenso, más difícil de despegarse de la piel.

Al cabo de media hora, Rebeca sintió la necesidad de estar junto a su hijo. Aunque Herminia y Florencia le decían que estaba bien, y que le llevaban a dar paseos por el río, con la cercana presencia de Bernardo y Felipe, por si acaso, ella quería oírle respirar y hacer de madre. Pero se le venía su cara a la mente, sus ojos vidriosos y su vocecita diciéndole mamá cuando la vio en aquel pueblo abandonado, y su corazón se salía del pecho buscando unirse a sus latidos. Por tanto, llamó a Melchor para avisarle que no hacía falta que fuera a la habitación, pues se iba a casa. Tampoco podía hacer nada allí. Si pasaba algo, la avisarían y en diez minutos estaría de vuelta.

En menos de media hora se presentó Melchor tras la llamada.

—No te preocupes, yo me quedaré aquí. Ve a casa tranquila, Rebeca.

—De acuerdo. Cualquier cosa, ya sabes, avísame.

Ver a Melchor ocupando la butaca en la que ella estaba hacía pocos minutos, le proporcionó aún más confianza para poder ir con su hijo.

Casualidad o no, tres horas más tarde, estando él a su lado, Alejandro falleció.

Capítulo 26

El principio del fin

Solemne y pausado, como un eco del más allá, el sermón del sacerdote se extendía como una nube envolviendo la iglesia. Dejó a los presentes en el funeral de Alejandro con la sensación de haber despedido a un alma que tenía ya reservada su plaza en el viaje al más allá, con su día y su hora señalada desde que nació. Su tren había llegado ya a la estación a recogerlo. El párroco intentaba insuflar ánimos para que la pérdida de aquel ser no fuera tan dolorosa y se aceptara como un designio divino, como en la Biblia se dice: *Hasta el último pelo de nuestra cabeza está contado. Todo está calculado. (Mateo 10:30)*

Ella iba de riguroso luto, con un vestido negro y una chaqueta de terciopelo blazer, con un broche de un racimo de perlas con ribete plateado. Tenía puestas unas gafas de sol anchas, ocultando sus ojeras y sus ojos hundidos. Mario no pudo asistir a la iglesia. La psicóloga no lo aconsejó. Se quedó en la casa, atendido por una cuidadora que hacía terapia con él mediante una serie de juegos de mesa y otros de ordenador. Tenía que tener la mente ocupada y todos debían procurar que el niño no pensara, que entendiera que había sido un accidente lo que le sucedió a su padre, eximiéndole de la carga gigantesca de la culpa para que no la arrastrara durante toda su vida como un pesado lastre en su conciencia.

Rebeca recibió el pésame de los asistentes, que en fila iban pasando delante de ella para darle un beso o la mano. Cuando le llegó el turno a Melchor, se ruborizó tanto que notaba arder las mejillas. Aún olía a él, y resultaba algo chocante tener el féretro de su marido delante y a él dándole un apretón de manos de lo más sugerente. Sus dedos se colaban por entre los suyos, buscando el roce sinuoso contra su piel, acariciándola más bien.

Aquella mañana a primera hora Melchor pasó por la casa de los Estivill a recoger a Rebeca para acudir al tanatorio, aunque el funeral no tendría lugar hasta mediodía. Rebeca quería adelantarse a los demás y, ya que Melchor se había ofrecido a acompañarla, aceptó ir en su coche.

—Rebeca, ahora ya no hay prisa. Seguro que no has desayunado, va a ser un día largo, así que ¿qué te parece si vamos a una cafetería y tomamos el desayuno antes de acudir al tanatorio?

—No, no he desayunado, pero cualquiera que nos conozca y que nos vea en una cafetería va a pensar cosas que no son.

—Tienes razón, pues iremos a mi casa y prepararé yo el desayuno.

—No me gustaría encontrarme con ese amigote tuyo.

—Tranquila. Él no está, lleva unos días de viaje y no vuelve hasta la semana próxima.

—Está bien —Ya no se le ocurrió ni tuvo ganas de buscar más excusas para rechazar la invitación. Además, deseaba volver a estar a solas con él, después de lo que pasó en la playa unas horas antes.

No había pegado ojo la noche anterior. Pasó la mayor parte del tiempo en el tanatorio, junto a Melchor, quien fue la última persona que estuvo con Alejandro mientras este conservaba un hilo de vida.

Y a las tres de la mañana, aconsejada por todos, se fue a casa a echarse un poco. Pero lo único que consiguió fue dar vueltas sin parar en la cama, pensando en miles de asuntos que se le venían encima.

Por su mente se cruzaron momentos que pasó junto a su marido, que se iban desvaneciendo como unos cuadros a los que se les arroja disolvente y se van difuminando sus colores. Vio escenas de júbilo, alrededor de una mesa, celebrando los cumpleaños del pequeño Mario, los viajes a París, Londres, Nueva York...

Había disfrutado de una vida de ensueño junto a él. Había logrado lo que tanto deseaba antes de conocerle. Rebobinó en la película de su juventud y en cómo era ella entonces. Con aquella envidia que la carcomía por dentro cuando veía a las que presumían con sus buenos vestidos o conducían coches, entonces, inasequibles. Y ahora en el presente, todo lo contrario, otras la envidiaban a ella. Obtuvo lo que siempre quiso y tanto soñó. También, y lo más importante, tapó el agujero de las deudas de su hermano, al que gracias a una buena clínica de desintoxicación se libró de su terrible adicción a las drogas y acabó en un lugar paradisiaco, en Cabo Verde, haciendo lo que más le gustaba, el surf, y ahí seguía, disfrutando en lo que le hacía subir la adrenalina sin necesitar más droga que las crestas de las olas. Y todo gracias a Alejandro.

Su madre igual, había dejado su trabajo de limpiadora. ¿Cómo iba a seguir haciéndolo, si su hija salía en los medios cada dos por tres como referencia a la próspera economía de la zona levantina?

Para que se sintiera feliz, y pudiera convertir sus días en algo productivo, su madre, desarrollando sus habilidades con la costura, había abierto un taller de confección en el país que tanto adoraba: China. Su madre adoraba la cultura oriental.

Recordaba la sensación de abrir la puerta de la habitación de los hoteles de cinco estrellas en los que se alojaban cada vez que viajaban —como los que su madre solía limpiar en su trabajo— y aún llegaba a sus sentidos, al entrar en las suites, ese olor a limpio y a experiencias nuevas, tan acogedor, donde compartía la cama con su marido, envolviéndose juntos en las sábanas almidonadas y recién planchadas, aunque siguiera pensando en otro hombre cada vez que hacía el amor. Cerrando los ojos y abriéndolos a otro lugar..., donde el olor a mar bañaba cálidas y placenteras sensaciones, con la poderosa magia del amor.

Y las comidas de empresa, en los mejores restaurantes como escenario para negociar nuevos contratos comerciales, en los que ella era la figura principal, ya que desarrolló una potente capacidad de convencimiento. Había aprendido mucho del negocio de los vinos, y sabía cómo hacer llegar a los clientes las cualidades que ofrecía cada una de las especialidades en el fruto destilado de los viñedos Estivill. Siempre radiante, rodeada de personas influyentes, llegando a ser la imagen de la Bodega, ya que ella, mejor que nadie, sabía vender la marca y hacerla resultar tan atractiva que la iniciativa de las catas y el alojamiento rural en el anexo a la casa había sido todo un éxito. Alejandro le había proporcionado una oportunidad para cambiar de vida, pero ella también le hizo prosperar gracias a su talento.

Recordó, como algo intrínseco a pesar de no ser visible, una sensación de tener una boca abierta en su estómago, y aunque intentaba apaciguarla con nuevos proyectos, ropa exclusiva, joyas, viajes o celebraciones, ese desasosiego interior la iba minando por dentro. No podía ponerle nombre a eso que le pasaba, porque si lo hubiera sabido, lo habría intentado solucionar por medio de psicólogos o terapias del bienestar. No sabía qué era, pero aun teniéndolo todo, tenía la sensación de haber perdido algo el camino. De haber dejado de ser ella, y estar actuando en un escenario continuo, donde no se acababa de bajar nunca el telón.

Solo a veces encontraba algo de paz cuando miraba a su hijo y veía lo guapo que era, con ese aire de niño malcriado y algo prepotente, pero para ella un claro indicio de saber que lo conseguía todo y se podía permitir ser así de arrogante, porque lo tenía todo a su alcance. Y cuando le veía en su cama, con la carita relajada, y su manía de pellizcar la tela de la almohada, su naricita respingona, su cabello negro y con esos rizos en la nuca..., como los de su verdadero padre, entonces le venía un calor apacible que distendía sus músculos y la calmaba, la envolvía en nostalgia y se conformaba con haber podido rescatar de ese amor de juventud lo más grande que una mujer puede tener: un hijo del hombre que la hizo latir de amor.

Eran dos sensaciones completamente diferentes. La que le proporcionaba el mundo que la rodeaba, con sus éxitos y bienestar; y la que le traía el susurro del viento acompañado del olor a mar. Porque llevaba tatuado en los pulmones la esencia que respiraba cuando se convirtió en mujer en sus brazos, en los de Melchor Pamies.

Entonces, en un claro de su mente aparecían él y ella caminando juntos, en bañador, por la orilla de la playa, con el sol dorando sus cuerpos, y llegaba a percibir cómo cada centímetro de su piel se estremecía nada más sentir el roce de sus manos. Sintió una contracción en su estómago cuando súbitamente se transportaba a una imagen, la de él tomándola en brazos, llevándola al agua, sumergiéndose juntos medio cuerpo, ocultándose de las miradas de los demás bañistas para poder estrecharse con mayor intimidad.

Irradiaba felicidad entre sus brazos, cuando solo con sus besos se llenaba de gozo y alcanzaba el cielo al llenarse de él en su escondite secreto.

Pero de pronto, esa imagen idílica se esfumó. Porque su madre le implantó la idea de que Melchor se veía con otras. Rebeca no estaba al tanto del complot con las vecinas para hacerle creer que ese chico que parecía tan enamorado de ella la estaba engañando. Hicieron todo lo posible para crear una imagen totalmente diferente a la que ella tenía de su entonces primer amor. Le tomaron fotografías con otras chicas y se las enseñaron a Rebeca. Pero ¿quiénes eran esas jóvenes que parecían tan acarameladas con él? ¿Por qué Melchor se dejaba ver con ellas demostrando que lo pasaba bien con otras aparte de estar también con Rebeca?

Sentía que sus entrañas se desgarraban al ver en esas fotos las manos de él sobre la cintura de otra chica, a la que jamás había visto por el pueblo. ¿De dónde había salido? ¿Quién era? Y en su mente confusa solo podía encontrar una explicación: las habría conocido con el mismo truco que usó para conocerla a ella. Su perro. Él lo tenía fácil con su perro, pues era el que servía para atraer la atención de las chicas que estuvieran en la playa. Ya que tenía la manía de acercarse a la gente y al correr expulsaba arena, cosa que hacía que se acercara su dueño a disculparse y entonces comenzaba la conversación...

Rebeca se hizo una película mental con todos esos detalles que iba hilvanando para que coincidieran en el mosaico de un Melchor seductor, falso, egoísta y con una doble cara.

Por eso fue tan fácil dejarse querer por Alejandro. Abrumado por su espontánea forma de ser y sus ojos gitanos, profundos y negros como la noche, su jefe encontró en ella la chispa que alentaba su aburrida vida. En su familia acartonada y estirada en modales, Rebeca era la fruta prohibida, pero de un aroma salvaje que le cautivaba y difícilmente pudo resistir la tentación de probarla en aquella habitación del apartamento donde ella se le insinuó mientras, igual que una serpiente, iba enfilando sus palabras y sus miradas dulces en su muro hasta saltar la barrera de los dos mundos. Y aunque se sintiera después arrepentida, al haberse acostado con su jefe, cuando vio a Melchor acompañado de una chica a la que llevaba agarrada de la cintura, y con claras muestras de estar pasándolo estupendamente bien con ella, se convenció de que había

hecho lo mejor, y que no merecía saber que estaba esperando un hijo suyo.

Y tras los años, a pesar de tener esos bajones de ánimo que le producía el haberse enterado de que Melchor en realidad no la engañó, que siendo novios solo tenía ojos para ella, y que esas fotos eran montajes, que las habían sacado fuera de contexto— pues su hermano indujo a ciertas chicas, amigas suyas, a que se acercaran a Melchor y hacer posturas para hacer parecer que estaba teniendo una aventura con ellas—, no podía explicárselo a él, no podía volver atrás y hacerle entender que había sido una víctima de su hermano y de su madre. Porque le veía siempre con mujeres, y parecía feliz. Creía que la había apartado de su vida definitivamente. Le daba rabia ver cómo se lo demostraba cuando llevaba a alguna amiga suya por su finca, la cual solía quedarse apoyada en su coche mientras él iba a recoger algún documento, seguramente para hacerle creer que ella, Rebeca, había sido una más. ¿Por qué, si no? Entonces, ella le devolvía la jugada y se arrimaba a su marido, sonriéndole, mostrando lo orgullosa que estaba de él.

No sabía que él fue de flor en flor por desamor. Porque ella lo rechazó. Porque le dio de lado en cuanto un hombre rico y poderoso le ofreció un lugar junto a él.

Si Rebeca no hubiera hecho caso a aquellas mentiras, no se habría dejado embaucar por su madre para casarse y alcanzar una buena posición. En el fondo, a ella la utilizaron, tanto su madre como su hermano, para salvar las deudas de la familia. Como si viviera en la época en la que la mujer era una moneda de cambio para mejorar el patrimonio familiar. Y, sin embargo, seguía aferrada a esa vida de comodidades que además se estaba desmoronando. Podía sentir un gran vacío por dentro, rodeada de toda esa parafernalia superficial.

Capítulo 27

La playa del ayer

—Todos tenemos nuestro día fijado en el calendario de la vida. Por mucho que nos empeñemos en desafiar al destino, este nos alcanza siempre. —Su voz perfilaba notas de consuelo—. Rebeca, come algo, te espera un día muy intenso.

—Sí, ya nada se puede hacer. Será mejor que empiece a mentalizarme de la nueva vida que me espera.

A pesar de haber recuperado a Mario, la Bodega estaba a punto de la suspensión de pago y la fortuna personal abocada a los números rojos por algunas garantías crediticias que Alejandro se había visto obligado a firmar para hacer frente a las deudas de la Bodega y para afrontar los gastos de la finca.

«¿Cómo voy a salir de esta, Alejandro?», se preguntaba invocando a su marido ausente. Renovar los créditos con el banco iba a ser imposible. Si ya las malas cosechas de los últimos años habían puesto en alerta al director —por eso pidió a Alejandro garantías—, ahora con la muerte de dueño y cabeza visible del negocio, se antojaba como algo imposible de hacer frente.

No tenía nada, y si lo tuviera ya pertenecía al banco y a sus acreedores.

La Guardia civil se había personado en su casa el día anterior y la sometió a un tenso interrogatorio, sospechando que les había ocultado información y que había pagado algún rescate. Naturalmente ella lo negó y contrató echándoles en cara que no hubiesen sido capaces de liberarlo ellos. No quería más complicaciones, cuanto menos gente supiese la verdad mucho mejor, y antes podría pasar página. Ya bastante tenía con que hubiese aparecido Bernardo y estuviese, lo mismo que Herminia, al corriente del pago del rescate. Rebeca aleccionó a Bernardo y a Herminia la noche anterior, lo que suponía que de alguna forma los debería recompensar por su silencio y por corroborar su versión. La explicación en que se mantuvieron todos fue el hecho de que Rebeca, concedora de que Herminia había ido al pueblo abandonado a visitar a Bernardo, a su regreso del hospital y ante la fuerte tormenta, se le ocurrió acercarse a recogerla, no debía desviarse mucho de la carretera principal. Al llegar al pueblo se encontró a Bernardo, quien se sorprendió de que fuese a recoger a Herminia. Ante la insistencia de Rebeca, empezaron a buscarla por el pueblo hasta que encontraron la cesta en la plaza frente a la Iglesia, donde entraron y un hombre que parecía un drogadicto los atacó. Gracias que Bernardo, que era más fuerte, consiguió ponerlo a la fuga. Después encontraron a Herminia y a Mario atados y amordazados en la antigua sacristía.

Al final los investigadores no tuvieron más opción que creerla y dar el caso por cerrado, aunque estaban convencidos de que se había pagado un rescate, pero ante su fracaso tampoco podían hacer mucho hincapié en el tema. Menos cuando en todos los medios estaba ya la noticia de la liberación del niño gracias a la actuación de la madre y dos personas de su servicio, en aquel pueblo abandonado.

Capítulo 28

Agitada niebla

Se asomó a la ventana, harta de estar rodando entre las sábanas, luchando con sus propios pensamientos.

Entonces, le vio.

Estaba allí, entre las sombras, como un alma en pena, mirándola.

Se puso la bata de seda blanca por encima del camisón plateado y unas zapatillas y bajó hasta la entrada. Todos dormían, y con mucho sigilo abrió la puerta. En cuanto se asomó, pudo distinguirlo, a pesar de estar entre los altos matorrales del jardín.

Se acercó, de puntillas.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—Vamos, vete, eres un insensato.

—Rebeca, quiero enseñarte algo. Ven. Será solo un momento.

—¿A estas horas? Mi marido acaba de fallecer, sé un poco más consecuente, por favor.

—Te lo suplico. Será un par de minutos. Además, por lo que veo, tú tampoco podías dormir.

—Melchor, estás loco. Lárgate ahora mismo.

—Rebeca, te prometo que te traeré de vuelta en menos de media hora.

Ella se iba a dar la vuelta para regresar a la casa, cuando él la cogió por la cintura y las piernas hasta alzarla e impidió que caminase un paso más. Luego, la llevó hasta su coche, abrió la puerta y la metió dentro, cerró las puertas con el automático para que no pudiese salir y con la llave abrió su puerta para entrar manteniendo el coche bloqueado en sus puertas.

—Esto es el colmo. —Se abalanzó hacia él, iniciando una pelea en la que algunos golpes le dieron de pleno en la cabeza.

—Para, para. Solo vamos hasta la playa. Un poco de aire fresco te sentará bien.

Rebeca dejó de resistirse y de atacar a Melchor. Tampoco era mala idea la de ir al mar. En cierto modo, algo dentro de ella le estaba pidiendo a gritos salir corriendo de la casa por aquella sensación de ahogo que la invadía.

—No sé a qué juegas, Melchor. Pero en menos de media hora quiero estar de regreso. O te las verás conmigo, por muy bien que te hayas portado últimamente.

—Así será. Solo serán unos minutos. Me lo agradecerás.

La luna había coloreado un rayo de plata en el mar, el silencio se dejaba acariciar por el rumor de las olas y ellos dos se miraron con tal intensidad que no hicieron falta palabras para expresar lo que en esos momentos estaban sintiendo.

—Se está bien aquí. Todo sigue igual. La misma playa, la misma cala... —dijo ella, entusiasmada por aquella vista panorámica que le recordaba alguno de los mejores momentos de su vida.

—Y nosotros... También somos los mismos. —La miró y le ofreció la mano—. ¿Vamos? ¿Te apetece mojar los pies en el agua?

—Estás loco, Melchor. Ya no somos unos críos.

—No, eso es verdad. Ahora sabemos lo que hacemos y por eso lo podemos disfrutar más. —
Tiró de ella y, viendo que se reía, siguió llevándola hasta la orilla del mar, que estaba bajando un pequeño montículo de tierra poblado de hierbas.

Capítulo 29

Horizonte plateado

Rebeca abrió de par en par sus recuerdos de cuando eran novios, y una oleada de juventud la fue bañando hasta hacerla parecer aquella chica que soñaba mirando el mar, sentada en la arena.

Alejandro se alejó un poco y se preparó para lo que parecía una actuación.

—Hola, señorita. ¿Por casualidad es esta estrella tuya? Se ha debido caer de sus ojos —Le mostró, mientras caminaba hacia ella, una pequeña joya con diamantes en forma de estrella.

—¿Qué es esto? Alejandro, por favor. —Ella le vio sonreír con un encantador hechizo que desplomaría toda su resistencia, pero intentó con firmeza renunciar a caer en esa tentadora manera de regresar al pasado—. ¿Me crees capaz de jugar a los enamorados cuando el cuerpo de mi marido aún está caliente?

No cogió aquel objeto. Él lo mantuvo en su mano mientras inició su confesión:

—¿No vas a entender que fuiste y serás mía, y que no podrás amar a otro más que a mí, como así me pasa a mí contigo? Eres el amor de mi vida, aunque no lo creas y pienses que soy un ser arrogante y presuntuoso que intenta hacerte sufrir. He estado mil veces tentado en llevarte ante tu madre y tu hermano para que confiesen las mentiras que se inventaron sobre mí y esa falsa infidelidad que te hizo arrojarte a otros brazos. A los del hombre que acaba de irse de este mundo para dejarte libre por fin. —Soltó su discurso como una ametralladora, sin hacer apenas pausas. Rebeca utilizó sus energías para repeler ese ataque frontal. La había cogido desprevenida, pero tenía un arsenal de motivos con los que refutarle.

—Ese hombre me amó, me dio toda su confianza, educó a mi hijo, salvó a mi familia de la ruina... Tú no lo comprendes. Era, o él, o la desgracia en mi casa. Y, además, tú has demostrado que te gusta rodearte de mujeres, que no te contentas con tener a una sola pareja, que cambias de pareja como de camisa, como hubieras hecho conmigo. —Le miraba y acompañaba sus palabras con los movimientos de sus brazos, señalando la pantalla plateada marina como si esta proyectara todas las imágenes que intentaba transmitirle. Su bata ondeaba con la suave brisa marina, dejando que el brillo de su camisón retase al de las estrellas que fulguraban en esa noche que parecía eterna.

—Sí, así ha sido. Pero ninguna podría ocupar tu lugar, Rebeca. Las mujeres que he conocido y con las que me has visto rodeado no han significado nada. Es más, quería que me vieras con ellas, quería ver tu cara cuando sabías que no he estado solo nunca, que no vivía en el abandono al cual me arrojaste. Pero en mis sueños siempre has estado tú. En todas las veces que he hecho el amor he visto tus ojos, tu boca, tu cuerpo... follaba pensando en que te hacía a ti el amor. Además, nunca te dignaste a darme una explicación. —Daba vueltas sobre sí mismo, mirando algunas veces al cielo. En medio de la noche, en esa cala, se estaban desnudando, la verdad estaba saliendo ante la luna y el mar como testigos.

—¿Ah, ¿sí? Pues muchas gracias por el halago... ¡Qué honor! Te creerás que con ello me voy a inflar como un globo de satisfacción y orgullo. ¡Qué necio eres! Tus artes de seducción te

servirán con otras, pero conmigo das con un muro muy duro. Me he vuelto de piedra con los años. La mente fría me ayuda a ver las cosas desde una mejor perspectiva. El corazón no deja ver la verdadera realidad. Y no veo por qué tenía que darte ninguna explicación —afirmó, sabiendo que no era cierto, que, en realidad, le debía más de una, pero no quería mostrarse débil en aquel momento.

—¿No me dirás que no te negué la ayuda que te presté cuando me pediste ese dinero? ¿No comprobaste que me tienes a tu lado? Pídeme lo que quieras, Rebeca, y lo tendrás. Dame la oportunidad de demostrártelo —rodeó su cara delicadamente con sus manos, intentando meter en su cabeza esas palabras sin que ella se distrajera con otros pensamientos. Cuando la tenía cerca a solas, se olvidaba de todo el rencor y de los malvados planes de venganza. Quería que le viera tal como se estaba mostrando, desnudo ante ella, exponiendo su vulnerabilidad. Porque su corazón era suyo, y esa oportunidad era única. Si no la aprovechaba, se arrepentiría toda su vida. Ella estaba en una situación caótica y necesita apoyo.

—Tengo que contarte algo. Pero tiene que quedar entre tú y yo. El día en que fui a tu casa a pedirte ese gran favor, estaba en un enorme apuro. No podía decirte la verdadera razón por la que tuve que pedirte todo ese dinero, porque mi hijo corría peligro si involucraba a alguien.

—¡Rebeca! —Los ojos de Melchor se abrieron en un asombro que iba transformando su rostro a medida que entendía lo que le estaba tratando de contar ella.

—Sí, Melchor. Te expliqué una farsa que inventé. No hubo ningún container que llegara en mal estado. Ni cliente alguno que exigiera la devolución del importe de la venta. Nada de eso.

Rebeca se calló, haciendo un paréntesis en su discurso. Negaba con la cabeza, con gesto de compasión hacia él, demostrando que se sentía culpable por haber tenido que actuar ante él. El rostro de Melchor se fue agriando a medida que pasaban los segundos y ella no continuaba con la explicación que necesitaba oír. Ella fue removiendo la arena con un pie, como haciendo un círculo en el que poder meterse.

En el fondo, él intuía que le había mentido acerca de la urgente devolución del pago por los vinos que habían llegado en mal estado; y tampoco entendía que ella no tuviera acceso a su propio dinero, pues se lo ganaba con creces con su trabajo. Entonces, todo iba cobrando sentido en su mente al ir atando cabos.

Alejandro controlaba demasiado la vida de Rebeca, hasta el punto de haber estimado necesario unas cláusulas en las cuentas bancarias por las que ella precisaba su autorización para hacer movimientos. Quizás era por su obsesión compulsiva en las compras, o en la posible influencia de su madre, que siempre quería sonsacarle dinero para invertir en su negocio textil en China. El caso es que algo pasaba y no tenía que ver con la empresa. Llegó a pensar, tras la visita a su casa para que le diera los cien mil euros, en que lo necesitaba para llevarse a Alejandro a una buena clínica en el extranjero y no se atrevía a contárselo, pero esa cantidad de dinero era excesiva. Tampoco le resultaba creíble. Barajaba la posibilidad de que era para comprar unos terrenos. Incluso, que iba a dárselo a su madre para comprarse una casa cerca de la suya, ya que tenía intenciones de volver a España en unos años. Pero jamás habría pensado que era para...

—Pero por Dios, Rebeca, dime quién te pidió ese dinero. ¿Los que tenían a tu hijo? ¿Se lo diste? —Sus manos se apoyaron contra una de las rocas del montículo que tenía a su espalda y que servía de refugio, como si necesitara sujetarse a algo para no lanzarse sobre ella cara a cara y poder interrogarla más de cerca. Se calmó un poco, al ver cómo ella se acercaba y le tocaba el hombro.—. Me estoy poniendo muy nervioso, Rebeca. Dímelo todo, no me dejes a medias.

—Mario está conmigo gracias a ti, sí. A tu dinero. Pagué un rescate por su vida. Y te lo

agradezco. —Le acarició su mano, rozando un poco el pico de la estrella que sobresalía de ella —. Inmensamente, sí. Te lo devolveré todo, hasta el último céntimo. Solo necesito tiempo para recomponerme, para levantar lo que se ha ido derrumbando.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Por qué no me lo dijiste? Ese dinero está bien empleado. Pero ¿por qué me lo ocultaste? Has debido de vivir un calvario. Ahora entiendo por qué estabas tan nerviosa.

—Tenía muy poco tiempo, unas horas nada más. Además, haría lo que fuera por mi hijo. Acudir a ti fue una de las cosas que jamás habría contemplado como opción, pero no me quedó más remedio. Los bancos no me habrían dado la cifra que necesitaba sin el consentimiento de mi marido... y tal como estaba... hubiera sido muy sospechoso para la policía. Me hubieran seguido y el rescate hubiera peligrado.

—Rebeca, me has demostrado que eres una mujer con coraje. Por eso te quiero, porque eres capaz de lo que sea con tal de defender lo que más te importa. Y, ante todo, me alegra que tu hijo esté a salvo, contigo de nuevo, libre, y con toda su vida por delante. Pero... ¿por qué no defendiste entonces nuestro amor? ¿Por qué no me diste la oportunidad para ayudar a tu familia conservando lo que teníamos tú y yo? ¿Por qué me dejaste tirado como una colilla usada para venderte tal como has hecho?

—Me quebró todo por dentro cuando me contaron aquellas mentiras sobre ti. Yo te quería, pero deberías haber venido al trabajo a verme, y luchar por lo nuestro...

—Te vi, Rebeca. Vi cómo os besabais en la oficina. Había ido a comprobar que no era verdad, que lo que tu madre me dijo era mentira, que me seguías amando, pero cuando me acerqué a la empresa, sin que me vieras, me llevé la mayor de mis decepciones. Los dos estabais solos. Él se aproximó a tu boca, y tú no negaste su beso... Estabais muy cerca el uno del otro. Y no pude más. Salí de allí con el alma destrozada, deseando devolverte todo el dolor para que lo vivieras por ti misma. Por eso me rodeé de otras mujeres, tratando de demostrarte que yo también podía volcar mi deseo en otros cuerpos y que contemplaras que podía sobrevivir perfectamente sin ti. Pero no ha sido así. Realmente me moría de celos. Deseaba matarle, arrojarle fuera de tu vida, plantarme ante ti y decirte que me habías destrozado, que habías partido mi corazón en mil pedazos, que desde ese momento mi vida se había convertido en un verdadero infierno y que me quemaría consumiéndome sin que ese fuego se extinguiera. Porque verte de nuevo hacía que las llamas volvieran a alimentar mi dolor.

—Entonces ¿no fue verdad lo que mi madre y mi hermano dijeron de ti? ¿No fue verdad que te vieron con otra? ¿Estuviste con aquellas mujeres para que me invadieran los celos? Pues lo conseguiste. Me moría de ganas de matarte, de clavarte mil puñales por suplantarme enseguida por ellas.

—Debes creerme. Ellos se inventaron todo. Hicieron que pareciese verdad que me viera con esa otra muchacha o con las que ellos se imaginaran, porque, al fin y al cabo, todo lo que se les ocurriera valdría para que me quisieras apartar de tu vida. ¿O no es así? ¿Por qué demonios les creíste?

—Es igual. Tú tienes tu vida. Yo.... tengo a mi hijo, que es por lo único que me alegro de estar viva... y por ello me acerqué a ti. Pero no ha representado ningún esfuerzo dejarme esa suma. Nadas en la abundancia.

—Todo lo mío es tuyo. Siempre lo ha sido. Si en su día no te apoyaste en mí, déjame hacerlo ahora. Deja que te ayude con la Bodega y las fincas, las volveremos a levantar.

—Confieso que, hoy por hoy, no tengo otra opción. Hablaremos ante un notario y lo

dejaremos todo aclarado mediante un contrato. Me esperan días terribles, remontar una empresa hundida no es fácil.

—Yo estaré contigo en todo momento. Tú no estás en condiciones de afrontar sola estas penosas circunstancias. Mi mente está ágil, sin que me vea tan afectado como tú, puedo pensar con claridad.

Rebeca se llevó las manos a la cara, compungida y atacada por el velo de la viudez que se le presentaba como una losa pesada.

Después, miró hacia el cielo apretando sus labios, que tras ellos una tormenta de llanto quería desatarse. Él aprovechó para besarla en la mejilla de repente con un leve y ligero roce para pasar luego a su oído y decirle sugerentemente:

—Eres y seguirás siendo mi más bello y dulce amor. No lo olvides —susurró, ante la bajada de cabeza de ella, para esconder su fragilidad, él se separó y se ofreció a llevarla hasta su casa—. Vamos, cielo, intenta confiar en mí.

Melchor cogió su mano, se la llevó a sus labios y la besó con esa clase de amor cortés que elevaba el romanticismo a infinitos derroteros. Ella recibió una descarga eléctrica en toda su columna, que fue expandiéndose por todo su cuerpo igual que si se hubieran encendido de pronto todas las luces de la oscura morada de su corazón. Sus mejillas brillaron y se sonrojaron, no solo por esa experiencia, sino también por el vino, que hacía su efecto en su sangre, librando endorfinas y despejando el terreno para mostrarse femenina y deseada.

—Rebeca.... Mi Rebeca...

Ella apartó su mano, con algo de vergüenza, mirando a los lados.

—No debemos jugar con fuego. Nos pueden ver.... Esto no está bien, lo sabes.

Los labios clamaban por unirse en un profundo beso.

Capítulo 30

El fulgor de las estrellas

—Ahora vuelvo.

Melchor fue hasta el coche y cogió la manta de viaje del maletero. La extendió sobre la arena e invitó a que se sentara.

Rebeca estaba como en una nube de ensoñación, pero iba admitiendo que necesitaba imperiosamente sus abrazos. Cuando él la fue echando hacia atrás con movimientos suaves, acariciando su cabello, su rostro y sus labios, entonces la cubrió de besos, recorriendo cada milímetro de su cuello y de su cara. Ella suspiraba y leves gemidos iban despertando desde dentro, clamando ser liberados. Poco a poco, él se fue subiendo encima de ella, buscando el contacto con su cuerpo. Ante el vaivén de las olas, los dos se mecían en ese baile cada vez más agitado, en el que las manos se buscaban debajo de la ropa para tocar la piel y extender las caricias sobre la cálida superficie de los cuerpos. El camisón y la bata fueron poco a poco izándose por las manos de Melchor, buscando que sus turgentes pechos fueran emergiendo. Mientras su respiración se agitaba, estos se iban manifestando con mayor voluptuosidad, haciendo que Melchor se derritiera de deseo y le quemara el fuego en sus entrañas. Loco por poseerla, por hacerla suya y marcar su cuerpo con el hierro de su hombría, la despojó de las sedosas prendas y la dejó solo con las bragas.

Se desnudó ante ella, exponiendo su virilidad, que clamaba por hundirse en ella para apagar el incendio que rugía por sus venas.

Ella se mojó los labios al frotárselos cuando toda su boca se llenó de saliva, como respuesta del deseo que también la envolvía y pedía a gritos ser colmada como mujer con el hombre que la había hechizado por completo ya hace años cuando todavía era una joven ilusionada e inmaculada. Observó que su anatomía era maravillosamente arrolladora, que sus músculos estaban perfectamente tonificados y marcaban una potencia masculina capaz de mover todo un mundo de sensaciones, como un Hércules dotado de, además, gran romanticismo.

Cuando las piernas de él se acercaron y rozaron la piel de las suyas, un estremecimiento la recorrió de arriba abajo, y como si barco tuviera que debatirse ante un gran oleaje, quiso agarrarse a él como a un timón en pleno vendaval. Sus piernas se dispusieron a abrazarlo entre ellas y sentir el contacto con su piel. Completamente desnudos, piel contra piel. Él fue haciéndose paso en ella hasta llegar a hacer brotar un profundo gemido y entonces fue moviéndose con delicadeza al principio y con mayor agitación después. Tras varios embistes agitados, a ella le sobrevino una onda expansiva de placer que recorrió todo su cuerpo, pronunciándose en un desgarrador gemido. Él avanzó en su búsqueda por llegar a la cumbre y se esparció dentro de ella.

El cielo empezaba a clarear, los astros iban desapareciendo fundiéndose en la densidad del universo, y ellos dos se miraban, abrazados, esperando el momento para manifestar su amor con las palabras que iban a pronunciarse de sus labios colmados de besos.

—Te quiero, Rebeca... —Entonces, alcanzó de entre sus ropas extendidas alrededor la

estrella que quería regalarle. Era un collar precioso y delicado, con el detalle de la estrella y un brillante en cada extremo rodeando al diamante del centro—. Quiero que conserves esto. Y cada vez que lo veas, recuerda que tú eres mi estrella, mi norte, y que sin ti estoy perdido.

Se lo puso alrededor del cuello y ella no dejó de mirarle. Mientras, dos lágrimas iban surcando sus pupilas hasta caer y recorrer sus mejillas. Él las besó, y sintió el sabor salado del elixir de su emoción. Entonces, miró hacia el mar.

Él se levantó con cuidado de deshacer suavemente el nudo que formaban sus cuerpos y la invitó, tendiéndole la mano, a ir hasta la orilla. Fueron dejando que las huellas marcaran unos pasos en un breve paseo y entonces él la cogió en brazos y la llevó hacia dentro. La silueta de ambos era como una sombra que se movía sigilosa en la noche, acompañada por el rumor de las apacibles olas, que lamían la arena de la playa con timidez. La piel de ella, bronceada, brillaba, y su pelo se mecía al tener su cabeza suspendida. Las puntas del cabello rozaban el agua haciéndose paso hasta que él fue entrando más profundamente y entonces dejó que ella flotara, con la melena flotando y sus pechos salientes, igual que una diosa en un bautizo sagrado.

—¿Quieres casarte conmigo, amor mío?

—Te amo, Melchor... Eres parte de mi vida. Siempre lo has sido...

Pocas horas más tarde, estaban en el funeral, y no solo enterraron un cuerpo, también dejaron bajo tierra todos sus temores y malentendidos.

Capítulo 31

Siguiendo el cauce de los acontecimientos

La policía seguía interrogando a Bernardo y a Herminia acerca del desconocido que raptó a Mario.

Los rasgos físicos que les habían ido proporcionando coincidieron con los del cadáver que encontraron en el desguace. Al tomarle muestras comprobaron que tenía suficientes pruebas para condenarle —en la otra vida— a lo que le quedaba de eternidad para dar cuentas a Dios por sus pecados. Caso resuelto. No supieron qué interés tuvo en retener al niño, ya que, según Rebeca aseguró, no había pedido ningún rescate. Naturalmente, ella se calló al respecto. Hubiera infringido la ley si supieran que cedió a un chantaje sin avisar a la policía. Pero claro, cómo iba a arriesgarse a que metieran las narices y arruinarlo todo. Ya tuvo bastante con la aparición imprevista de Bernardo, que pudo haber hecho peligrar su particular operación de rescate. En todos los periódicos se dio a conocer la gran noticia de la liberación de Mario Estivill, exaltando el valor de la madre, que pudo liberar a su hijo con la ayuda, claro está, de Bernardo, su anterior mayordomo. Rebeca contó que había ido a buscar a Herminia, su ama de llaves, a ese pueblo para que no cogiera el autobús con la tormenta que estaba cayendo encima, y se encontró con la escena del secuestro a la que estaba sometida su ama de llaves al igual que su hijo, y que, gracias a Bernardo, que apareció después, pudieron liberar a ambos. La policía no tuvo más remedio que tragárselo, porque, visto así, coincidía todo. El móvil del secuestro no se llegó a saber, ya que el niño no presentaba signos de haber sufrido abuso, ni se encontró nada que pudiera asociarse a un intercambio de su vida por alguna importante suma de dinero. El muerto, Ginés, no tenía ningún teléfono registrado en su nombre, ni a Rebeca le hallaron llamadas extrañas en su móvil ni en el teléfono fijo de la casa. Tampoco tenía relación con el entorno laboral y familiar. Un caso resuelto felizmente. Lo único que se decía en los medios al anunciar su liberación fue que ese hombre era un drogadicto y que murió por sobredosis, que sus facultades mentales estaban mermadas seguramente por los efectos de las drogas y que simplemente se había obsesionado con el niño para quizás hacer algún ritual satánico en la iglesia abandonada del pueblo de Llombai.

Lo que resultó después de esta sospecha nadie se lo podía esperar, pero así ocurrió: un grupo sectario empezó a frecuentar esa iglesia. La idea de que el tal Ginés rendía culto al diablo entre aquellas ruinas levantó la curiosidad de muchos adeptos a las ciencias ocultas, quienes hacían reuniones nocturnas para detectar presencias de seres de otras dimensiones, espíritus desencarnados y energías que se llegaron a materializar para captarlas y después difundirlas en medios y programas como cuarto milenio. Otros iban hasta lo que quedaba de la vivienda de un nazi que se había instalado hacía años en esas latitudes, conocido como el nazi de Llombai, y aquello se convirtió en un parque temático de aventuras esotéricas, donde se ofrecía alojamiento y visita guiada para entretener a los turistas de la zona con una actividad incluida en el paquete seguida de la ruta por el parque de los loros y los monos, una especie de zoo. El pueblo empezó a despertar de su letargo y hasta se compraron casas para rehabilitar ya que no eran pocos los que

encontraron en esas latitudes la oportunidad del negocio del siglo.

Capítulo 32

Saltos en el tiempo

Cinco años después, Lara tenía que dar otro paso más en su vida. Había terminado su educación secundaria y ya le tocaba decidirse por la carrera universitaria que cursar. Desde que se estableció como medida de protección y seguridad en el periodo de confinamiento —ante la epidemia del virus covid que comenzó a asolar el planeta a principios del 2020— su internamiento en la residencia del colegio, había visto muy poco a su padre, y más bien lo hacía a través de la ventana de su habitación. Él la saludaba desde abajo, le lanzaba un beso y le enseñaba una rosa blanca, la que había cortado del rosal que bebía de la esencia de su Rosario.

Ella le decía que se cuidara, que todo iba bien, que estaba aprendiendo mucho. Para ello, levantaba la mascarilla, como si destapara la jaula y liberara las palabras y el cariño que guardaba para él.

Felipe la miraba y se admiraba de lo hermosa que era. Cada vez se parecía más a su madre. Sus ojos en tono miel y avellana, su pelo castaño rojizo recogido en un moño trenzado, su rostro ovalado y angelical, y esa sonrisa que adivinaba que la guardaba para él, para ofrecérsela cuando nadie la sorprendía asomada en la ventana. Ella se alegraba de ver a su padre y más al saber que se había convertido en uno de los socios de la empresa Estivill.

Los viñedos ya no ocupaban la principal actividad económica en la familia Estivill. Ante la pérdida de gran parte de la extensión agraria, debido a las plagas que azotaron los cultivos y la dificultad de dar salida a la producción que tenían almacenada en las barricas, Melchor y Rebeca promovieron una salida empresarial que dio buenos frutos: crearon un centro de terapias que abarcaba males como la ansiedad —un gran porcentaje de la población se veía afectada por esta sintomatología—, la depresión, el estrés, adicciones, superación de traumas etc... Los racimos de profesionales de la salud en diferentes especialidades se exprimían en sesiones terapéuticas para que los pacientes salieran de allí con gran alivio, dispuestos a volver al campo de batalla que les había tocado vivir. Felipe se ocupaba del mantenimiento de los jardines y por su cuenta iba cuidando las cepas que habían resistido las plagas y plantando otras variedades más resistentes. Florencia siguió trabajando con la familia, igual que Herminia, que más que nunca hacía su papel de ama de llaves a la perfección, ya que Rebeca y Melchor recibían muchas visitas en la casa y ella se encargaba de mantener el protocolo de seguridad cuando aún se tenía que proteger la distancia para prevenir el contagio. Después, tras la vacunación de la población, se liberó la restricción y entonces las fiestas eran el pan de cada fin de semana en la mansión, que ahora ya no se hacía llamar la de los Estivill, sino de los Bautista&Pamies, como los apellidos de Rebeca y Melchor.

Bernardo se ocupaba de abastecer a la casa y a la casa de terapias de todo lo necesario, así como de contratar el servicio que se requería para servir en las celebraciones. Teresa se acercaba de cuando en cuando por las fincas y se interesó por las terapias como paciente, para tratar su trauma. Siempre se levantaba con la sensación de no haber dormido bien. Tenía pesadillas, en las que un hombre la perseguía y la obligaba a permanecer arrodillada mucho tiempo en un rincón.

Un experto en la materia la trató y consiguió liberar la carga que llevaba a base de sesiones en las que la ayudó a cicatrizar sus viejas heridas emocionales. Pero la interrelación entre ellos se amplió, pues se empezaron a ver, ya no como profesional y paciente, sino como hombre y mujer. Se atraían. Su amor se fue haciendo cada vez más fuerte. Y cuando ya no hizo falta seguir con las terapias, ella se replanteó que ya era hora de ser feliz y no ver a los hombres como unos monstruos, su reloj biológico le pedía ser madre, formar una familia. Cierta día, como era su rutina, se tomó su café con leche en la cafetería del establecimiento de Adela antes de abrirlo al público. Ella vivía en el piso de arriba, le habían dejado toda una planta para ella sola, y los otros tres pisos del edificio los ocupaba el matrimonio y los hijos, pero estos iban y venían, ya que tenían su propia vida y aprovechaban siempre que podían en sus vacaciones a ver a sus padres y de paso disfrutar del sol y la playa. Una vez que Adela se hizo cargo de la tienda, se dispuso a llevar los pedidos, y hacer el reparto diario. El marido de Adela había estado toda la noche haciendo pan, magdalenas, y croissants, así como las empanadas que le habían encargado. Por supuesto no faltaban los famosos rosetones de Alicante, pastas a base de calabaza, almendras y boniato, a los que agregaba almendra picada y nata para adornar.

A las nueve iba primero al convento a llevar el pan con la pequeña camioneta. El arbol de las nubes la sumergía en una especie de ensueño. Se sentía bien, y disfrutaba del calor de una buena familia. Bajaba las escaleras con su melena mecida por la brisa, dirección a la plaza donde siempre aparcaba. Sus pasos iban al mismo compás que su corazón, y por dentro sonaba la música de su anhelo. Estar con ese chico le resultaba una descarga de adrenalina considerable, capaz de impulsar el motor de su vida. Llevaban saliendo tres años, y siempre recordaba el primer día que se lo pidió. Él estaba en esa misma plaza, esperándola abajo, apoyado contra los pórticos, con su cazadora de cuero marrón, y ese bucle en su frente como sello de su rebeldía. Llevaban tiempo labrando una sana amistad, pero nunca consiguió quedar con ella, solo la veía cuando iba a la cafetería tras su trabajo, ya que ella ya no iba por el centro terapéutico. Pero aquel día le dio una gran sorpresa. La miró a sus ojos almendrados y señaló con sus ojos el gran ramo de flores que había escondido tras él y que ahora se lo mostraba. Marco tenía, además, algo que decirle. El corazón de Teresa se agitaba en un vaivén de asaltos que la razón no conseguía apaciguar. La humedad en sus ojos se fue acentuando hasta que se desbordó el caudal de lágrimas de tanta emoción. El rostro se le iluminó como si el sol se hubiera puesto detrás de ella y lo eclipsara. Él deseaba abrazarla, transmitirle la locura de su enamoramiento, su obsesión. Entonces, ella no pudo resistirse cuando él le tendió los brazos y la estrechó contra su pecho.

—Me va a dar algo. ¿Qué dirá la gente? —dijo Teresa, ante el aplauso de quienes habían visto la escena.

—En el pueblo ya lo saben, que me traes loco y que no me haces caso. Pero el que la sigue, la consigue, y no te dejaré marchar hasta que no me digas que aceptas cenar conmigo.

El restaurante “el rincón del sabor” era un excelente lugar para tener una cena íntima. La decoración lo hacía acogedor. Velas, música romántica, atención y elegancia eran su distintivo. Ella se lo contó a Lara cuando fue al convento a repartir aquella misma mañana, y obtuvo su beneplácito. A pesar de ser más joven, Lara parecía ser más madura que otras chicas de edad más avanzada. Quizás por eso había decidido por fin cursar psicología, ya que le interesaba conocer los entresijos del comportamiento humano y cómo llegar a leer los mensajes que cada persona emite sin siquiera hablar. Eso le sirvió en su andadura por el mundo.

Se llevó las manos sobre la mascarilla que tapaba su boca, lo que hacía suponer que había separado sus mandíbulas para emitir un suspiro gigante.

—Eso es un signo evidente del amor que siente hacia ti, Teresa —le decía Lara—. Quiere decir que te tiene como a una parte muy importante en su vida. Bueno, ¿qué digo?, como a lo más importante para él. Si rechazas la cena es porque no te gusta, pero no es así. Te da miedo lo que pueda suceder si das el paso, eso es todo. Pero te está demostrando que te tiene en cuenta para todo, y creo que te hará muy feliz. Hombres así son una especie en extinción.

—Bueno, pero si voy es con una condición.

—Claro, dime de qué se trata, Teresa.

—Que si me pide formar pareja, tú serás la madrina de la boda...

—Ufff, por favor, Teresa, eso dalo por hecho. Aunque tenga que ir desde la otra punta del mundo, estaré contigo ante el altar.

Lara no se imaginaba que aquella promesa iba a tener que cumplirla tal y como ella había mencionado: desde la otra punta del globo terráqueo...

Mientras tanto, Mario hacía sus estudios de Erasmus de empresariales en Alemania, y no volvería hasta bien entrado el verano. Desde que a su madre le fueron mejor las cosas, y para que se formara en la mejor universidad, había estado en Madrid cursando en el centro educativo, aprendiendo idiomas y relacionándose con la flor y nata de la sociedad. Sus compañeros de colegio eran hijos de importantes personalidades del mundo de la política y la economía. Eso le sirvió para que la empresa de la familia tuviera una buena clientela, ya que a muchos de ellos les asolaba el mismo mal: el estrés. Precisamente,

Lara se encontraba muy a gusto con las monjas, y no quería marcharse de allí. La enseñanza religiosa la condujo a una gran paz y tal y como estaba el mundo prefería seguir con ellas e ingresar en la orden.

Capítulo 33

Ramas que crecen

Quince años más tarde

“Los primeros indicios de elaboración de vino encontrados en la península se hallaron en El alto de Benimaquia, a 50 km de Alicante. En esta montaña de Javea, los pueblos íberos, que entonces, en el siglo VI a.C. ocupaban el territorio, nos dejaron los restos de los primeros hangares de vino de toda Europa en el siglo VI a.C.

Como ha sido y continúa siendo tradición vitivinícola en Alfaz del Pi, pueblo en el que nuestras viñas ofrecen los mejores vinos de la comarca, cuando un padre tiene un hijo, los abuelos plantan unas viñas y unos olivos con el fin de que, cuando este hijo crezca y se case, esas viñas y olivos entren en la dote”, Rebeca hablaba con el micrófono ante los invitados a la fiesta en honor a la criatura que había venido al mundo hacía poco más de un mes.

Melchor brindaba ante todos teniendo a su hijo al lado. Mario tenía la mirada puesta en Lara, y ella, en su hija, Rosario. Rebeca se acercó a ellos y abrazó a su marido. Los invitados se dirigieron a la mesa que habían preparado a la entrada de la mansión las chicas del servicio.

—La calidad del vino ha implicado mucho trabajo en el campo. Os admiro. ¡Quién iba a creer que la empresa remontaría en estos últimos años! —Alzó la copa Enrique.

—No solo ha sido un trabajo manual, querido amigo, también se lo debemos a la tecnología, y al gran apoyo que nos ha brindado Felipe como socio. —Melchor le agradecía su colaboración, ya que fue él quien se dedicó a investigar el modo de vencer a las plagas que asolaron los viñedos años atrás. Además, él empezó a pertenecer a la empresa desde que en secreto donó cien mil euros para formar parte de ella. Melchor enseguida reconoció aquellos billetes y la cartera negra en la que estaban guardados... y, motivado por la honradez y deseo de ese hombre en favorecer a la familia que recogió a su hija, le consideró su mano derecha y le hizo partícipe de la mitad de las ganancias, que empezaban a ser muy provechosas.

Enrique prosperó también dedicándose a la embotelladora, la cual fue viento en popa una vez que la epidemia fue controlada y el consumo de vino creció. Tras el convite, Lara y Mario dieron un paseo por las viñas con Rosario en brazos. Uno de los drones que se utilizaba para evaluar la siembra y controlar las condiciones meteorológicas, así como la conservación de los racimos iba planeando justo en ese momento por encima de sus cabezas. Y de pronto, se abrió un pequeño paquete que llevaba encima derramando un montón de pétalos de rosa.

Eran del rosal donde Rosario tenía justo debajo su última morada, y Felipe había escogido una de las rosas más bonitas el día en que nació su nieta para, el día del festejo, dar su bendición desde el cielo.

Capítulo 34

Lluvia de latidos

Dos años atrás

Mario seguía perfilando las líneas del cuadro. Aquella cara femenina que ahora tenía delante, sacada del cajón de su escritorio, era tan armoniosa que siempre le producía una sensación muy agradable. La había dibujado con solo diez años, pero aquel rostro ya había cambiado. Ahora era el de toda una mujer, con afilada mirada y actitud segura de sí misma. No era aquella niña venida de no sabía qué rincón miserable y que corría por el camino que iba hacia el pueblo detrás de él, ni la que le miraba desde el jardín mientras él la observaba desde la ventana de su habitación. Esa niña, a la que odió por haberle destronado y acaparar atenciones con su llegada, se le había incrustado en sus entrañas. Desprendía un halo de enigmática y apacible luz, proveniente de sus cristalinas pupilas, como un reflejo del más allá.

Algo tembló en él cuando la sorprendió unos años atrás:

Mario estaba sentado en el coche, esperando a que ella saliera del convento, para darle un recado de Rebeca, pero se sentía nervioso tras una buena temporada sin verse, y prefirió quedarse semi escondido entre los árboles del aparcamiento. Ella cogió la bicicleta. Le encantó el aire desenvuelto de ella, su carisma. Sin dirigirse a ella, la siguió sin que se diera cuenta.

La vio entrar en casa de una anciana y dejarle en la puerta la comida porque esa mujer no salía por miedo al contagio. Por la ventana le decía que había incluido tarta de manzana, que estaba recién hecha, que la dejara reposar, y la despidió con una agradable sonrisa. Todo a través de la reja del bajo donde vivía.

Llegó a ver la mano de la anciana que la despedía, una mano llena de arrugas y huesuda, pero llena de agradecimiento.

Mario prefirió dejar el mensaje en el convento, no podía mirarla cara a cara, era algo que le producía la misma sensación que la de asomarse al abismo y estar sometido al vacío al cual podría caer en cualquier momento. Un vacío extraño, pero que le llamaba para que se entregara a él.

Entonces, se dirigió al centro y llamó.

—Buenos días.

—Buenos días, soy Mario, Mario Estivill. Mi madre les manda este paquete, son frutas y verduras del huerto ecológico que tenemos en la finca, además de unas botellas de vino de crianza, en agradecimiento a todo lo que están haciendo ustedes.

—Lara volverá para el almuerzo. No puede pasar, por las medidas de prevención, pero puede dejar lo que nos haya traído ahí mismo, luego lo recogemos.

Ambos estaban con mascarilla, pero la monja además tenía una pantalla de metacrilato.

Dejó todo tal como le dijo la monja y marchó. Ahora ya sabía cómo hacer para volver a verla. Pero siempre desde su anonimato.

Tras ese tiempo como estudiante, Mario había ya experimentado las mieles del placer junto a

una chica que se convirtió en su novia, pero que tenían los días contados en cuanto a pareja una vez acabado su paso por la facultad.

Lara, sin embargo, no conocía otra satisfacción más que la de sentir que estaba donde la necesitaban, y recibía gran cariño por parte de quienes ella atendía y dedicaba horas paliando la angustia y carencias que la pobreza, la enfermedad y las adicciones ocasionaban en los destinos del tercer mundo que la orden religiosa la llegó a enviar.

Eran dos mundos totalmente diferentes, pero en ese cruce del destino, cuando Rebeca y Melchor les convocaron para festejar la boda, coincidieron, y por una vez sintieron que, al fijarse el uno en el otro, se producía un eclipse impactando sus emociones; igual que dos imanes de diferente polaridad se atraen, ellos experimentaban una irresistible fuerza por conocerse más de cerca, por sentir más dentro ese otro latido que palpitaba con una intensidad desafiante.

Mario cogió otro lienzo y, fijándose en la foto que le había enviado Lara a Rebeca, desde Zimbabue, la volvió a dibujar. Se pasó toda la semana enfrascado en la imagen, retocándola, añadiendo matices, intensificando el brillo de las pupilas y cubriendo su cabello del color del fuego, como así se veía en la foto con el atardecer detrás de ella.

Y cuando lo hubo terminado, quiso que ese cuadro saliera de aquellas cuatro paredes para aparecer en todas las exposiciones que el grupo de artistas pintores de la comarca exhibía en numerosas salas de centros culturales.

Enseguida se hizo famoso aquel cuadro. Todos preguntaban por la modelo. Querían saber quién era. Pero él ocultó su identidad. Solo un día, cuando un millonario se interesó por el lienzo y ofreció lo que Mario pedía por él, que era una barbaridad, porque, en realidad, no quería venderlo nunca, y lo había marcado con un precio inasequible, entonces tuvo que acceder y contarle la historia de la modelo.

Todo lo que recaudó Mario con ese cuadro, una importante suma millonaria, lo cedió a la misión en la que ella se encontraba, para que levantaran un hospital y una escuela.

El cielo había dejado un lienzo a estrenar y ni una nube se asomaba interfiriendo los pensamientos que Lara iba pincelando en ese fondo de profundidad azul.

—Siéntate, hace mucho que no nos vemos. He traído estos croissants, sé que te gustan

—¿Aún te acuerdas?

—Pues claro. Pero procura no atragantarte esta vez.

—No, por favor. No quiero que me hagas de socorrista otra vez. Vas a parecer mi ángel de la guarda —bromeó—. Has cambiado mucho, Lara. Deja que te ayude a quitarte el abrigo. Vaya, esa túnica te queda bien.

—Gracias —dijo riendo—, tal como lo has dicho suena como si fuera una streapper que han contratado para una despedida de solteros.

—Estoy soltero.

—Pero yo no soy una streapper.

—Pero lo del beso?

—Eso fue para hacerte el boca a boca y salvarte del ahogamiento.

Entonces se miraron a los labios.

—Tú también, Mario. La última vez que te vi ibas a entrar en el coche para irte a Madrid a estudiar. Yo estaba en la ventana y vi cómo se alejaba el coche por el mismo camino en el que un día echaste a correr.

—Maldito miserable el que me atrapó. Pero quiero olvidarlo, aquello ya pasó y recordarlo me remueve las tripas. Además, ya murió, así que seguramente esté condenado en el inframundo, es

lo que me alivia...

—No digas eso, no hay que desear el mal a nadie. Hay quien vive en la oscuridad entre tormentos y comete atrocidades porque no es dueño de sí mismo.

—¿No querrás justificar a un asesino...?

—No me malinterpretes. Solo quiero que te liberes de esos pensamientos tan negativos, pues desear el sufrimiento de un alma en pena no es nada bueno. En esta vida, lo que pensamos hacia otros en como un boomerang, vuelve con doble fuerza a la que llegamos a emitir en su día.

—Eso lo dices porque a ti no te han metido en un garaje ni te han tenido atada sin saber nada de tu familia, sin apenas comida ni bebida, y temiendo a que te maten.

—Mario. No quiero contarte mi vida. Pero he pasado por mucho en estos años. Sabes que me fui a las misiones. No es fácil, ¿sabes? Hay gente de todo tipo en los suburbios en los que estuve ayudando. De la peor calaña. Asesinos, traficantes, comerciantes de niños, abusadores... He visto de todo.

Ante la mirada expectante de él, que ahora se había levantado y se había sacado las manos de los bolsillos, apretándose los nudillos, ella también dejó la silla vacía y le siguió.

—No tenías por qué ir tan lejos para ayudar. Mi madre te necesitaba. Se quedó sola al morir mi padre. Y después, también me fui yo. ¿Qué querías, Lara? El mundo seguirá igual sin ti, el mal no desaparecerá nunca.

—¿Quieres que te lo diga? Mejor te lo muestro —Lara sacó el móvil de su bolsillo trasero—, mira. Estas chicas estaban antes en una fábrica donde se las explotaba, las pegaban si fallaban en las puntadas de los tejidos, incluso las violaban. Y ellas no se podían quejar porque perderían el empleo y el mísero sueldo que les daban a fin de mes. Ahora están en mejores condiciones, mira, gracias a la Orden en la que estoy.

Las fotos mostraban unas chicas entre máquinas de coser, mirando a la cámara, sonrientes.

Él miró las fotos, movido por la curiosidad, queriendo ver el alcance de su cometido en esos países a los que la enviaban la orden religiosa.

—Los gobiernos tienen la culpa de que pasen esas cosas. Si no fueran tan egoístas los mismos presidentes, representantes... políticos... nada más quieren ganar dinero y tener poder. No les importa lo que nos pase siquiera a los que intentamos que todo funcione, nos dificultan incluso la tarea.

—¿Sabes? A pesar de que no lo parezca y de que siempre me hayas visto como un ser arrogante y presuntuoso, yo temía por ti. Me preocupaba porque te pasara algo en esos países. Cada día preguntaba a mi madre por si tenía noticias. Estás en mi cabeza, Lara —la miró en la profundidad de sus pupilas, lanzándose en picado a ese océano lleno de perlas y tesoros ocultos—, no puedo volver a separarme de ti. Pero no quiero causarte daño. No soy bueno para ti. A todos hago daño. Mira mi padre. Y a mi madre la destrocé cuando desaparecí.

Lara se quedó impresionada. Mario estaba en sus pensamientos, aunque estuvieran distanciados, aunque no se vieran. Nunca pudo olvidar su imagen ante la ventana, mirándola. Era como un amor imposible, con el que tenía que vivir sabiendo que no lo iba a poder disfrutar nunca. Pero, sin embargo, lo sentía dentro, como si formara parte de su vida. Cuando sabía de él mediante Rebeca, se alegraba, y se ponía a temblar si le decía que iba a volver para Navidad o para vacaciones de verano. Por eso, estar en esa orden religiosa la ahuyentaba del sentimiento de soledad que el no tener su cariño le iba a ocasionar mucho daño, así que ella misma lo consideró inviable desterrándolo de su destino.

—Me impresionan tus palabras, Mario. Aunque te portaras fríamente conmigo, yo sabía que

en realidad te daba miedo abrir tu corazón. Nosotros sentimos algo muy especial nada más vernos, de pequeños, hasta que con el tiempo descubrí qué era lo que nos unía. Y no puede ser más que el amor. El que se produce sin razón alguna entre dos seres que están condenados a quererse de por vida, estén o no juntos. Yo supe que no habría nadie más que tú. Te he echado de menos continuamente, no he dejado de pensar en ti.

—Llevo años soñando contigo. Fuiste la primera chica de la que me enamoré. Lo has definido perfectamente, tenía miedo de quererte. Como si quisiera en el fondo protegerte de mí.

—¿Por qué? ¿Qué te hacía pensar eso?, ¿qué te atormentaba?

—Ahora lo he ido entendiendo. Mi padre estaba celoso de mí. Del cariño que sentía por mi madre. Era como un estorbo para él, por eso intentaba llamar su atención con bromas, o poniéndome pesado, ya sabes...

—¿Y ahora qué te ha hecho dejar de ocultar tus sentimientos?

—Saber que él no era mi verdadero padre. Y que él lo sabía. Mi abuela vino a vernos, y yo escuché una conversación entre mi madre y ella.

—¿Cómo? Eso no puede ser... Entonces, ¿quién era tu padre?

—Imagínatelo. ¿Quién está viviendo ahora aquí?

—¡Melchor!

—El mismo, Lara, el mismo. Mi abuela le decía a mi madre que gracias a ella había conseguido una vida mejor, que le debía mucho, y que le perdonara el haberla mentado respecto a lo que le contó en su día sobre su entonces novio, que era mi padre auténtico. Melchor era novio de mi madre, se quedó embarazada de mí, pero se lo ocultaron.

—Mario, ¿cómo te sentiste al enterarte?

—Ha sido un alivio. He podido entender por qué mi madre tenía tanta tensión antes, y ahora está más liberada, más feliz. Como yo pretendo que lo seas. —La acarició en la mejilla y fue acercándose hasta posar sus labios en los suyos. Se zambulleron en un estanque de amor que les inundó de sensaciones extraordinarias.

Lara le apartó un mechón de la frente, le miró a los ojos y le dijo:

—Mañana tendría que irme de vuelta a Zimbabue, va a ser muy duro despedirme de ti, ahora que hemos abierto esta puerta y dejado que los sentimientos se manifiesten.

—No te vayas. Tienes una misión que cumplir aquí, conmigo. Hay un proyecto que te necesita. No tienes que ir tan lejos, según la orden puedes seguir actuando en los servicios de ayuda.

—Me ofrecieron la posibilidad de estar como cooperante en la Cruz Roja, y lo rechacé, siempre he querido levantar muros para ...

—No, amor, no hay barreras entre tú y yo nunca más. —Se abrazaron y las lágrimas brotaron de los ojos de Lara, que miraban hacia el cielo agradeciendo que se hubiera abierto un mundo nuevo para ella, con todos los sueños lloviendo en ese momento para fertilizar un futuro junto al chico que amaba en silencio.

Desde ese día, Lara entró a formar parte de la Cruz Roja, dejando el puesto de misionera educadora en Zimbabue para otra de las voluntarias que se había apuntado a tal destino. Cuando tuvo que acercarse con tres compañeros en la camioneta de reparto de alimentos y ropas para los drogadictos de las ruinas cercanas al barranco, muy cercano a las casitas blancas donde ella nació, se acordó de aquella chica que vio haciendo lo mismo que ella el día que su padre la llevaba, siendo muy pequeña, hacia la mansión de los Estivill; le había impresionado su entereza

ante todos aquellos drogadictos que se movían como zombis y de los que ellos huían porque se les echaban encima para sacarles lo que llevaran encima, y entonces sintió que era como si se hubiera visto en un futuro, en un salto en el tiempo. La misma niña que corría por aquel barranco era la misma que ahora se aproximaba a las almas en pena que pululaban por aquel lugar, solo que habían pasado unos cuantos años y ahora era ella la que les llevaba algo de humanidad.

Querido lector, lectora:

Gracias por haber elegido esta obra. Te preguntará qué fue de algunos personajes como Luci, Sebas y Luigi, Enrique... así como la madre y el hermano de Rebeca, ¿verdad?

Ellos han preferido protagonizar la nueva entrega de la serie, pues sus vidas merecen un enfoque intenso y pasar a ser protagonistas y no personajes secundarios.

Espero que pronto los tengamos de vuelta contándonos qué les deparó su destino.

Mil gracias por el tiempo dedicado a seguir esta historia.

Si no has leído la primera parte, no es imprescindible para seguir PAISAJE DE UNA VIDA, pero sí sería interesante que viajaras al pasado de algunos personajes en la novela LARA, también de mi autoría.

Sin más, esperando contar con tu reseña en amazon, te mando un cálido abrazo.

Sheila Maldonado.

[\[1\]](#) Anticuerpos que atacan al virus sin esperar la respuesta inmunológica del organismo.